

antropología
3er
mundo

FACULTAD TOMADA
POR LOS PROFESORES
PERONISTAS

OTRAS NOCHES



**CATEDRAS
NACIONALES
APORTES
PARA
UNA
CIENCIA
POPULAR
EN LA
ARGENTINA**

Primera Parte

antropología^{3er} mundo

revista de ciencias sociales

director: guillermo gutiérrez

secretaria: susana pitkin

Reg. Prop. Int. N° 1.042.407

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

CATEDRAS NACIONALES/APORTES PARA UNA CIENCIA POPULAR EN LA ARGENTINA/1

Sumario/Justino O'Farrell. Pensamiento teórico y político/pag. 1/ Roberto Carri. Crítica al desarrollismo/pag. 19/ Gunnar Olsson. Notas sobre el pensamiento nacional/pag. 45/ Guillermo Gutiérrez. Cultura popular y cultura ilustrada/pag. 59/ Enrique Pecoraro. La sociología nacional, las sociologías y la sociología/pag. 75.

número especial / 5-año 2 / bs.aires argentina

correspondencia casilla 119 suc. 12 B.



justino o'farrell
**PENSAMIENTO TEORICO
Y POLITICO**

Este trabajo aborda problemas que gravitan políticamente. Su inserción en nuestro contexto se concreta en el esfuerzo de vincular preocupaciones, influencias y contradicciones inherentes a nuestro trabajo, con las mayores líneas de fuerza del antagonismo histórico entre la dependencia y la liberación.

Entre las preocupaciones, priman aquellas que responden al supuesto de que una mejor organización de nuestra tarea, se revierte al fin en favor de un manejo y comprensión más acertados del antagonismo. La reformulación del antagonismo y de una tarea particular desenvuelta desde una posición más favorable -por ejemplo, de mayor articulación permite pensar y actuar mejor la teoría-. Ello es evidente si esa ubicación conecta más cercana y globalmente con el sujeto colectivo que la realiza y la piensa.

Este trabajo podrá ser seguido más de cerca si se lo asume a la vez,

1. como reconocimiento práctico de que no hay teoría ni su objeto, sin el sujeto que los ha producido y transformado en una actuación política. El sujeto colectivo histórico y político no es el predicado ni de un estado, ni de sus instituciones, ni de una ciencia social, ni de una teoría.
2. como una carta de ruta y una estrategia utilizables para una causa -la liberación- que si bien las supera, no dejan de ser un paso o mediación indispensables.
3. como una "producción de pensamientos puestos en movimiento", enhebrados en la dinámica histórica y política de nuestros pueblos y cuyo reconocimiento del sujeto -los pueblos- y de la política dialéctica que movilizan, induce a agudizar la percepción de la necesidad de destacar aquellas diferencias esenciales que el antagonismo histórico crea como propias y particulares de sí, e interiores a él.

Esta última observación tiene gravitación. En lugar de invitar a recaer y confiar en teorías de efecto retrospectivo o externo, nos coloca mejor ante el futuro y dentro mismo de la eclosión de la historia en el hoy. Se disciernen así las contradicciones latentes y agazapadas que, no muy remotamente, exigirán nuevas discusiones, cambios de orientación, de investigación, programas, bibliografías, producciones propias y cambios organizativos en las diferentes áreas de influencia.

La producción y el movimiento a que aludimos, se acentúan, al dar lugar a combina

naciones de contenidos y contradicciones dotados de alta energía interna. El concepto de política dialéctica se identifica con esos contenidos, energías y movimientos: a ellos alude, ciñéndonos a los desplazamientos y saltos del antagonismo histórico.

El concepto de política dialéctica no emerge arbitrariamente. Los pueblos, en su accionar en favor de la liberación nacional, lo han creado y descubierto. Actúa como el vector central de poder de los países del Tercer Mundo en relación al régimen de fuerza del estado moderno imperial y sus instituciones: intenta ser la clave y presagio de una nueva época. Actúa y expresa la naturaleza y gravitación del "ser político" de los pueblos, cuya prioridad de sujetos erige y promueve. En esos términos esboza la entera esfera de los problemas que dividen a los hombres. Su carácter histórico, concreto, globalizador y asertivo destaca el carácter de los polos opuestos de que se constituye el antagonismo histórico.

Por mediación de la realidad que la política reproduce, nacen otros conceptos que ponen en evidencia las implicaciones decisivas del ya mencionado, con lo que destacan el peso que el sujeto colectivo -los pueblos- poseen en relación a las estructuras prefijadas, a sus esquemas y modelos y a la inercia de las teorías desprovistas de sujeto.

Entre estos conceptos figura lo que se significa por "el proceso de creación del universal dialéctico". Su sentido empalma con el de la política dialéctica. Dice que la universalidad histórica y política se crea de continuo y a partir del peculiar carácter de los proyectos y contradicciones particulares que la engendran. Repudia la idea de una norma o esquema prefijados. Pone a la luz las singularidades de las que los sujetos son responsables, y cuya novedad e interioridad dependen de las alternativas del antagonismo histórico.

LA OPOSICION ENTRE LAS POLITICAS Y LAS TEORIAS

Hemos visto los lazos y las razones que atan el proceso de estos conceptos al de los sujetos y del antagonismo histórico que los producen.

El desenvolvimiento de la conciencia, de los conocimientos, de las interpretaciones de la transformación, -todas estas fuerzas, en breve-, son inmanentes al proceso histórico y político: originan su órbita y dan lugar a sus efectos y desenlaces en relación y dependencia de los sujetos que las movilizan. Su poder interno y sus contradicciones crecen o disminuyen en relación a la toma de posiciones y al "ajuste de cuentas" que los grupos actúan en favor de la dependencia o de la liberación. El perccatarse de la inmanencia o arraigo en la trama histórica y política incrementa el poder dialéctico que los sujetos intentan liberar.

En nuestros países hay grupos que prefieren subestimar el que la teoría deba reproducir en su contenido, estilo y modo de moverse y concientizarse de sí, la oposición total del antagonismo del que participan y de los sujetos de que proceden. No ponen el acento en las diferencias esenciales que las distinguen, sea porque serían inmunes a la faz cultural del antagonismo, sea porque su peso político en el antagonismo sería secundario. Su relación al sujeto y el grado de interioridad que depende de su participación en el antagonismo aparecen condicionadas y abstractas.

Otros grupos, por el contrario, desarrollan su interpretación a partir del énfasis en la radical oposición entre las herencias culturales inherentes a cada uno de los opuestos centros de gravedad y sujetos del antagonismo -destacando que los pueblos producen explicaciones y culturas políticas y de modo manifiesto mientras el sujeto abstracto constituido por el estado moderno imperial las inducen como prefijadas y universales tras un mensaje aparentemente neutro, pero cuya verdadera naturaleza no puede dejar de trasuntarse a través de las instituciones y "modelos" de conocimiento.

Esta contradicción entre los grupos pone de manifiesto el relieve de la frontera antagónica de las diferentes conciencias y culturas. Concreta también en este plano el que la autopromoción política de los pueblos disolverá en sí los contenidos humanos e históricos de una cultura, la que es apropiada y es necesitada por los responsables del estado moderno imperial y de sus instituciones.

En base a ello, en este trabajo no nos hemos de restringir a una crítica de una teoría por otra, ni a la contraposición política entre el estado moderno imperial y sus instituciones, y por otro lado, el anti-estado imperial actuado por los movimientos populares. Preferimos dar lugar a una contrapropuesta de actuaciones e interpretaciones que asuma a los dos polos opuestos y a todas sus fuerzas intermedias, y en donde lo que aquí llamamos "política dialéctica" confronta al sujeto abstracto adverso, a su cultura y concepciones de la vida y la historia, a la ciencia concreta que utiliza y a las teorías que expresan y legitiman a todos estos elementos escalonados. El transcurso del trabajo ofrece las claves que fundamentan esta manera de asumir las presiones del antagonismo histórico.

En algún momento veremos que se disolverá la actuación y el concepto de "teoría" para dar lugar a otra acción y contenido más afín al papel que juega el sujeto colectivo e histórico que son los pueblos.

EL ANTAGONISMO HISTORICO Y EL PROBLEMA

LA BASE DE LA CONTRADICCION Y SU MOVIMIENTO Hoy los pueblos de nuestro continente extienden sus demandas políticas y sociales llevándolas a un punto dramático de conciencia, radicalidad y totalidad.

Los voceros del estado moderno imperial -los autores del Informe Pearson para las Naciones Unidas, el informe 1970 del Banco de Londres y América del Sud y otros recientes y no menos numerosos- intentan crear un eco de esos reclamos, bien que su intención de salvar un orden que es un verdadero desorden, los denuncie.

Los pueblos del Tercer Mundo continúan saliendo a la lid, protestando, rehusando someterse, sometándose a la fuerza al orden represivo y denostando la rapacidad, falsedad, esterilidad y amenaza, inherentes a los grupos aferrados con pertinacia al régimen de dominación exterminadora -en lo económico, lo cultural, lo político. Estos últimos, incapaces de escuchar a los fundadores de sus sistemas de gobierno, Locke y Rousseau, que les proporcionarían un mínimo de alternativas, se vuelven sordos invocando a la democracia y la paz, de las que se encargarán de imposibilitar y destruir.

Son dos sujetos, dos sistemas de necesidades y dos respuestas esencialmente distintas que se repiten en la confrontación dialéctica entre políticas opuestas y entre las bases de la razón objetiva y de la razón subjetiva. Todo ello toma cuerpo en el antagonismo histórico entre el orden de la dominación o de la fuerza y el proyecto de liberación de los pueblos, dando lugar a un ajuste de cuentas que pone a la vista el balance entre los seres humanos -sujetos políticos- y las estructuras ordenadas a la instrumentación mecánica y la eficacia inmediata.

Los sujetos, decíamos, son artificiales o reales o humanos: a) por un lado, el estado moderno imperial y su cadena de estados de soberanías limitadas. Estos constituyen un sujeto reificado y cuantificado, en cuanto su fuerza es capaz de reducir los problemas políticos de calidad y de fines, a magnitudes y fracciones. Está dotado por ende de una interioridad abstracta, artificial y reducida en relación a la universalidad que postula y en las coyunturas que la eficacia lo permite. Y en efecto, su relación monopolizadora con la Naturaleza y con la mayoría de los seres humanos que quedan postergados a ésta, condiciona el alcance de esa interioridad, hasta casi anularla. b) por el otro lado, los sujetos son los pueblos, protagonistas principales de la faz liberadora del antagonismo. El centro de gravedad de su postulación política radica en el rescate y reivindicación del "poder" verdadero de los grupos humanos -en contra de la fuerza y de una equívoca sujeción a la Naturaleza-. Los sujetos de la política de liberación procuran el poder y la creatividad de los hombres puestos en relación, intentando ganar conciencia y un concepto de su intento, no obstante la resistencia de las condiciones de alienación a que quedan sujetos por efectos del sistema económico que los explota y desgasta y del copamiento cultural que los anestesia y engaña, de lo que dan prueba la información, la publicidad y la escuela.

El régimen de la dominación actúa hoy por vías del sistema de la coexistencia pacífica, que desde sus orígenes en 1945, ha sufrido profundos cambios, hasta el punto de haber sido aceptada ya por todos los organismos imperiales e internacionales -económicos, culturales, religiosos, políticos y militares-, empeñados en "contener" y "disuadir" la escalada de los pueblos a los mandos respecto a su destino, a sus relaciones mutuas, y a la explotación de sus recursos. Los puntos de disensión se han reducido, mientras el consenso y la coordinación ante lo que desde el punto de vista de su régimen de fuerza son los reclamos desorbitados de las masas expectantes, han aumentado. El concepto acerca de la naturaleza y alcance de las necesidades en juego tiende a disiparse, a raíz del fomento de las medidas inspiradas en la negación -la represión, la amenaza, la sanción y la destrucción- y cuyos presupuestos alcanzarán hoy, sumados los pactos, instigaciones, servicios e investigación, a los 300 mil millones de dólares. La contradicción destructiva se agudiza con la sistematización bélica y represiva de la ciencia; no basta decir que los conocimientos científicos no son ni franceses ni británicos ni norteamericanos ni soviéticos puesto que se rñan universales, cuando histórica y concretamente se registra que las ciencias son estimuladas y hasta monopolizadas para objetivos políticos y bélicos demasiado conocidos. La distorsión de la relación con la naturaleza queda sancionada por la fuerza destructiva.

Las cuñas neocoloniales -los diversos grupos y clases adictos a la dominación- organizan en cada país neocolonial al estado dependiente. Dentro de sus límites actúa el antagonismo a partir de su base local: en ese contorno se enfrentan las cuñas y los pueblos. Las cuñas se distinguen por carecer de iniciativa, fuerzas e ideas propias,

encontrándose obligadas a compatibilizar la fidelidad al modelo externo con la frustración de su propio vaciamiento e inanidad: las burguesías son de quinta o sexta mano, lo que las obliga a su pesar a la organización de la obsecuencia y la restricción. Como sólo administran recursos, decisiones y conocimientos ajenos y foráneos, están incapacitados para tolerar las oportunidades de crear o entablar relaciones cabales entre los grupos frente a las crisis que los afectan, de allí que sus proyectos deban de ser de carácter mecánico, reactivo o imitativo.

Los pueblos, por su parte, operan a través de los movimientos populares, a la manera de un anti-estado moderno imperial, defendiendo, perdiendo o ganando posiciones en cada una de las instituciones en que las cuñas neocoloniales le dan un frente. Detrás de las apariencias de una masa difusa y desorganizada laten a veces durante décadas de la guerra larga, las estrategias de la espera, la sorpresa y la respuesta inerte, a las amenazas y a los atractivos mediados por las cuñas.

En el seno de cada uno de los países y del continente como conjunto, traza el antagonismo las fronteras entre los grupos y sus recursos y posibilidades. En este contexto de oposiciones radicales y totales, el concepto de lucha abarca una práctica y una significación que la restrictiva que le atribuyen los intelectuales y vanguardias: los padres que en su precariedad luchan por salvar la vida de sus hijos de la diarrea estival o de la enfermedad mental, no dejan de estar en el frente de lucha que cuida o preserva las filas de los pueblos, de una exterminación que los amenaza constantemente.

El antagonismo histórico movilizado por los pueblos es radical y total en sus contenidos y alcances de transformación -en relación a las cuñas neocoloniales y al estado moderno imperial- en razón de que todas las relaciones entre los grupos y el entero espectro de las necesidades, desde la reproducción y el alimento hasta las políticas, están bajo amenaza de ser violentadas y anuladas. Es justamente este punto en el que sostiene el eje de la oposición contra las cuñas y el estado moderno imperial que las delega, por cuanto es éste una organización a la cual le es imposible responder a las necesidades globales de los grupos humanos. En este sentido -en cuanto internamente necesita la opresión y la privación- es la sistematización del desorden, en diametral oposición a su aparente postulado básico.

(1) Véase J. D. Bernal, Historia Social de la Ciencia, Madrid, Península, 1967, Tomo II, pp. 434 y siguientes.

EL PROBLEMA GENERAL

El problema reproduce, y a su vez crea, en el plano de la conciencia, los dilemas planteados por las fuerzas antagónicas. Estas operan como unidad de contrarios -que se superan y unen para volver a dividirse-, incentivando de esta manera la subjetivación de los protagonistas; éstos se percatan de ser sujetos políticos y de la naturaleza y alcance de su papel en una encrucijada histórica concreta. Todo ello, evidentemente, queda sujeto a las posibilidades y condiciones propias de una situación y grupo dados.

En efecto, el crecimiento de la conciencia acerca de la propia recuperación de suje

tos políticos está en relación con las presiones, los saltos, y la progresión general de las fuerzas que interpretan la verdad de lo que ocurre, y que no son necesariamente los intelectuales institucionalizados.

El problema es el primer paso práctico y teórico ante una crisis, por cuanto focaliza una disyuntiva política y en razón de que proporciona una idea de su ubicación, arraigo e importancia en el proceso histórico que lo genera.

La formulación del problema puede expresar el antagonismo en forma mecánica y exterior a la contradicción concreta a la que hace referencia, principalmente cuando interpreta las fuerzas en colisión, más bien como controles de una realidad inerte o como conocimiento neutral en relación a los valores reales en juego. Puede expresarlo, por el contrario, intensificando y explicitando a la vez, el poder interno al antagonismo desde una posición que es también interior a él, si bien en relación con una realidad que para ser plenamente tal, postula ser conocida y transformada en su totalidad. En esta última instancia, la inserción en el antagonismo se orienta, no tanto a controlar ni coaccionar, sino a liberar las posibilidades y poderes, comenzando por el problema mismo al que se lo abre -por así decir-, exponiéndolo a que exprese la problemática del sujeto, de tal modo que éste no se convierta en mera predicción del estado, del control, de una teoría, etc. Es en sentido que se puede decir que el problema es un primer paso de la aparición de la verdad, en cuanto es un "salto" político y teórico. Explica Mao-Tse-Tung que la verdad salta y quema.

La génesis o principio del antagonismo radica en los grupos puestos en relación: en ese momento comienzan a ser sujetos, o abstractos -y por ende substitutos y artificiales-, o concretos e históricos. Desde este ángulo, el problema señala el punto de arranque desde el que se perciben la toma de posiciones políticas y teóricas; una es que se orienten a la afirmación de la fuerza y de un retorno al previo estado de cosas, o, por el contrario, al rescate y consolidación del verdadero poder humano, el que se reconoce por su negativa a transformarse en predicado o en cosa inerte. El concepto de "toma de posiciones", ínsito en el de "problema", es de importancia decisiva para destacar el paso de un grupo desde la situación de predicado de una estructura o de una teoría, -por ejemplo, la del cambio-, a la de sujeto político.

Estas observaciones sobre el problema general, -es decir, como formulación de un momento concreto del antagonismo histórico- tiene implicancias políticas significativas, a las que no escapan las decisiones de los propios individuos. El caso más próximo es el de la respuesta que se ofrece a la sociología académica, a la profesión del sociólogo y al papel en las instituciones del estado dependiente. Cualquiera se puede preguntar hoy -a esta altura de los acontecimientos-, si realmente tiene pruebas de que el régimen dominador puede -y aunque pudiera, si lo estimaría deseable- obviar las necesidades comunes a todos, más allá de los intereses del estado benefactor, es decir, por el valor de los seres humanos mismos.

El problema global concreta, al nivel de la política, y de la conciencia y del concepto que la acompañan, concreta, decíamos, varios elementos que se conjugan: el núcleo esencial que se jalona en el proceso histórico, el lazo que une los diversos momentos del mismo y el movimiento que pone de manifiesto su carácter peculiar y su particular contribución al esfuerzo político de los grupos humanos. El acceso de Irigoyen al poder en 1916, su caída en 1930, el 17 de Octubre de 1945, representaron

puntos culminantes de la problemática de la vida de nuestro país. El problema es una instancia que no debe dejar de ser continuamente reforzada por el proceso al que le es inmanente, y en virtud de participar en las contradicciones desde su base misma, o sea, desde el contexto de grupos y fuerzas operantes en un país dado. Aún desde estos puntos de vista, el problema general contribuye a la consolidación del sujeto concreto e histórico: refuerza el concepto que el sujeto colectivo tiene de sí, en especial en relación a las contradicciones internas a su país, en cuanto son diferentes de las fuerzas externas, -económicas, culturales y políticas- que lo condicionan desde fuera.

EL PROBLEMA ESPECIFICO

El antagonismo histórico entre dependencia y liberación, -y la expresión del mismo en el problema-, convierten a éste en un punto de arranque, inserción y enlace que nutren al proyecto político y a la teoría, elaborados por el sujeto. El problema, por otro lado, otorga relieve conceptual a los contrastes en base a los cuales actúa la dialéctica entre la razón objetiva -cuyo contenido son primordialmente las necesidades básicas comunes a todos, sin excluir las políticas-, y la razón subjetiva.

Lo que interesa destacar con respecto al problema específico, pues en uno de ellos nos detendremos, es que el antagonismo histórico abarca contradicciones, algunas de ellas fundamentales, -como las esferas de la economía y de la cultura-, que no son totalmente globales como la política. Exigen una toma de posiciones en conexión con el eje político y se incorporan con un contenido y peso propio a su dialéctica.

Se las reconoce como específicas, sea en razón del área y alcance más definidos que abarcan estas contradicciones, sea en razón del sector definido en que eclosionan. No dejan de repetir en su ámbito y a su manera, los énfasis del antagonismo principal entre dependencia y proyecto de liberación.

Cada una de las principales de ellas -la económica y la cultural-, abren correspondientes frentes antagónicos que, desde esos flancos, contribuyen a determinar las diferencias esenciales que distinguen, sea al régimen de dependencia en cada país, o a la política de liberación. Desde su esfera, estas contradicciones aceleran al antagonismo histórico e intensifican su base y su interioridad. En el caso que consideramos, por ejemplo, las transformaciones en la interioridad modifican la relación con los factores culturales externos: los elementos claves de la herencia política e ideológica -Locke, Hobbes, Hegel, Marx, Durkheim, Weber- son cribados en los pliegues internos del antagonismo histórico, en su propio peso y correspondiente significación, no pudiendo sus aportes dejar de desintegrarse para poder convertirse en un aporte real con respecto al antagonismo, frente al uso literal e imitativo que practican las cuñas neocoloniales.

A las contradicciones específicas que integran al antagonismo histórico corresponden entonces, respectivas tomas de posición, y la formulación de problemas específicos que desde su ámbito consolidan al sujeto colectivo e histórico ante las bases internas y la incidencia de las condiciones externas de la enajenación, inherentes al interés hegemónico de las cuñas neocoloniales y al estado moderno imperial.

La frontera cultural del antagonismo gravita con un peso especial, pues además de

condicionar su propia emancipación y creatividad, incide sobre el aprendizaje y las interpretaciones acerca de la economía de nuestros países y se anexa a las cuestiones inherentes a la afirmación de una conciencia nacional y popular coherente y articulada en una organización política.

La frontera cultural del antagonismo histórico remonta sus orígenes, justamente, a la primera etapa de la experiencia colonial -las disputas de alta incidencia política entre B. de las Casas y la burocracia imperial española. La frontera se vuelve a agitar con las guerras y polémicas entre barbarie y civilización. Hoy, los polos opuestos abarcan esferas tan amplias como comprometedoras: los pueblos son considerados "masas disponibles" y "marginales", es decir, como predicados, es decir, expedientes y cosas conducentes a hacer efectiva una política y comprobar teorías -la teoría dualista del desarrollo- a los efectos de su verificación, a expensas y a costa de los sujetos principales de nuestro proceso histórico. Los planes educativos, científicos, técnicos, informativos, publicitarios, de intercambio cultural, de financiamiento investigativo y editorial se ajustan al a priori de la estructura absoluta en relación a la cual no queda más que domesticar a los objetos desviados o atrasados. J. J. Hernández Arregui, A. Jauretche y D. Ribeiro dan cuenta de las razones por las que los intelectuales de izquierda se han plegado al sistema en que la teoría es el verdadero sujeto y lo esencial histórico y no los pueblos.

Las cuñas neocoloniales son los gestores del "establishment", institucional y estatal. Comprenden a) los grupos adheridos a la tradición cultural de la civilización eurocéntrica y b) los promotores del desarrollo y de la modernización. No dejan de nutrir violentas contradicciones entre sí, aunque están tan prontos a subordinarlas ante el apremio de controlar y decidir el destino de los pueblos, para lo que están dispuestos a empeñar todos los recursos económicos, culturales y políticos. Ello certifica que sus vías de acceso a la realidad y a la definición de los problemas han sido preestablecidas por el régimen de hegemonía impuesto por el estado moderno imperial y sus instituciones, como asimismo por la red de intereses económicos que lo consolidan.

Entre los grupos opuestos a la causa de la cuña neocolonial figuran casi exclusivamente el movimiento popular; fracciones de políticos e ideólogos se les añaden aunque por motivos no clarificados.

La organización de los movimientos populares tiene sus contradicciones. Corresponden a una fase de multiplicidad de tendencias, de vacilación y de relativa incoherencia, sobre todo en la conducción intermedia, si se la compara con la fidelidad y perseverancia de las masas para con su causa. Las diferencias entre países es notoria.

En la Argentina, los temas que concentran la atención son el movimiento popular peronista y la significación del bloque de los países del Tercer Mundo, que es la alternativa política de alcance internacional frente a la dominación.

En cuanto al movimiento popular peronista, sus miembros se sienten plenamente posesionados de la representación de la causa popular y social de la Nación. Son la concreción histórica de las reclamaciones de los pueblos. Otras corrientes paralelas discuten su autenticidad y capacidad de transformación, considerándolo como un movimiento más entre los muchos posibles.

Dentro del movimiento popular peronista la fractura se divide entre los que son lea les a la causa y los traidores con que se designa a los participacionistas, a los opor tunistas, a los vergonzantes, a los aventureros, etc.

OTRAS CONTRADICCIONES

Las mencionadas oposiciones comprometen a otras más difíciles de establecer.

La actuación de algunos grupos configura la tendencia que sostiene que las bases o causales locales del antagonismo -y que determinan el ámbito de interioridad-, deter mina que se reconozca en nuestro proceso histórico y en la experiencia en él recogi da, a la fuente propia tanto de diferencias esenciales como de novedades originales e intransferibles selladas por la transformación. Todo factor externo, -económico, cultural o ideológico y político-, ha de ser previamente disuelto para poder partici par en los saltos del proceso de transformación: ha de perder su autonomía y estilo propios para ser asimilado por los sujetos quienes protagonizan el impulso. Pues de lo contrario, ese factor externo continuará disociado, al amparo de su propio prest tigio y de las fuerzas externas interesadas en mantenerlo, no tardando en convertir se en un elemento reificado o en una metafísica que sirve al régimen de dependencia. Para los efectos políticos de coherencia, no es por nada secundario el reconocer prácticamente que la revolución gestada por los pueblos quienes después de varios siglos acceden a la política, anuncia el ocaso de una cultura absorbida por la domina ción. Por más que su profundidad e intelectualismo la hagan aparecer válida como conjunto, se ha prestado a ser utilizada como instrumento para domesticar la con ciencia política de los pueblos, de tal modo que éstos se desmerezcan ante sí mis mos como sujetos principales del proceso histórico.

Los grupos reacios a esta postura, prefieren subestimar el sentido y alcance del an tagonismo histórico, en especial en lo que se vincula al frente cultural de oposicio nes. No hacen hincapié en discernir y rescatar las diferencias esenciales que aporta rían los sujetos, como sujeto colectivo -notablemente el descubrimiento del ser polí tico cuyo poder irreductible supera a la fuerza de las estructuras y de los esquemas-. Desde este punto de vista "el ser político" es mitad verdad y mitad palabras y meta física en relación a la dinámica histórica. No se percibe con suficiente penetración que el poder y la justicia, ínsitas en la prioridad de las relaciones entre los hom bres por sobre las que éste mantiene con la naturaleza, dislocan a los órdenes jurí dicos que generan la fuerza mecánica del estado y de las justicias formales y reifi cadas que consolidan su eficacia, en dependencia de la razón subjetiva que las ajusta a los intereses de las oligarquías y cuñas neocoloniales. Este punto de vista sostie ne que la cultura de los países avanzados y sus ciencias, a pesar de orientarse a la destrucción, tienen mucho que ofrecer a los pueblos y que la transformación promo vida por éstos ha de ser más exhaustivamente puesta a prueba.

SOBRE EL ALCANCE DE LA TRANSFORMACION

Además de las oposiciones de tendencias respecto a contenidos y movimientos, gra vitan diferencias de posición en lo que se refiere al alcance de la transformación pro movida por los pueblos, como asimismo de las prácticas y teorías que podrán hacer

las efectivas, en un largo plazo. Estas contradicciones se dividen en cuanto al alcance de la organización y al alcance de los fines.

Una tendencia prefiere ceñir su atención a los requerimientos más próximos y rea-listas que se evalúan por la acción directa: a partir de estas dimensiones el sujeto colectivo se construye a sí mismo y adquiere consistencia.

La otra tendencia sufre los inconvenientes de una mayor difusividad y de puntos de atención.

Sin embargo, hay bases para que estas oposiciones no se disipen tan fácilmente, máxime cuando se reconoce la importancia de dar cuerpo a tales dimensiones como la "doctrina" sea de la organización como de los fines.

Con respecto al alcance de los fines de la transformación y al relieve del sujeto colectivo que los prosegua, J. D. Perón escribía bajo el seudónimo de Descartes: "La hora de los pueblos se está acercando. Algunos no sentirán su llamado. Muchos cometerán el error de enfrentarlos. . . Luego vendrá la hora de los irredentos, y sobre los despojos de la infamia comenzará a constituirse un pueblo nuevo y a construirse una nueva vida. Esos serán nuestros pueblos y nuestras vidas. Hasta entonces habrá que estar dispuesto a morir por la libertad si es que no deseamos conformarnos a vivir en la esclavitud".

Años después, F. Fanon deja hablar, 'por así decir, al descubrimiento que los pueblos hacen del sentido de su lucha política, afirmando que la descolonización "introduce en el ser un ritmo propio, aportado por los nuevos hombres, un nuevo lenguaje, una nueva humanidad. La descolonización realmente es creación de hombres nuevos."

La finalidad es poder ser "más pueblos", afirmar una "nueva humanidad"; impedidas actualmente por un régimen de esclavitud.

En lo que se refiere al alcance de la transformación que afecta a la organización y a los criterios que la inspiran, Fanon dice:

"La condición humana, los proyectos del hombre, la colaboración entre los hombres en tareas que acrecienten la totalidad del hombre, son problemas nuevos que exigen verdaderos inventos. . . El Tercer Mundo está ahora frente a Europa como una masa colosal cuyo proyecto debe ser tratar de resolver los problemas a los cuales esa Europa no ha sabido aportar soluciones. "

Ambos puntos vinculados al alcance -los fines y la organización-, esbozan un vasto campo y un vasto horizonte. No dejan de ser sin embargo los que corresponden al sujeto histórico y colectivo quien se ejercita la política dialéctica en contra del ré-gimen secular de la explotación del hombre por el hombre y de su consiguiente opresión política. Este horizonte es percibido y a él se puede llegar, no por la vía de una práctica y de una metafísica tecnocrática y profesional, sino merced a los saltos históricos y cualitativos del sujeto colectivo, que produce y transforma totalidades y no tanto reificaciones que legitiman la instrumentación racional.

No se puede dejar entonces de concluir que el sujeto histórico y colectivo impone una

tarea cultural y de conciencia que es mucho más ardua y rigurosa de lo que a primera vista la apariencia vacilante del proceso en algunos países daría a entender, y que permitiría a algunos grupos seguir viviendo de ideologías substitutas y de una ambigüedad con respecto a la utilización acrítica de la cultura y las teorías forjadas en el interior de las contradicciones propias de los países dominadores.

INTERROGACIONES INHERENTES AL PROBLEMA ESPECIFICO

Las observaciones respecto al alcance de los fines y de la organización trazaron un círculo que injerta las contradicciones del problema específico en las del problema general. La toma de posiciones del sujeto colectivo no se compartimentalizan.

De esta interconexión que reubica en el antagonismo histórico, surgen interrogaciones algunas de las que formulamos a continuación.

En primer lugar se presenta la pregunta de si en nuestro accionar práctico y teórico no merece mayor atención y discernimiento el relieve del frente antagónico entre la lucha de la cultura popular y la herencia cultural de los países dominadores de la que se sirven en nuestros países las cuñas neocoloniales y el plan total del estado moderno imperial. Este sector del antagonismo es un crisol inevitable para consolidar la interioridad del poder de los pueblos y la transformación que promueven: el sujeto colectivo reclama conciencia y concepto de esta oposición. Uno se pregunta si las contradicciones inherentes a la cultura popular son causa suficiente para subestimar las contradicciones que hacen de la cultura ilustrada un instrumento destinado a convertir en predicado de un estado, de una estructura, de una teoría, etc., al sujeto colectivo e histórico que son los pueblos. El actual empeño de nuestras cátedras de preguntarnos a fondo acerca del verdadero significado de las ciencias sociales formales y el recorrido de todo el proceso cultural dominador -desde los clásicos hasta los sociólogos de hoy -se orienta a fundamentar la negación de la cultura de ocupación, pero desde ya con la noción clara de que comenzamos a construir universal dialéctico a partir del reconocimiento del poder de los pueblos en contra de la fuerza y del sistema de apariencias del estado moderno imperial.

En segundo lugar surge la pregunta de si por más tiempo es posible sustraer de la oposición antagónica, a culturas y teorías basadas en la creencia en el desarrollo unilinear y monista de la historia, con vistas a instaurar una historia natural de la superioridad de los países avanzados. El desafío se extiende desde las teorías duras para transformarse, la concreción histórica de las ciencias y métodos formales, la particular concepción del mundo basada en la fuerza exterior; la cultura ilustrada de la civilización y la cumbre abstracta del estado moderno imperial. Desde las fronteras de la liberación, se percibe que las diferentes órbitas y planos de la contradicción -expresadas en la economía, la política, la historia y la filosofía-, se conjugan entre sí en los saltos cualitativos inherentes al antagonismo. Este dinamismo interior al poder del sujeto colectivo difiere esencialmente del encuadramiento burocrático acorde con una división preestructurada y formal del trabajo y de las cuestiones y afín al evolucionismo natural de las cosas y de sus abstracciones. Las teorías adheridas a la política dialéctica responden a problemas que están más allá de los modelos del conocimiento administrativo, cuantificado y antihistórico, justamente porque los grupos humanos crean una realidad dialéctica que es movilizadora por suje

tos colectivos e históricos, no reductibles a la realidad de la cosa y de las magnitudes. Estos mismos elementos dan pie al reconocimiento de la inmanencia práctica de los conocimientos y de la cultura, cuyos desenvolvimientos no pueden dissociarse por más tiempo del planteo del "ser político" y del poder propuesto por los pueblos.

En tercer lugar, el devenir del antagonismo histórico lleva a preguntarse de si la conciencia y el pensamiento -es decir, el conocimiento en cuanto producción y transformación de la realidad-, de nuestros pueblos no han de ser conceptualmente incentivadas, como un frente de interpretaciones que aporte a la política dialéctica, a) un reconocimiento más activo, menos vergonzante, de la experiencia intransferible apropiada a lo largo del proceso histórico, de personas, grupos, ideas, prácticas y sentimientos más humildes y menos prestigiados que los de las oligarquías, por otra parte, tan rígidas, vacías y "duras de cerviz" y b) el rescate de la esencialidad de los hombres puestos en relación en oposición a la antiesencialidad especulativa y artificiosa de la civilización auspiciada por el estado moderno imperial. Los pueblos han dado la voz de la partida para renunciar al paternalismo cultural e intelectual y a los falsos vanguardismos de una intelectualidad autoerigida de acuerdo a los valores y escala de prestigio del orden establecido. Los contenidos que los pueblos ofrecen son mucho más densos y significativos que los que caben en el régimen de apariencias cultivadas por la cultura ilustrada. Pero quede bien sentado que la propuesta de los pueblos exige un esfuerzo más coherente y riguroso que el derivado de actuar en los márgenes intelectuales de la contradicción entre el poder y la fuerza, entre la liberación y la dependencia.

Suponemos que la exploración ulterior de estos interrogantes permitirá superar falsos dilemas. Promoverá y afinará la capacidad crítica, proporcionando mejores aptitudes para hacer uso de la experiencia común de los hombres.

Fanon proporciona un criterio sintético en relación a las tres interrogaciones referidas a la necesidad de definir más claramente la frontera de oposiciones culturales y científicas. Dice Fanon.

Se trata, para el Tercer Mundo, de reiniciar una historia del hombre que tome en cuenta al mismo tiempo las tesis, algunas veces prodigiosas, sostenidas por Europa, pero también los crímenes de Europa, el más odioso de los cuales habrá sido... en la inmensa escala de la humanidad... los odios raciales, la esclavitud, la explotación y, sobre todo, el genocidio no sangriento que representa la exclusión de mil quinientos millones de hombres".

El enunciado de Fanon sugiere lo que implica una toma de posiciones políticas y culturales y la necesidad de reformular continuamente el problema en relación a las crudas realidades y al sistema de apariencias que legitiman la creencia incondicional en los ambiguos valores a los que se acoge la racionalidad de los países avanzados. Hasta ahora hemos aceptado una costumbre de ideas, una inercia del pensamiento que lleva a estimar más a la cultura y a las teorías -hasta el deslumbramiento- por sobre y a expensas del respeto por los hombres. El caso es que sin éstos, -los sujetos-, el proceso histórico se estanca, el poder y la política se convierten en fuerza y las teorías se desvanecen en fantasmas.

LA DIFERENCIA ESENCIAL Y LA CONTRIBUCION DE LOS PUEBLOS

NUEVAMENTE: EL ANTAGONISMO HISTORICO El movimiento al que hasta ahora impulsa al razonamiento es diferente del que acostumbra la sociología formal. Por otra parte no hay que extrañarse que desde el punto de vista del proyecto de la liberación, las convenciones comunes a la sociología, a la profesión del sociólogo, a las ciencias sociales y al valor de la ciencia tal como es practicada en concreto en favor de finalidades de la dominación, pierdan consistencia: el dualismo de la sociedad al que se atienen práctica y teóricamente les sirve para justificar la historia natural del estado moderno imperial y su régimen de fuerza encubierto bajo un halo benefactor y progresista.

El examen del antagonismo revela que el sujeto colectivo e histórico actúa en una primera instancia, al modo de un antiestado moderno imperial y de una justicia restringida, la cual, por servir a las cuñas neocoloniales y oligarquías, logra institucionalizar un orden determinado que por su aptitud de frustrar a las necesidades de los grupos humanos, en realidad es un verdadero desorden.

La guerra antagónica permite que los pueblos concreten su esfuerzo en el logro de una nueva organización colectiva -una nueva versión del estado- : una organización colectiva a) ordenada a la nación y a los pueblos y b) como instrumento de transformación económica, cultural y política apta para generar nuevos contenidos y formas de relación entre los países y los hombres. A estos fines se ha opuesto sistemáticamente el moderno estado imperial, por medio de las agencias estatales locales y por medio del aparato mundial de la coexistencia pacífica, cuya violencia y represión desborda ya en mucho el cariz diplomático que hasta poco revestía.

Lo que es verdad descubierta por los pueblos es que el estado moderno imperial y sus agencias locales de soberanía restringida configuran un sistema provisto de un máximo de fuerza mecánica y represiva y un mínimo de poder humano real, si bien bajo las apariencias de un summum de poder y de una fuerza ínfima. La substancia del estado moderno imperial es la fuerza desplegada en favor de unos pocos bajo las apariencias del poder y el bienestar. De esta manera llega a constituirse en un sujeto abstracto y trascendental que substituye al proceso histórico humano y a los sujetos que lo protagonizan. El régimen económico y las instituciones condicionan a los hombres a convertirse en "cosas" subordinadas a la importancia de la naturaleza, de tal modo que la predeterminación de las necesidades consolide el consenso y la fluidez social.

Las teorías que son apéndice del orden dominador del estado moderno imperial confirman los vectores de fuerza del sistema que convalidan, a) directamente, por medio de la interpretación de las relaciones sociales como si fueran "controles" y controles de un ego por medio de un alter que es en definitiva más fuerte, y la del cambio social como si éste se limitara a ser una modificación de los sistemas de control, o b) corroborando la superioridad histórica y social, por sobre toda la humanidad y sus posibilidades, de la alternativa propuesta por los países avanzados, de tal modo que las posibilidades y términos del progreso humano ya estarían exhaustivamente involucradas en la intención y teleología de los estados desarrollados.

Como ya dijimos, estas teorías bajan desde el estado abstracto, participando de sus características a través de todas las mediaciones: la cultura, la concepción de la historia y de la realidad, de la ciencia y de la naturaleza y de las ciencias sociales. Tienen como propulsor a un sujeto abstracto, teleológicamente universal y antihistórico cuyo ser esencial es la fuerza corporizada en un orden restrictivo, que se predice como exterior y superior a los seres humanos. La racionalidad formal lo orienta de acuerdo al criterio prioritario de la eficacia pragmática.

La práctica y la teoría del estado moderno imperial se sintetiza en la negación del poder real de los hombres y en la conversión de éstos en una cosa, en un predicado de las instituciones y de la naturaleza. Su ciega adhesión a las exigencias de la economía que practica -monopólica universal- intensifican y universalizan la reificación y la anulación política hasta la situación límite de la explotación y de la opresión. De allí también entonces que el problema del cambio se resuelva en el cambio de estructuras, frase que en realidad designa la movilización de ajustes y alteraciones mecánicas para preservar al orden inmóvil.

No es de extrañarse entonces que el orden, las ciencias y teorías profesados por la entera esfera del estado moderno imperial deban empeñarse en desconocer a sus adversarios en su verdadera realidad y en prevenir y reprimir las contradicciones anexas al incremento del poder político entre los hombres. Y por ende no es de extrañarse que el control y la coacción se conviertan en la condición necesaria e indispensable de la exterioridad con respecto a relaciones entre los hombres y de la conversión de éstas en una dimensión exterior de tal modo que aún la cultura no pueda superar los límites de una interioridad abstracta y a la par aparente en razón que se vea obligada a encubrir su verdadero núcleo. Este núcleo -o su esencia- es la fuerza, sea que aparezca como superioridad, ilustración, saber, doctrina, refinamiento u otras dimensiones.

LAS DIFERENCIAS PRACTICAS Y TEORICAS

Las alternativas del antagonismo histórico demuestra que la causa de la liberación se manifiesta también como un proyecto de recuperación del poder verdadero y real de los hombres para obviar las necesidades de un crecimiento de sus aptitudes propias, frente a fuerzas que intentan radicalizar su condición de cosa.

La práctica y la teoría de los pueblos comparten esencialmente esa recuperación del poder verdadero y real. La problemática del poder le es doblemente esencial a la práctica y la teoría -la política dialéctica de que hablábamos-: a) sea porque libera la naturaleza y el carácter distintivo de su ser político, en la búsqueda de relaciones entre los grupos que desagoten sus aptitudes más propias y proyecten una coherencia en el conjunto de los esfuerzos que garantice calidades de poder que superen la fuerza y la cosificación; b) sea también porque el poder se orienta a las contradicciones ya presentes o todavía latentes que son inherentes a las relaciones entre los grupos y de éstos con la naturaleza, máxime cuando las bases internas y las condiciones externas de la alienación -el régimen de fuerza- afectan a los sujetos históricos. Estos caracteres se convierten en un desafío a la toma de posiciones de las culturas y las ciencias entregadas a las prácticas destructivas del belicismo y la represión imperial, cuando en realidad su naturaleza propia las impulsa a convertirse en patrimonio común de todos los hombres.

De allí que la teorización de los pueblos no tenga muchas otras alternativas de desenvolvimiento que su inserción consciente y conceptual en la política dialéctica del sujeto histórico y colectivo apremiado por el antagonismo que él mismo promueve pues to que "no desea conformarse a vivir en la esclavitud".

Desde la perspectiva de la liberación, como polo principal del antagonismo histórico, emerge concreta y claramente, el rasgo peculiar de la contribución de los pueblos al proceso general; de esa contribución participa la teoría, en el plano consciente y conceptual. Esta peculiaridad constituye la diferencia esencial que la lucha del sujeto colectivo e histórico, por la liberación, asume y en la novedad irreversible que su política dialéctica añade al proceso de transformación.

La diferencia esencial y la novedad irreversible radica en la práctica y en la manifestación de los pueblos a la política como "sujetos" en relación a las estructuras reificadas e inertes, y justamente a partir de la afirmación irreductible del "ser político", como raíz de la universalidad que le impide convertirse en una cosa.

La condición negativa que intensifica y acelera este proceso se concreta, decíamos, en la fuerza mecánica y el consiguiente encubrimiento a las que necesariamente se adhieran las cuñas neocoloniales y el estado moderno imperial, para poder sostenerse.

A partir del reconocimiento práctico y conceptual del "ser político" y de la significación del sujeto colectivo e histórico, los pueblos procuran la liberación de sí mismos y de sus amos, al desafiar el "ser" de la fuerza y el control y también el curso histórico prefijado por la teleología monista de los países avanzados, según el cual no existiría otra posibilidad para progresar que la de encaminarse por sus etapas de crecimiento y de sujetarse a sus valores mercantiles y autoritarios. Y en efecto, el estado moderno imperial afirma su carácter irremplazable a partir de la estructura económica que lo sostiene y que es su prioridad en el orden instrumental para la fuerza, la ocupación y la guerra.

LA CONTRIBUCION DISTINTIVA DE LOS PUEBLOS

El antagonismo histórico muestra que son dos las corrientes de elementos que afirman las diferencias esenciales y la novedad irreversible que los pueblos aportan a la transformación:

1. la primera revela que han cambiado el sujeto, la finalidad, la razón, la forma, y aún la ubicación en el lugar y la apreciación del tiempo y la historia. Se han transformado las respuestas a las preguntas "quiénes", "para qué", "por qué", "cómo", "dónde" y "cuándo". Estas fuerzas constituyen el polo de la liberación, que es el principal adversario del proyecto de la dominación;
2. la segunda corriente manifiesta la transformación en lo que se refiere a preguntas sobre la relación y la inserción en la realidad, sobre el cambio significativo en la relación de la política y la teoría, sobre el problema de la verdad y sobre los cambios en el valor del conocimiento y en los modos de conocer.

Estas corrientes confluyen entre sí, compenetrándose la una con la otra en una misma trama que determina su inmanencia en el proceso histórico. En su contexto se destaca el relieve que adquieren las diferencias esenciales y la novedad irreversible

que la protagonización de los pueblos aporta a las relaciones entre los hombres y a la significación inédita de una realidad más amplia por cuanto abarca a los hombres y sus necesidades y que se libera de la reificación de la fuerza y de una teleología externa.

En lo que respecta a la primera corriente se han transformado

1. los sujetos de la política y de la teoría. Ya no es el sólo sujeto abstracto y exterior -el estado moderno imperial y sus satélites de soberanía limitada- y que esconde su condición de sujeto abstracto bajo las apariencias del consenso universal, de las constituciones y de los derechos individuales. Los sujetos reales y activos -es decir, no preestructurados ni abstractos-, son los pueblos: sujeto colectivo e histórico de la política dialéctica y de su teoría concreta que es la liberación.
2. el "qué". El contenido básico en cuestión en torno al cual opera el antagonismo histórico es el "ser político" de los hombres. Allí radica la postulación del incremento y liberación del poder humano, en oposición a la fuerza de la racionalidad burocrática que ofrece como contrapartida al desarrollo, el estado de bienestar, un orden jurídico parcializado, el reformismo de las instituciones ordenadas al control estructural, que no dejan de fijar a los hombres en su condición de cosas, de esclavos políticos y sociales, de fuerzas predeterminadas e inertes.
3. la finalidad o el "para qué" es la liberación del poder verdadero y real de los grupos humanos frente a las necesidades y a los cambios inherentes a su crecimiento. La finalidad se extiende a la liberación de las relaciones con la naturaleza y la producción y distribución de sus recursos. En su fase más inmediata, la finalidad es establecer relaciones ecuanímes entre los pueblos y las naciones, en base a la creación de condiciones externas e internas que las garanticen.
4. las razones o el "por qué". Es el principio de universalidad de cada ser humano que radica en su naturaleza política y en el poder que es capaz de desplegar para desarrollar una convivencia coherente con sus aptitudes y aspiraciones inerradicables.
5. Los niveles de concreción y de inmanencia anexos al lugar y al desenvolvimiento histórico de los grupos.
6. el "cómo" o la política dialéctica.

Las transformaciones mencionadas se combinan entre sí, de tal manera que las mutaciones en el sujeto colectivo e histórico incida sobre las que corresponden al contenido, a la razón básica, a la finalidad y a otras determinaciones. La transformación deja de ser un cambio de estructuras y cosas, para convertirse en una mutación de los grupos humanos y de su actuación, que son los que dan relieve a la problemática política que se desenvuelve a partir de su centro de gravedad que es el ser político.

El contenido, la operación y el sentido de la teoría se transforman de acuerdo a los vectores de fuerza concretos a los que es inmanente. Lo cognitivo y conceptual que produce adquiere valor, en cuanto se compenetra de la problemática política propia del quehacer colectivo y organizado de los grupos abocados a la resolución del antagonismo histórico y de sus múltiples contradicciones.

Ello se percibe más claramente desde la perspectiva de la otra corriente. Esta manifiesta que la realidad es esencialmente dialéctica y política: no es ni armónica ni mecánica, tan pronto incluye en su contextura la actividad de los grupos humanos cu

ya dinámica propia y sus necesidades emergen de situaciones muy determinadas, pero por lo mismo, no desprovistas de un arrastre histórico y de preguntas acerca del futuro y acerca de toda la humanidad en general. La realidad es un problema planteado de universalidad histórica, aún en las dimensiones más ínfimas de la actividad de los grupos humanos.

La transformación de la realidad en una dimensión histórica y política fortalece el vector crítico que interviene en la política dialéctica. El vector crítico es esencial e interior a la dinámica dialéctica del antagonismo histórico, en cuanto permite conceptualizar y enfrentar a las propias contradicciones agravadas por el condicionamiento externo de la estructura burocrática imperial y de su sistema de secretos y encubrimientos necesarios para legitimar la dominación.

La transformación de la realidad, en la que también intervienen la conciencia de sus peculiaridades y la conceptualización de las mismas, determina cambios en la relación entre política dialéctica y teoría, -entre práctica y teoría: ésta última emerge, -sea como acto de producción y como resultado-, pero para desaparecer, en el sentido que todo saber abstracto y disociado de un emplazamiento concreto, luego se disuelve y transforma en el saber concreto e histórico, -en lo que el movimiento popular denomina doctrina-, y que es inherente al movimiento político que lo genera. Ya no se puede hablar de teoría en los términos absolutos que acepta la cultura de ocupación. Además ella no es restrictiva ni pragmática: es un saber colectivo orientado a los problemas de todos y por sobre los énfasis utilitarios del orden preconcebido. La lógica y el método son parte de la energía de los contenidos y términos de las tradiciones y de sus movimientos.

También el problema de la verdad conoce conceptualmente su propia transformación, en conexión con la acentuación de las diferencias esenciales y de la novedad intransferible que la participación de los pueblos en el antagonismo determina.

Son dos, entonces, las grandes corrientes de mutaciones. Las transformaciones que afecta a cada una de ellas confluyen entre sí, tomando parte en el movimiento de la política dialéctica, determinando áreas cada vez más amplias y niveles más comprometedores de las relaciones entre los grupos humanos, en respuesta al estímulo de sus necesidades. La recíproca compenetración de esas dos corrientes, como ya dijimos, coloca en particular relieve a las diferencias esenciales y a la intransferible e irreversible creadas por los sujetos que promueven la liberación, en razón del "ser político" que protagonizan y que da lugar al poder con que los pueblos revierten la realidad predeterminada por el estado moderno imperial y el apoliticismo que la distingue, en razón de estar posesionada de mera fuerza.

Son las diferencias esenciales y la novedad intransferible las que determinan el carácter de la universalidad -de la universalidad histórica y dialéctica-, cuyo contenido y alcances abarcan la extensión del problema humano a partir de sus contradicciones y procesos concretos. No hay predeterminación universalista, ni teleologías ni estructuras que la fijen a la manera de una norma absoluta.

Nuestros pueblos nos presentan, entonces, una problemática cuyas peculiares implicaciones y consecuencias históricas y políticas, demandan una proporcionada convergencia de esfuerzos colectivos, para desentrañar, entre otras cosas, su sentido

histórico de verdad y de totalidad dinámica. Ha de ser abordada desde sus propios términos prácticos, es decir, desde un compromiso interno con el antagonismo y de las escisiones y síntesis a que invita. Sin duda, ha de esconder o esquivar su propio secreto a los grupos que presumirán comprenderla desde intereses, perspectivas y supuestos que acentúan o su exterioridad o su superioridad respecto a ella.

Y a los pueblos que luchan por la liberación, -no tan sólo propia-, no les queda otro camino, o, mejor dicho, su mejor recurso para aprehender la verdad escondida detrás del problema histórico y universal, reside en no dejar de ser sinceros con la naturaleza y postulados de su propia causa y en incrementar su coherencia con respeto a ella, como desde los albores de la independencia de nuestros países han comenzado a dar prueba de ello. El antagonismo histórico no deja de mostrar un atractivo y una grandeza pocas veces dada en la historia de los últimos siglos.

roberto carri crítica al desarrollismo

Este ensayo debe ser considerado como una introducción al estudio de las nuevas formas adoptadas por el imperialismo. La constitución de una sociedad imperialista dependiente en América latina pasa hoy por la ejecución de políticas desarrollistas. Definir cuáles son las características principales de esta moderna tendencia de la sociedad monopolista servirá para aclarar la real situación de nuestra dependencia.

Lo más importante no es que los grupos políticos manifiesten abiertamente su simpatía por políticas desarrollistas declaradas, sino cuál es su práctica real o el resultado concreto de las ideologías. En los últimos tiempos en la Argentina el término "desarrollista" está muy desprestigiado; sin embargo ahora más que nunca es el desarrollismo la principal política imperialista a nivel continental. Suponer que los golpes militares, que se sucedieron desde 1962 en todo el continente, son una reacción contra las políticas desarrollistas, reacción encabezada por las viejas oligarquías locales, es confundir forma y contenido; cháchara liberal que apunta a lo institucional, formal o legal, y no a la política efectiva (1). El desarrollismo integracionista, ejecutado por gobiernos "legalmente" elegidos en elecciones, fue en su momento considerado peligroso por los representantes monopolistas locales que decidieron cerrar los caminos a la expresión "libre" de tendencias populares. Pero, despojado este tipo

(1) Se exceptúa, desde ya, la Revolución Peruana, por su sentido nacionalista.

Este trabajo se escribió en 1968, dando por terminada la revisión del mismo en febrero de 1969. Se publica sin cambios -exceptuando una nota al pie en el punto II de Peter Worsley- porque es base teórica de Poder y Dependencia y a la vez su complemento. El capítulo 1 de Poder y Dependencia, El imperialismo estructura de la sociedad, apareció en Antropología Tercer Mundo Nº 4, el capítulo 3, Los sistemas de poder en la sociedad dependiente. Análisis civil y análisis político, se publica en esta Antología.

R. C.
setiembre 1970

de gobierno militar de su aspecto integracionista, se convirtió en un plazo relativamente corto en la descarnada expresión de los intereses monopolistas locales y extranjeros. Considerar su origen en los golpes de estado como el aspecto principal para definir a un gobierno, y por lo tanto acusarlo de fascista, totalitario, etc., oculta el contenido permanente del desarrollismo más allá de los vaivenes institucionales.

Estas polémicas no abordan el fondo de la cuestión. En el gobierno argentino actual se expresan en la contraposición del equipo político y el equipo económico dirigido por Krieger Vasena, o en la rivalidad de Onganía con el general Lanusse o anteriormente con los hermanos Alsogaray. Las diferencias existen pero no expresan más que dos variantes de la misma política. La representación y seguridad de los monopolios está garantizada por ambos. De alguna manera la tendencia encabezada por Onganía es la que mayores garantías ofrece al sector frigerista-integracionista, mientras que la tendencia Krieger-Lanusse- democracia representativa es la que denominaremos más adelante, al analizar las fracciones existentes, como desarrollismo gerencial. El eje de la política desarrollista (imperialista) del equipo Onganía se encuentra en la Argentina y en su capacidad de regateo, mientras para los gerentes pasa por la aceptación incondicional de la política dominante en los Estados Unidos.

En su conjunto este ensayo pretende mantenerse en un plano general, sirviendo de guía para esclarecer investigaciones más detalladas sobre el tema. Su finalidad principal es definir el carácter del neoimperialismo. Asimismo presenta, a manera de aclaración o ejemplo, un aspecto particular de la política global desarrollista: el desarrollismo y el mito de la reforma agraria.

Contribuir a definir el enemigo de los pueblos latinoamericanos es la principal tarea "teórica". Aclarar quién es el enemigo impide irse por las ramas o atacar, confundiendo su real importancia, aspectos secundarios. Encarar los problemas institucionales o constitucionales -dictadura o democracia representativa, liberalismo o corporativismo, etc. - y ver en ellos dilemas serios para el funcionamiento del régimen, es en definitiva hacer el juego a la restauración liberal desarrollista frente a la autocracia desarrollista. Lo importante no es autocracia o democracia liberal, sino imperialismo (desarrollismo) o independencia nacional.

Las formas autocráticas por otra parte, no son las preferidas por los imperialistas, éstos prefieren el mantenimiento de las formas de participación electoral y la ficción del respeto a las instituciones políticas liberales. En tanto no expresa a corto plazo la ejecución de esa política y puede ser vulnerable a presiones que perjudiquen la buena marcha de los negocios, en el gobierno de Onganía puede haber contradicciones internas que quizás no se resuelvan pacíficamente. Conocer su existencia es importante, pero no es posible en este caso jugar nuevamente al mal menor, cualquiera que sea; aunque en el fondo la restauración liberal es más perniciosa para la política a largo plazo del movimiento popular que el mantenimiento de la autocracia desarrollista. La restauración liberal crearía ilusiones inmediatas que producirían desorganización y la disolución de las tendencias hacia la unidad popular. Ante esa perspectiva, cada grupo político intentaría sacar la mayor tajada de las perspectivas electorales y esa competencia atomizará por un plazo hoy impredecible a las distintas fuerzas sociales.

Si definimos correctamente al enemigo, es difícil hacerse ilusiones acerca de cual-

quier restauración. Es importante saber que no todas las tendencias liberales o pequeño burguesas son desarrollistas, algunas representan a grupos superados por la dinámica histórica y destinados a desaparecer en el proceso de concentración creciente. En tanto miran hacia un pasado liberal y concurrencista, estos grupos y clases sociales son reaccionarios y no pueden ser considerados como parte integrante de supuestas coaliciones políticas. En tanto son objetivamente desplazados por el régimen, al mismo tiempo son tendencialmente aliados del movimiento popular. En su propia crisis se acelerará la transformación y definición de estos grupos. Ser nacionalistas y revolucionarios hoy es estar a favor de la crisis. Cómo provocar la crisis es el interrogante, y la política antiimperialista se define por su capacidad para hacerlo.

I - FUNDAMENTOS DE LA POLITICA DESARROLLISTA

1. El frigerismo, como tendencia política nacional, es la versión local de una corriente política contemporánea de alcance internacional para los países en "vías de desarrollo". Esta tendencia es la concepción de los intereses monopolistas para estos países.

Existe un sector de la clase monopolista que precisa, para expandir y profundizar su dominio, un desarrollo de los mercados o áreas de influencia, que inevitablemente la conducen a choques y enfrentamientos con otros sectores de la oligarquía local y extranjera que, hasta hace poco, controlaban sin discusión las áreas ahora en disputa. El desarrollismo es la política propiciada por los monopolios que buscan la expansión de sus áreas, integrando la nación en un solo mercado regional para imponer su dominio. Esta política se expresa, con las diferencias debidas a las circunstancias particulares, en todos los países latinoamericanos, donde el sector "modernizante" de la clase dirigente, tanto en el orden económico, militar o intelectual, busca el poder para "cambiar las estructuras" del atraso y el estancamiento. Sobre la base del ascenso de sectores capitalistas, ligados a la actividad industrial o extractiva, básica y altamente reproductiva, se opera una nueva y más estrecha vinculación con la economía internacional, que es la clave para comprender el proceso político y económico argentino de los últimos trece años: la vinculación y en algunos casos la identificación del capital monopolista nacional con el capital financiero internacional.

El hecho fundamental en la Argentina es que el capitalismo se ha transformado absolutamente en capitalismo monopolista. En las condiciones de este capitalismo monopolista ya no hay lugar para el desarrollo de la libre concurrencia, ni tampoco para las "reformas" democráticas de estructuras y, mucho menos, para una democracia "pacífica".

Los sectores claves de la producción industrial están dominados por el régimen monopolista. A medida que aumenta este dominio los sectores donde aún sobrevivían sistemas de concurrencia van siendo desplazados. Esto no significa la desaparición física de las unidades económicas pequeñas y medianas, sino su sujeción a los intereses monopolistas, la liquidación para la gran mayoría de ellas de toda autonomía económica respecto al capital financiero.

Del análisis de la realidad económica nacional puede afirmarse que más de la mitad de la producción se encuentra en manos de la centésima parte del número total de

empresas. En ella tienen una preponderancia absoluta poco más de un millar de empresas que controlan, dominan y mantienen bajo su hegemonía la totalidad de la producción. Estas empresas, a su vez, están en manos de un pequeño grupo de monopolios industriales y financieros. Frondizi, Frigerio y el núcleo de políticos y técnicos que los acompañaron en su campaña política, en el gobierno y en la oposición, comprenden cabalmente este problema, de ahí el énfasis en la industrialización y en lograr la integración del país en un "moderno" mercado.

En tanto no es la única política de los núcleos dominantes, los desarrollistas encuentran resistencias en sectores del mismo, que en ciertos momentos reducen o limitan su campo de acción. Por tanto, buscan alianzas con sectores populares, ajenos a sus intereses de sector, pero que pueden ver con buenos ojos un cambio que desplace a la vieja oligarquía. La idea de los desarrollistas -que se manifiesta en cada oportunidad en que pueden aplicar su política- es lograr la subordinación de sectores sociales con intereses diferentes y hasta contrapuestos a los suyos. Para ello construyen vastos programas políticos que contemplan mejoras generales que provendrán de la expansión económica y del "cambio de estructura para el desarrollo".

El desarrollismo pues, tiene dos aspectos que generalmente se formulan en forma unitaria pero no necesariamente van siempre juntos: uno es la política desarrollista de ampliación del mercado para un sector "modernizante" del capital monopolista; el otro es hacer creer al resto de la sociedad que los sectores "dinámicos", aquellos que persiguen el cambio y el desarrollo, son solidarios. A la política desarrollista, por lo tanto, deben subordinarse todos aquellos sectores que deseen "cambiar las estructuras": este aspecto es la variante "integracionista" del desarrollismo. Una vez alcanzado el poder lo esencial es que permanezcan aliados aquellos sectores clave para la política de los monopolios. Sin dejar totalmente de lado la solidaridad, ésta pasa a segundo plano. Los sectores aliados de los monopolistas se reducen entonces a la aristocracia obrera de las industrias dinámicas y sus representantes; los tecnócratas que van a impulsar la programación y la ideología; y las fuerzas armadas que en definitiva se convierten en el fundamento del desarrollismo.

En el aspecto ideológico esta actitud tiene diversos campos para manifestarse. Instala en primer lugar las conclusiones económicas de sus tecnócratas, mientras oculta la base real de las mismas: la política realizada por Frondizi, Frigerio y sus seguidores en los distintos gobiernos, y los resultados concretos sufridos por el pueblo argentino.

El desarrollismo aparece también como una variante del reformismo en tanto sus objetivos son cambiar el estado de cosas; y como una variante seudonacionalista en tanto se busca identificar a los adversarios como representantes de intereses antinacionales que persiguen el mantenimiento del atraso y la dependencia.

De cualquier manera su nacionalismo se limita a atacar a sectores indefinidos por regla general, que se personifican en grupos débiles del imperialismo mundial, o, en ciertos casos -debido a sus contactos con determinados grupos financieros- a atacar a sus rivales en las licitaciones, presentando la lucha por el control de una situación concreta como una "batalla por el desarrollo". A renglón seguido afirman la necesaria ayuda o cooperación del capital y la técnica extranjeros, provenientes de los países desarrollados, con el fin de alcanzar el ansiado desarrollo nacional. También

mantienen una polémica "amistosa" con grupos desarrollistas latinoamericanos que buscan la expansión de otras regiones o países en desmedro del nuestro, a los que acusan de representantes de aquellos intereses antinacionales. El problema es que los desarrollistas argentinos desean la expansión del mercado nacional y latinoamericano bajo su hegemonía, mientras que aquellos que no son argentinos lo buscan bajo su propia hegemonía. Es una polémica interna que tiene su origen en el carácter expansivo del capital monopolista pero no modifica las raíces de dicha política. Sin embargo, la polémica permite acercar al carro desarrollista a sectores que necesitan de la expansión económica, social y política para mejorar sus niveles de vida y para afirmar su poder, me refiero al Ejército y a sectores obreros de la industria moderna.

Los tecnócratas constituyen un sector de la sociedad imprescindible para realizar la política desarrollista. A cambio de su adhesión, el desarrollismo brinda apoyo a la ciencia y fomenta el perfeccionamiento de los instrumentos de investigación -pura y aplicada-; presentando la imagen de un idílico país futuro donde los técnicos y científicos verán ampliadas sus posibilidades de trabajo e investigación merced a la expansión y modernización del mercado interior.

Para el desarrollismo, como concepción monopolística de la política nacional, este es un aspecto importante: la utilización intensiva de estas técnicas al servicio de su política; la racionalización -teórica más que real- de todos los sectores básicos de la vida nacional, aquellos que impulsarán el desarrollo. Inconscientemente o no, aquellos que se dedican a la ciencia pura o los tecnócratas aportan su capacidad para la ejecución de esta política. De muchas maneras -respecto a las posibilidades de empleo público o privado, el papel asignado a los tecnócratas en el desarrollo social, al papel que la racionalidad y la ciencia deben jugar en un proceso desarrollista (no olvidar la estrecha relación entre la moderna ciencia y la organización económica monopolista)- el desarrollismo se convierte en la política apropiada para los grupos tecnocráticos. El "apoliticismo" de las disciplinas científicas y su eficacia técnica sirven para fundamentar la contraposición, tan cara a esta ideología, entre una realidad "tradicional" y la realidad "racional" del desarrollo. Apoliticismo que no es tal sino la forma que asume la ideología y la política desarrollista para la clase media técnica e intelectual. El desarrollismo minimiza el papel del imperialismo -no lo suprime totalmente y por lo tanto aparece como una variante aceptable para el reformismo de los profesionales- y rechaza por irracionales las políticas o ideologías nacionalistas que no comprenden la existencia de aspectos positivos en la "ayuda" extranjera. La ciencia y la técnica son considerados valores universales como la "racionalidad", y por lo tanto parece ser imposible en forma equivalente a otros campos de la vida social y económica, un desarrollo científico al margen de los adelantos que en esta materia nos proporcionan los países desarrollados. Relación que se convierte en subordinación y aceptación acrítica de todo lo que provenga de círculos científicos o culturales considerados de avanzada.

2. La crítica a la CEPAL, es uno de los pilares de la ideología desarrollista-frigirista. Deducir de las maquinaciones de la CEPAL o del Banco Interamericano de Desarrollo el estancamiento argentino, como periódicamente afirma el diario "Clarín", no es más que un medio para ocultar la real dependencia política y económica de nuestro país debida a muy diferentes causas que las manifestadas.

Las tesis industrial-agraristas de CEPAL y el BID son rebatidas desde una perspectiva "industrialista" en la cual el agro aparece integrado a un proceso sostenido de crecimiento industrial. La vulnerabilidad de los postulados cepalianos en materia de "desarrollo" les permite a los frigeristas ejercitar una crítica aparentemente correcta en cuanto a lo negativo de la CEPAL, pero que no es simple ideología para encubrir sus reales aspiraciones. La diferencia entre política efectiva e ideología para consumo de "mayorías" es muy importante tenerla presente en este caso; y eso sin entrar a analizar la concepción exclusivamente técnica que tienen los desarrollistas acerca del agro y la industria. Para ellos esta diferencia no corresponde a un distinto grado de conformación de la sociedad monopolística y dependiente, sino que tiene que ver exclusivamente con el concepto: "valor agregado" por la transformación de las materias primas.

Los desarrollistas afirman que la CEPAL adhiere a tesis comercialistas que tienden al sostenimiento de las "viejas estructuras agroimportadoras" aunque en un nivel más elevado de modernización y justicia social, y que no impulsan la "profunda transformación que el país reclama". Pero, la transformación estructural dirigida y estimulada por los centros financieros en que se apoya el frigerismo, acelerará el proceso de concentración monopolística. El objetivo es liquidar, en forma anticipada a un futuro reemplazo por "nuevos y modernos" aparatos empresariales, todas aquellas estructuras comerciales, industriales, de transporte, etc. que resultan un freno actual o competencia futura para sus intereses.

Los cuadros del desarrollismo político están formados por comisionistas cuyo objetivo es aumentar el ingreso proveniente de las comisiones recibidas. La relación entre las mismas y el logro de altos beneficios por el capital es estrecha y fundamental, de allí que se convierten en los propulsores de políticas crediticias y de desgravaciones que promueven el "progreso y la industrialización" del país. Su énfasis en la búsqueda de capitales extranjeros interesados en el desarrollo de inversiones reproductivas tiene una explicación: a la par se promueve su ingreso personal. Para los desarrollistas la actividad política es una actividad comercial, su política real es la de intermediarios de los capitalistas extranjeros. La liquidación de la competencia y de las trabas que limitan la expansión de la gran industria son prerrequisitos para aumentar sus beneficios, que los frigeristas ocultan detrás de postulados expansionistas. Su política económica está orientada a la conquista de nuevos mercados por la gran industria; el medio utilizado es la subordinación o liquidación de las estructuras arcaicas o no que predominan en los mercados regionales y a las que es preciso desplazar para dejar paso "a lo nuevo". El logro de estas metas es la llamada integración nacional.

La incorporación de nuevas áreas no significa principalmente un aumento en los niveles de vida y consumo de la población, sino un incremento de las inversiones rentables. Para alcanzar la ampliación del mercado interno necesitan primero transformar el sistema de producción o circulación en las áreas hasta este momento "marginales" para el gran capital ligado a sus intereses. Estas áreas son marginales sólo en apariencia, ideológicamente. La marginalidad forma parte del arsenal ideológico del imperialismo. Considerar un área o clase social como marginal, significa suponer que el resto del país, región o sector considerado subsiste con independencia de esas regiones o clases más atrasadas y a las que eufemísticamente se denomina "marginales". El problema es el del desarrollo desigual de los países capitalistas, espe-

cialmente aquellos que se encuentran en un estado dependiente. El desarrollo desigual es la base de las superganancias de los monopolios imperialistas. Cuando los desarrollistas plantean el problema de la integración nacional como el aspecto primordial de su política, lo que señalan fundamentalmente es que no tienen participación en la explotación de esas regiones. Hay que desplazar o "integrar" a los grupos rivales, nacionales o extranjeros, y cubrir con inversiones propias la futura explotación de las áreas "marginales".

Este es el principal sentido de la integración, mientras que el otro aspecto, la integración solidaria de todos los sectores y clases de la sociedad nacional es posible analizarlo desde dos puntos de vista.

Primero, desde la perspectiva de la lucha de fracciones, el integracionismo es la política de un sector de los imperialistas dirigida a debilitar las posiciones políticas de otro sector de la misma clase; esta es la causa que explica la búsqueda de alianzas para fortalecer la propia posición. Estas alianzas son buscadas no sólo en las clases sociales sino en instituciones como el ejército, la iglesia y los sindicatos.

Segundo, no es más que el reflejo del alto grado de capitalización de un sector dinámico de la clase capitalista, o de sus proyecciones ideológico-utópicas hacia un futuro país desarrollado e industrializado. Este sector comprende entonces que la incorporación de los trabajadores a la coparticipación a través de planes de racionalización y aumento de los índices de productividad, es el mejor camino para defender sus intereses a largo plazo y aumentar sus beneficios económicos.

Un campo para el ejercicio polémico de los frigeristas es el de la integración económica latinoamericana. Las manifestaciones anti-ALALC del frigerismo consisten en instalar como contradicción real-ALALC = estancamiento y dependencia; integración nacional = desarrollo y soberanía— a una contradicción que en esos términos no es más que aparente. La integración continental preconizada por la ALALC, en el marco que el imperialismo extranacional, desarrollista también, establece; significa la redistribución de los beneficios y rentas que supone la buena marcha de los grandes negocios entre los principales grupos capitalistas de todos los países miembros. Por supuesto que los inversores norteamericanos, europeos y japoneses llevarán también una gran tajada, eso no está en discusión por ningún sector desarrollista. Esta política de tener éxito impediría la concentración de esos beneficios en un sólo país que ofrezca todas las garantías exigidas por la banca internacional, en este caso la Argentina orientada por el desarrollismo frigerista u otra variante desarrollista como la de Onganía-Krieger Vasena.

La integración nacional desarrollista, opuesta a la integración continental propulsada por la ALALC y la CEPAL, no supone el establecimiento de la soberanía nacional, sino una expansión condicionada por las necesidades económicas, políticas y militares del imperialismo y por la inversión de capitales extranjeros. Las dos estrategias no son opuestas para los imperialistas sino complementarias, aparecen como contrapuestas desde la perspectiva de los monopolistas argentinos que perderían una parte de su tajada en caso de dispersarse las inversiones en todo el área latinoamericana y no poder concentrarlas dentro de los límites geográficos del país.

3. Hasta 1958 la defensa del patrimonio nacional por los frigeristas de la revista QUE

se traduce fundamentalmente en un ataque al imperialismo inglés, ya definitivamente desplazado como principal potencia influyente en la Argentina. Se enfatiza con el objeto de ocultar las estrechas relaciones del equipo frondicista con los Estados Unidos. Su consecuencia fue el nucleamiento de importantes sectores antiimperialistas alrededor de las "banderas nacionalistas" del movimiento. Sin abundar en detalles, es conveniente recordar que en los años 1956 y 1957 se vivía la trágica época de la revolución aramburista, y muchos militantes creyeron que el frondicismo era la única alternativa de salvar al país de la entrega total.

El sistema expositivo de Rogelio Frigerio se caracteriza por el manejo de ambigüedades que le permiten lograr apoyos políticos contrapuestos sin recurrir a la "mentira". Este afirma en sus libros y conferencias que existe una identidad esencial entre los capitales de cualquier origen que promuevan el desarrollo con un bajo costo social y el interés nacional. Sin embargo, utiliza el término capital "colonialista" que se aplica a tendencias llamadas "agroimportadoras" para crear una imagen antiimperialista. Debe entenderse a estas tendencias contra las cuales lucha el frigerismo como aquellas que intentan mantener en un bajo nivel de capitalización a un sector de la burguesía industrial o intermediaria, e impedir por tanto, la soñada expansión imperialista (Argentina potencia mundial).

Una amplia gama de tendencias se unen en la defensa del programa de Frondizi y Frigerio, no del de la UCRI a la que ignoran y de la que no se preocupa nadie, sino del que puso en práctica una vez arribado al gobierno. El integracionismo como corriente ideológica y política no tiene su origen ni su principal campo de influencia en la UCRI, aunque ésta cosechó los beneficios electorales de la prédica integracionista. Los receptores de la doctrina -los que realmente pesan política y económicamente- se encuentran en los sectores 'dirigentes' de las actividades económicas, tanto capitalistas como algunos de los núcleos obreros, entre los oficiales de las fuerzas armadas, en los profesionales, técnicos, obreros calificados y estudiantes que creyeron en la panacea del progreso y el bienestar desarrollista.

Una muestra de los métodos frigeristas fue la actuación de los que estaban vinculados a los contratos petroleros firmados durante el gobierno de Frondizi ante la "Comisión Especial Investigadora sobre Petróleo de la Cámara de Diputados". Allí mostraron, además del cinismo de los supuestos complicados -aclaramos lo de supuestos, porque dentro de los márgenes fijados por el régimen los gestores de contratos difícilmente pueden ser considerados delincuentes-, la absoluta incapacidad de la Unión Cívica Radical del Pueblo para resolver la contradicción entre una política idéntica en lo esencial a la frondicista y una superestructura ideológica y moral teñida de nacionalismo liberal de clase media.

Resulta absurdo criticar la política petrolera de Frondizi comparando sus afirmaciones anteriores y su práctica efectiva en el gobierno. La crítica a la falta de moral de Frondizi refleja el pensamiento de la clase media, y éste no va más allá de una real defensa del statu quo petrolero. Y de un cierto tipo de estancamiento (o desarrollo) que permita su subsistencia como clase e impida su desaparición o subordinación al capital monopolista.

Los aspectos económicos y políticos principales del desarrollismo fueron puestos en práctica no sólo durante el gobierno de Frondizi, sino también con Guido y los radi-

cales del pueblo: destrucción de la pequeña y mediana empresa, unificación del mercado nacional, convertir a los terratenientes y chacareros en los principales consumidores de productos manufacturados, utilizar esta ampliación del consumo de manufacturas como multiplicador de la inversión de capitales extranjeros, liquidación paulatina de las conquistas obreras, subordinación a las órdenes emanadas desde Washington o la OEA. Actualmente, y despojada de toda demagogia, esta política es llevada adelante con toda intensidad por el equipo económico de la llamada "revolución argentina". El desarrollismo, cualquiera sea la denominación que circunstancialmente utiliza, es la política de la oligarquía monopolista y financiera argentina.

El desarrollismo de Onganía se encuentra despojado del ropaje integracionista del frigerismo o del ropaje liberal de Aramburu y los radicales. Utiliza elementos del viejo nacionalismo, especialmente de los sectores que se hicieron frondicistas en 1957 y 1958. El integracionismo que necesita de las elecciones para manifestarse fue reemplazado por el comunitarismo municipal y el "particularismo" sindical y empresario. La política económica que debía pensar en el "consumidor" para lograr su voto en las elecciones, hoy expresa con crudeza que la estabilización monetaria, la contracción del salario real, el cierre de empresas y la liquidación de las economías regionales -que en el futuro serán "restauradas"- son los pasos previos que están dispuestos a dar con rapidez para convertir al país en factoría de un pequeño grupo de monopolios.

La contracción del mercado local de consumo provoca la crisis en aquellas ramas de la industria exclusivamente vinculadas al mismo, que tienen que soportar además, la competencia adicional de los productos manufacturados extranjeros; que ingresan al país por las desgravaciones aduaneras. Por otra parte, cada día compiten en condiciones más desventajosas con productos fabricados por un número creciente de empresas ex-argentinas. El gobierno de la pequeña revolución, y el que siga en caso de llamarse a elecciones fraudulentas, tiene la misión delegada por el imperialismo de adentro y de afuera de ser el enterrador definitivo de la pequeña y mediana empresa industrial, comercial o agropecuaria.

Todos los gobiernos anteriores al de Onganía tuvieron presente la "debilidad relativa" de pensar en el consumidor, ya señalada más arriba. De allí que sus políticas económicas siempre se modificaron cuando "las papas quemaban". El gobierno revolucionario no tiene momentáneamente esas limitaciones. Hay intentos de realizar una "nueva política" que consiste, en el plano de las entidades sindicales, en subordinar las como apéndices oficiales y oficialistas del gobierno. El carácter gerencial del Estado argentino actual muestra las caras del sindicalismo de estado: una progresiva durante el peronismo, otra útil cuando los gobiernos necesitaban para su subsistencia el voto, y esta última que podemos llamar funeraria puesto que significa el enterramiento del movimiento sindical como factor político decisivo popular. Pero también queda al desnudo el carácter vacío de las mentadas tendencias autonomistas dentro del sindicalismo, al observar la total inoperancia política y gremial de las experiencias sindicales autónomas. Esto obliga a replantear el problema del eje de ruptura del sistema y de las formas adecuadas de lucha, problema que pasa inevitablemente por la redefinición del concepto político de proletariado.

Considerar el desarrollismo como una ilusión de determinados grupos de la llamada "burguesía nacional", sueño imposible de ver realizado en una sociedad dependiente como la nuestra, es confundir apariencia con realidad. Se considera que lo fundamen

tal son los discursos y escritos llenos de ambigüedades: lo puramente ideológico, sus aportes de carácter técnico y "científico" sobre la realidad nacional, sus publicitadas "batallas". Mientras se pasa por alto lo realmente importante, aquello que lo define como la política del imperialismo: la política efectiva de los gobiernos desde el Plan Prebisch hasta la actualidad, los intereses financieros que representan profesionalmente, las comisiones cobradas o por cobrar.

La conexión entre los postulados ideológicos y políticos del desarrollismo y la política de los monopolios imperialistas es evidente. Concordia, trabajo, productividad, tecnificación, investigación, racionalidad, son requisitos, para la buena marcha de los negocios, así como fueron y son bandera de todos los desarrollistas.

4. En el terreno ideológico-político el desarrollismo presenta un frente muy amplio que posee en comunidad ciertos puntos fundamentales de contacto. La caracterización que a continuación se enumera se refiere al desarrollismo oficial, comprometido directamente y manifiestamente con los centros financieros, y no a las variantes de izquierda o social-cristianas desarrollistas a pesar suyo. Estas últimas pueden estar comprendidas en algunas de las caracterizaciones siguientes, pero se las considera desarrollistas principalmente por definir el desarrollo como un problema puramente cuantitativo, no como dinámica, (fuerza impulsora) sino como cinemática (movimiento) (1). Tampoco mencionamos aquí los aspectos culturales: revistas y diarios, audiciones de televisión y radio, música popular y folklórica, corrientes y figuras de la literatura, etc. que dentro de esta línea proliferan desde hace alrededor de diez años.

La caracterización, seguramente incompleta, es la siguiente: el frigerismo niega la presencia del imperialismo o, como hace más comunemente, divide el imperialismo en imperialismo malo o imperialismo propiamente dicho (tendencias agroimportadoras, etc.) e imperialismo bueno, denominado "grupos capitalistas inversores interesados en fomentar el desarrollo nacional".

Hay un énfasis básico en la ejecución de políticas concretas que cumplan los objetivos imperiales, sin importarle demasiado los formalismos legales o las formas constitucionales liberales. La consigna desarrollista es: piedra libre para la inversión de capitales.

Ligazón estrecha con los intereses norteamericanos. La lucha contra algunos intereses económicos de origen europeo o norteamericano se disfraza generalmente como la lucha contra algunos centros financieros considerados "imperialistas" y subdesarrollantes, tales como el Banco Mundial o el B. I. D. que sirven de chivos emisarios. Por regla general los desarrollistas son kennedistas.

Respeto religioso por la eficiencia técnica o científica que debe estar subordinada al "desarrollo". Se presenta la ciencia subordinada al desarrollo como tendencia actual de las sociedades industriales, en realidad la subordinación es al desarrollismo como política concreta. En este sentido son mucho más lúcidos que los científicos que creen que la política está subordinada a ellos.

(1) Y por partir de una concepción de la sociedad "subdesarrollada" como sociedad enferma que debe ser "desarrollada" a través de un recetario técnico.

Racionalización y/o privatización de empresas estatales antiguas y fomento por el estado de ciertos rubros que, una vez cubiertos los riesgos iniciales de la inversión, deben ser pasados a manos privadas.

El libreempresismo es un presupuesto desarrollista. Están en contra de cualquier tipo de trabas al desarrollo de la empresa privada y exigen facilidades para las inversiones. Siempre se oponen a la política impositiva del Estado burocrático y contrario al desarrollo, aunque al mismo tiempo exigen del Estado actividades que sólo pueden cumplirse con la recaudación fiscal. Nacionalismo imperialista o chauvinismo de gran potencia (Argentina potencia mundial, etc.).

Capacidad para decir cualquier cosa que tenga buena acogida en algún sector social, profesional o institucional importante, sin interesarles demasiado si aquello que dicen es lo que piensan hacer llegado el caso, o si van a hacer todo lo contrario. De aquí proviene el mentado "maquiavelismo" de Frondizi. Subordinación por tanto, de toda política y de todos los grupos y clases sociales a los "altos" designios de los monopolios imperialistas (por lo menos de un sector).

El Estado debe adecuar su organización y las administraciones provinciales y municipales a los objetivos del "desarrollo". Idem que en el caso de la ciencia y la técnica, no confundir lo real con lo aparente escondido en el uso de la palabra "desarrollo" por los desarrollistas.

El concepto que resume todo lo anterior es el énfasis en el desarrollo definido cuantitativamente y la subordinación de toda ideología a este fin. El desarrollo, es siempre expansión con relación a un mercado, por lo tanto, la definición del mismo puede pasar de una concepción brutalmente cuantitativa de los efectos del desarrollo -incremento de ciertos índices económicos considerados básicos- a una concepción más refinada donde el eje estaría dado en la "liquidación de las trabas para la expansión de las fuerzas productivas". En este último caso tendríamos a las variantes del desarrollismo de izquierda coincidiendo con los escritos de Rogelio Frigerio.

Todas las tendencias desarrollistas, concientemente o no, están realmente subordinadas al arsenal teórico-político del frigerismo, que en ese plano se ha mostrado como el sector más lúcido en la Argentina.

II - DESARROLLISMO E IMPERIALISMO

El problema que se nos plantea ahora es tratar de solucionar el interrogante de por qué desde 1955 el desarrollismo se ha convertido en la principal política del neoimperialismo respecto de países como la Argentina. Y más recientemente, tal como señalan en forma reiterada líderes políticos y económicos de U. S. A., es la política general del imperialismo para el conjunto de América latina. La cuestión es dilucidar las razones por las cuales, alcanzado cierto grado de expansión, el imperialismo mundial debe modificar los aspectos políticos y económicos de penetración y estructuración de las sociedades integradas en su mercado.

Los antiguos mitos del nacionalismo popular: la balcanización latinoamericana, la imposibilidad de desarrollar la industria pesada y la reforma agraria, caen totalmente

abatidos por la nueva política. Si en una época eran válidas estas afirmaciones puesto que expresaban la forma general de subordinación nacional al imperialismo, en la actualidad ellos expresan las formas secundarias de su política. El interés de los monopolios se centra en el desarrollo integrado de mercados proporcionalmente mayores, o en otras palabras, en la expansión en una escala cuantitativamente mayor de las economías dependientes. La política para alcanzar este objetivo pasa por la integración continental.

Aquí se presenta una ruptura aparente de la unidad desarrollista: los desarrollistas argentinos ortodoxos -Fondizi, Frigerio, el diario "Clarín" por ejemplo- son opositores a esta política. Algunas de las razones de esta oposición fueron señaladas en el punto anterior; pero desde otro punto de vista la diferencia se presenta en que el desarrollismo frigerista -ideológicamente- aparece como un desarrollismo de empresarios relativamente capaces de planificar su propia política. Mientras los desarrollistas norteamericanos -los más poderosos- prefieren un desarrollismo orientado desde América latina por gerentes conscientes de su papel, caso Krieger Vasena o Alsogaray.

Esta contradicción existente en el seno de las clases monopolistas locales está asimismo expresando la contradicción interna de esa clase en los Estados Unidos. Es un problema político que se resuelve en el ejercicio de fuerzas contrapuestas, donde los frigeristas "doctrinarios" por el momento llevan las de perder. Esto quiere decir que si hipotéticamente situamos nuevamente al frondicismo en el gobierno, su política no se diferenciaría demasiado de la llevada a cabo durante los años 1958 a 1962, y por supuesto que no habría diferencias mayores con la política económica orientada por el equipo Onganía-Krieger Vasena.

La expansión económica del imperialismo obliga, pese al mantenimiento y ampliación de la llamada "brecha del subdesarrollo", a modificar totalmente las viejas políticas con el objeto de mantener a los países dependientes como eficientes productores y consumidores en una economía que produce a escala muy vasta y con un sorprendente nivel de desarrollo tecnológico.

En su origen, las economías capitalistas situadas fuera de Europa Occidental y de los EE. UU. desarrollaron un capitalismo de carácter monopolista. Nunca hubo, fuera de los casos señalados, libre competencia capitalista en el mundo, y es bastante discutible que la haya habido realmente en los países pioneros dentro de este sistema.

Cuando el capital ingresa en gran escala en las áreas externas al mercado europeo y norteamericano durante el siglo XIX -como inversión, préstamo o manufacturas- lo hace directamente como capital monopolista. Llegan los que vencen en la competencia local; la competencia es exterior a las nuevas economías integradas al mercado mundial. Las compañías comerciales y financieras que aparecen en Latinoamérica durante esos años, han triunfado previamente sobre sus competidores metropolitanos y en los nuevos territorios "libres" no tienen competencia en el plano económico puro. La competencia y la lucha es política y se practica entre naciones. Los estados capitalistas europeos promueven militarmente el desarrollo del comercio y los préstamos de sus firmas autóctonas. Por lo tanto, a grandes rasgos tenemos que, exceptuando Europa y los EE. UU. la experiencia mundial se divide en tres sectores:

- a) Un sector donde el monopolio desarrolla una economía imperialista como capitalismo monopolista de Estado, tal el caso del Japón.
- b) Un sector donde el monopolio y las potencias europeas promueven el desarrollo de economías monopolistas dependientes, que es el caso de América latina y en cierto modo China.
- c) Un sector directamente sometido al dominio colonial, donde la expansión monopolista está sustentada en la colonización, que es el caso de África y el resto de Asia.

Dentro de este esquema muy general debe situarse la aplicación de las políticas correspondientes. El anárquico y desigual movimiento de las economías va a producir diferencias en la formación de las distintas sociedades nacionales, y por supuesto obligarán a los imperialistas a adecuar su política para cada época y lugar.

Llegado a cierta etapa de este desenvolvimiento, la aparición de un mundo socialista relativamente autónomo dentro del mercado imperialista internacional y el surgimiento de movimientos populares revolucionarios en casi todo el mundo dependiente, introducen una modificación en el plano de la política necesaria para la subsistencia del sistema. Esta es: la descolonización obligada y la penetración neocolonialista bajo la hegemonía norteamericana en los países de Asia y África; y en América latina, en etapas sucesivas desde 1955 aproximadamente, la aparición de una nueva política monopolista que denominamos a partir de cierta identificación general entre quienes la sustentan, como desarrollismo.

Esta política encuentra adeptos en los más diversos sectores y grupos políticos. Hay un reajuste general que elimina las tradicionales barreras entre derecha e izquierda. Los "viejos mitos" sirven de pilares ideológicos para nuclear bajo un mismo denominador a todos los desarrollistas; desde el viejo nacionalismo "aristocratizante" hasta la izquierda victoriana y dogmática, pasando por todos los puntos intermedios, los desarrollistas coinciden en afirmar la prioridad del desarrollo de los sectores básicos de la economía y las transformaciones técnicas en el agro, como ejes para lograr la independencia nacional. De esa manera la clase obrera industrial se convierte junto a la nueva clase media dependiente, en la base social de esa política y es disputada por los desarrollistas para decidir cuál de sus tendencias internas promueve la expansión económica supuestamente impedida por los intereses coloniales. Pero los intereses coloniales también han modificado su política y como en definitiva son los más fuertes y coherentes, los desarrollistas "honestos y progresistas" van a jugar el papel de peones de una política que ellos no han previsto ni quieren. La causa de que estos sectores políticos se subordinen ideológicamente al desarrollismo se encuentra fundamentalmente en el carácter formalista de su percepción de la realidad, mentalidad puramente colonial y dogmática, y a la suposición acerca del carácter inmutable de ciertos aspectos superestructurales. En nuestro país los desarrollistas confunden las decisiones políticas de los gobiernos imperialistas con el carácter estructuralmente dependiente y monopolista de la sociedad argentina. Este aspecto -el carácter estructural del imperialismo- es el invariable por el momento; las políticas concretas de los monopolios para mantenerlo varían con las modificaciones generales del sistema imperialista y con el desarrollo de las luchas populares. La estrategia imperialista es mundial y hace frente a las fluctuaciones de la guerra revolucionaria de los pueblos, así como a la concentración creciente y a la expansión deter-

minada por el adelanto tecnológico que promueve la reposición acelerada del capital.

En tanto, el análisis formal crea supuestas situaciones inmutables referidas a una ubicación técnica o material frente al proceso productivo. Las contradicciones del sistema se reducen a contradicciones intersectoriales provocadas por el desarrollo desigual de los "sectores" técnicos. Como desde el punto de vista de la seguridad de la inversión la economía agropecuaria recibió hasta hace muy poco tiempo el principal flujo del excedente interno, los "obreros del sector industrial" se convierten por arte de magia en la "clase revolucionaria", en aquella que está más interesada en la expansión económica impedida por el imperialismo. Nuestra situación entonces se debe al retraso tecnológico de la industria, y la contradicción se elimina al cerrar la brecha. No extraña entonces que el principal teórico del desarrollismo (Rogelio Frigerio), recordando su pasado izquierdista, sostenga que el retraso en el desarrollo de las fuerzas productivas se soluciona integrando a la clase trabajadora en el proceso "socioeconómico" que permitirá "desarrollarla". Es indudable que todas las clases son, en un aspecto, necesarias para la permanencia y expansión del sistema, y este es el momento enfatizado por los desarrollistas. Dentro de esta perspectiva consideramos a los obreros como "burgueses expropiados" o "futuros burgueses", o utilizando un eufemismo más en boga podemos referirnos al proletariado rural como "campesinos sin tierras".

En las evaluaciones de la izquierda desarrollista la contradicción se diluye en mecánicas interpretaciones de la lucha de clases basadas en las relaciones intersectoriales que aparecen en el cálculo (formal) del Producto Bruto Interno. El CONADE se convierte en el factotum ideológico de los políticos académicos que tienen un gran respeto por la información de "nivel científico" proporcionada por esa institución.

La contradicción entre los monopolistas y sus aliados es vista como la contradicción entre un "sector" agropecuario, oligárquico, y un "sector" industrial, burgués; y los cambios ocurridos en el país desde la segunda guerra mundial como la manifestación de las modificaciones en las relaciones entre ambos sectores en el Producto Bruto.

Este conflicto oculta la verdadera base de las contradicciones locales de la clase monopolista. La contradicción existe entre los capitales más concentrados, o sea aquellos que precisan para su expansión elevadas tasas de inversión, estos son los frigeristas, los que ponen el acento en la prioridad de la integración nacional; y aquellos que, debido a la centralización de la propiedad de la tierra o al hecho de ser sus cursales postergadas de empresas extranjeras no tienen necesidad de invertir sus excedentes. Estos últimos son los que defienden la tesis desarrollista a nivel continental y polemizan con los grupos frigeristas.

Las contradicciones campo-ciudad o industria-agricultura no se encuentran en el "carácter" subjetivamente hablando, de las clases dirigentes agrarias o industriales, sino en el desigual ritmo de desarrollo del sistema capitalista en ambos sectores, ritmo desigual que en la Argentina depende de las necesidades del imperialismo internacional. Las leyes de desarrollo del capitalismo son las mismas para el campo que para la ciudad: tanto en uno como en la otra la pequeña producción es eliminada por la grande, y ambas se hallan sometidas a los intereses monopolistas del capital financiero.

Las contradicciones internas del sistema, aquellas que permiten su expansión, son contradicciones entre los sectores más concentrados. Estos últimos -la llamada burguesía nacional- desean soltarse del abrazo del gran capital, y para ello proponen el retorno al sistema de la libre competencia y de la pequeña propiedad; sus aspiraciones en este sentido son jugadas políticamente por los desarrollistas para ampliar su frente al proponerles una parte en el fruto del "desarrollo nacional". Los pequeños empresarios generalmente solicitan al Estado medidas proteccionistas que significan amparo y protección de la libre competencia.

Los monopolistas que controlan el aparato estatal algunas veces le dan el gusto a los pequeños capitalistas: tal fue el caso de los ministerios de Alsogaray que en continuas manifestaciones públicas cuando era ministro y como embajador, ha sentado las bases de su programa de "economía social de mercado". El mismo consiste en la intervención estatal para asegurar la libre competencia, política que resulta nefasta para las pequeñas y medianas empresas y favorece en todo sentido la consolidación de la clase monopolista. La historia de las reglamentaciones anti-trust en todos los países del mundo es la historia de la consolidación de los trusts al amparo de la legislación que los combatía.

Dentro del formalismo teórico, que a su vez expresa materialmente la subordinación real de ciertos sectores políticos a la política general del imperialismo, cuesta trabajar modificar y adecuar las herramientas de la teoría de común acuerdo con las coyunturas nacionales en el mercado mundial. No comprenden los formalistas que no hay teoría en general, que la teoría expresa la profundización alcanzada por las luchas populares en cada momento o situación concreta. O, en caso contrario, es directamente una ideología inválida políticamente que sirve para mantener la subordinación al imperialismo por no encontrar la salida política al sistema. Una teoría o metodología errónea, y las teorías formalistas lo son, cuando es política se convierte por regla general en una ideología contraria a la revolución. De allí la necesidad de replantear permanentemente el problema de la revolución nacional. Debe ser formulada en forma continua la pregunta acerca de cuáles son las clases y grupos sojuzgados en forma absoluta por los imperialistas, cuáles son las concretas condiciones en que se manifiesta la subordinación, qué límites establece el sistema a estos sectores, básicos para su supervivencia, pero que no reciben la contrapartida integrada del régimen, en definitiva quiénes son los que "no tienen nada que perder".

Esta colectividad, compuesta por aquellos que están hoy enfrentados vitalmente a un régimen explotador e inhumano, encabezará la lucha nacional y revolucionaria. Su correcta ubicación y definición permitirá que la elaboración de la política corresponda realmente al grado y objetivo de su lucha. Sin embargo hay que cuidarse de caer en el economismo vulgar, no se debe partir de la descripción económico-social de las clases y después adecuar la política a la misma; sino que el punto de partida es la política concreta del imperialismo y de allí descubrir qué clases y grupos la sufren integralmente, quiénes son los absolutamente desposeídos.

Para el formalismo marxista ya está todo dicho hace más de cien años: esta clase es la de los obreros de la industria. Desde los objetivos revolucionarios del pueblo argentino eso está por verse y no hay ninguna razón valedera para no aplicar a esa clase obrera la misma definición que los revolucionarios europeos aplicaban a la clase media: aquella clase que hay que conseguir unir a la revolución o por lo menos neu-

tralizar con el fin de que el pueblo -el movimiento nacional que no puede definirse técnicamente sino políticamente- logre triunfar en la guerra decisiva. (1)

No identificamos pueblo con proletariado rural y campesinado miserable, puesto que creemos que en el mismo confluyen diversos sectores de distintas clases sociales: grandes sectores de la clase obrera industrial, especialmente de las industrias en crisis o estancadas, de los trabajadores de servicios y administrativos, de la clase media y el estudiantado, las minorías o mayorías indígenas, y finalmente los marginados sin trabajo fijo de los cinturones de miseria de las ciudades latinoamericanas, y los desocupados permanentes del campo y de la ciudad.

Esta colectividad revolucionaria debe definirse en el nivel nacional, con proyección continental y comprende a todos aquellos sectores del campo y de las ciudades cuyo despojo y enajenación en la sociedad monopolista latinoamericana es total y a los cuales el desarrollismo condena a desaparecer. Estos sectores están más cerca de la tradición y de la tierra que de la técnica moderna; se encuentran ligados por un sentimiento de comunidad objetiva de intereses y de historia, por la coincidencia acerca de los grandes momentos del pasado reciente, por ejemplo, el peronismo; coinciden en el rechazo a la racionalidad técnica del moderno imperialismo.

En y con ellos es posible establecer los vínculos solidarios que posibiliten una larga guerra contra el imperialismo, guerra en la cual otros sectores hoy comprometidos con el sistema entrarán en crisis y pasarán a engrosar el frente del nacionalismo revolucionario.

La modernización tecnológica produce profundos cambios en todas las clases sociales de los países dependientes: a las mayorías las condena a la superexplotación e integra y desarrolla ciertos grupos de clases no poseedoras.

En su totalidad la clase obrera industrial de los países latinoamericanos -y en el caso del Gran Buenos Aires es revelador- no es "proletaria", obtiene beneficios apreciables del sistema. Aunque mayoritariamente "proletaria" con sectores en vías de una rápida proletarización (proletarios en el sentido anteriormente expuesto de pueblo de la semicolonía).

Para los desarrollistas la modernización y el crecimiento expresan los aspectos progresivos y dinámicos de la expansión capitalista, aun para los que afirman estar en contra del capitalismo. Este proceso integra cada vez a ciertos sectores de la clase obrera industrial en el sistema.

La praxis política no puede partir de la aceptación de ese hecho -y por lo tanto centrar su actividad en los grupos modernos y supuestamente esclarecidos- sino que debe negarlo, debe ponerse enfrente del progreso. Sólo así es posible enfrentar correctamente las tareas revolucionarias. La base de sustentación, las posibilidades reales de triunfo se encuentran en los sectores negados socialmente por el sistema y no en los integrados o en tendencia de integrarse; provocar la crisis es en primer lugar impedir este último proceso. A los que objetivamente constituyen el movimiento nacional revolucionario su negación por el sistema los convierte en los únicos capaces de superarlo.

Al formalismo se le escapa este proceso aunque en el mundo contemporáneo hay muchos ejemplos que lo ilustran. Los monopolistas, en cambio, lo ven claro y por todos los medios intentan romper el potencial frente de clases que no respeta los tradicionales límites entre las mismas fijados en un comienzo por el capitalismo. En todos los órdenes los imperialistas y sus gerentes adoptan decisiones de carácter político social -generales o sectoriales- orientadas a crear la imagen de una cierta "unión nacional", y a limitar en la práctica a aquellos sectores sociales que consideran "explosivos". Falsa unidad tendiente a ampliar el frente de la "gente decente", pacífica y no subversiva, pero en los hechos es el intento de destruir la unidad popular y crear un sistema de instancias políticas y sociales que aparezcan como metas colectivas y destruyan la identidad básica del pueblo trabajador.

El ensayo participacionista en el plano sindical, que sirve para crear la ilusión de responsabilidad compartida en las decisiones del gobierno, pero que en la práctica no supera el asesoramiento parcial de algunos dirigentes consubstanciados con la política de Onganía tanto por razones ideológicas como por razones de interés personal. Este intento no tiene mucha vida y no puede superar el creciente distanciamiento dirigentes-bases en tanto la política monopólica en la Argentina no pretende "distribuir" beneficios. El manejo político del participacionismo no va más allá de los dirigentes adictos que intentan constituirse en la tendencia predominante de una CGT oficialista al servicio del desarrollismo autocrático. Pero más allá de sus posibilidades movilizadoras o divisionistas, el participacionismo es una de las estrategias importantes de los grupos monopólicos insertados en el Estado. Actúa a la vez en el plano de la corrupción de dirigentes y en el plano de la confusión entre las masas. (El desarrollo del tema participacionismo sindical no corresponde a este capítulo, lo señalo porque es una política básica del imperialismo contemporáneo; ver Sindicalismo de participación, Sindicalismo de liberación, mimeógrafo, Ficha Alfa).

Otro de los aspectos de la política estatal orientada a tranquilizar el frente interno es la creación de Consejos Asesores. Aquí el intento es crear la idea de la responsabilidad compartida en las cuestiones municipales y provinciales, donde un sector de la clase empresaria no beneficiada totalmente por la política desarrollista asume el compromiso de apoyar la gestión del actual gobierno. Se confunde los planos -conscientemente- y se hace pasar la política municipal por la verdadera política; las decisiones de fondo no sólo no son tomadas por los Consejos Asesores allí donde existen sino que ni siquiera son consultados sobre las mismas. El objetivo es lograr el apoyo de la clase media de las localidades del interior, y desplazar los problemas reales a través de un intrascendente juego municipalista. En tanto, las grandes centrales empresarias y los gerentes de las compañías monopolistas planifican los objetivos generales y aplican con todos los resortes del Estado las políticas correspondientes. A la clase media de provincia se intenta crearle la ilusión de una política compartida, la participación de esos sectores empresarios locales en los Consejos se convierte en un compromiso real de los mismos con la política de Onganía.

Otra de las cuestiones que se presentan actualmente en la estrategia del régimen para autoperpetuarse e impedir las tendencias objetivas hacia la unidad popular es el intento de "integrar" a los jerarquizados en relación de dependencia. Para ello se crean múltiples expectativas de ascensos y mejoramiento general, a la par que se los compromete con los fines de la empresa. Se aumenta la diferenciación entre los trabajadores jerárquicos y la base desjerarquizada, se fomenta la competencia interna

por mejores primas, inclusive entre los trabajadores que no ocupan cargos jerárquicos, se amplía el ámbito societario (clubes, entretenimientos, campeonatos, obra asistencial, etc.), creando la imagen de la empresa como gran familia y planteando claramente que es el ámbito más abarcador de la vida de sus empleados. Este proceso se advierte en las grandes empresas, especialmente extranjeras del Gran Buenos Aires, Rosario y Córdoba. De esta manera se intenta desintegrar a la clase trabajadora y constituir núcleos parciales de alcance limitado y corporativo. Para los monopolios la finalidad es conseguir que el personal jerárquico se convierta en su aliado real y el resto de los empleados y obreros en una masa sin aspiraciones externas a las que la empresa propone. Por supuesto que esta política de la empresa sólo la puede realizar aquel núcleo más concentrado de la industria y los servicios, mientras la gran mayoría de las empresas y los trabajadores se mueven en una dinámica distinta soportando la política económica recesiva de Krieger Vasena sin la contrapartida integradora. Es entre los trabajadores de este pequeño grupo de grandes empresas que el participacionismo "debería" reclutar a sus adherentes, aunque los dirigentes participacionistas no provengan especialmente de estos sectores, excepto Luz y Fuerza, y sean oficialistas más por un sentido derrotista y un interés corrompido que por una estrategia consciente de embarcar a la clase trabajadora en la aceptación de los monopolios.

En el campo, debido a la situación general de miseria de los trabajadores asalariados, esta política respecto del personal jerarquizado es doblemente efectiva para sus sostenedores. En abril de 1967 el gobierno de Onganía otorgó a los capataces rurales un aumento del 42 % en sus salarios, mientras para los peones el aumento fue del 33 %. Con esto se intenta volver y en buena medida ya se ha logrado hacerlo, a una relación proporcional entre los salarios de peones y capataces rurales similar a la existente hasta 1943. La política de "jerarquizar" y retribuir responsabilidades sirve para crear divisiones entre los trabajadores que, en el caso de la explotación rural por el tipo de economía y relación que establece entre las partes, sirve grandemente a los intereses del patrón. Se crea un sector patronal entre los asalariados rurales claramente delimitado del resto de la clase, no sólo por razones económicas sino por el tipo de relación y sus efectos políticos.

La política de erradicación de villas miseria en los conglomerados urbanos que se viene realizando desde 1967 es otro ejemplo del mismo problema, "correctamente" planteado por los imperialistas pero nunca observado con claridad por los "revolucionarios": destruir la unidad del movimiento popular, dividir artificialmente, como medio para que el sistema siga subsistiendo. Prácticamente, los nuevos agrupamientos "urbanísticos" transitorios son cárceles que tienden a aislar y mantener vigilados a los sectores más desposeídos de las grandes ciudades del país, especialmente en el Gran Buenos Aires. La erradicación de villas miseria forma parte del terrorismo que el sistema incorpora como eje de su política en una etapa signada por la extensión mundial de la guerra antiimperialista.

El problema regional, el desarrollo desigual del sistema en la Argentina, la política colonialista de las metrópolis litoraleñas frente al interior, el terrorismo que acompaña a esto, la ausencia de una sociedad civil democrática que oculte la explotación integral de los pueblos del interior fueron tratados extensamente en Isidro Velázquez, formas prerrevolucionarias de la violencia, y a ese trabajo remitimos.

Frente a la política del régimen que trata de dividir y aterrorizar al pueblo, se enfrenta la voluntad de las masas populares identificadas con el movimiento nacional liberador, el peronismo y su líder, como único freno a la estabilización del sistema integral que el imperialismo y su aliado local, el desarrollismo en todas sus variantes, intenta implantar.

La experiencia histórica del peronismo en el poder y en la oposición, adoptando formas distintas pero siempre recuperándose de las derrotas y aprendiendo de su propia práctica, nos muestra una clara identidad entre el pueblo explotado y el movimiento nacional. Es la historia de nuestro país, críticamente asumida por las masas y el movimiento, la que enseña y delimita el campo nacional del pueblo del campo antinacional de los imperialismos y las oligarquías. La tarea crítica de recuperar el pasado revolucionario del pueblo argentino, realizada constantemente en el movimiento, no puede de ninguna manera confundirse con la identificación con el pasado.

Frente al repaso formal y acrítico de nuestra historia ensayado actualmente por distintas especialidades culturales y científicas que asumen el desarrollismo como eje inspirador, es que presentamos la necesaria crítica popular de la historia del pueblo. La historia entonces es política viva y no textos muertos. Pero asumir críticamente la línea histórica tampoco debe confundir los términos, una cosa es la política y otra muy distinta el folklore. Un pueblo que pierde su verdadera tradición, corre el riesgo de perderse en una romántica y acrítica interpretación de su pasado. La política se convierte en folklore y esto tranquiliza al enemigo, los malos se han vuelto buenos.

El proceso político de la revolución invierte la relación entre estructura material y superestructura política. La aceptación del carácter inmutable de esa relación significa aceptar junto con ella el orden burgués-imperialista que la produjo. La revolución significa que lo económico material se convierte en superestructura, mientras la praxis política del pueblo, praxis histórica por otra parte, es la estructura real de la sociedad, es la línea histórica que se proyecta al futuro comprendiendo al mismo tiempo al pasado y explicándolo. Cuando la praxis política se convierte en determinante la revolución triunfa, mientras siga siendo superestructura el orden vigente está salvaguardado. La lucha política entonces es el intento siempre renovado de convertir la política revolucionaria de superestructura en estructura de la sociedad.

La revolución no está a favor del "desarrollo", sino está a favor de la negación superadora del sistema. Está en contra del imperialismo monopolista y en contra del libre concurrencismo liberal generador del primero. Los sectores negados por el régimen no pueden plantearse el restablecimiento de las relaciones superadas por el régimen, pues ello significa volver a empezar de nuevo para terminar en el mismo lugar que hoy. La supervivencia del pueblo argentino se encuentra en la negación práctica (política) que rompe con las relaciones imperialistas integralmente, y este pueblo no puede definirse técnicamente en relación con la posición frente a los medios de producción, con relación a una clase, sino que su definición básica es política y es histórica.

(1) En 1922, cuando Ho Chi Min vivía en Francia declaró: "Aquí el proletariado es

una clase, en mi país el proletariado es un pueblo". L'Express, 24-30 de Mayo, 1965. Peter Worsley refiriéndose a los aportes de Franz Fanon a la teoría revolucionaria escribió lo siguiente: "Porque uno de los factores principales que contribuyen a la despolitización del lumpenproletariado urbano es, precisamente, la teoría de que es lumpenproletariado."

La teoría revolucionaria así, es una de las razones mayores para que esa categoría potencialmente revolucionaria permanezca en los arrabales de la historia. Por una vez, las élites dirigentes tienen motivo para estar agradecidas a Karl Marx; tratar a las personas de "lumpen", en efecto, ayuda a que lo sean. Debido a estos puntos de vista revolucionarios tradicionales, los marxistas no han procurado organizar a este sector de pobres urbanos; han desperdigado mucho esfuerzo, en cambio, con los sectores más estabilizados y mejor pagados del proletariado industrial, porción relativamente privilegiada y segura de la clase trabajadora". Peter Worsley, La teoría revolucionaria de Frantz Fanon; en Frantz Fanon y la revolución anticolonial, varios autores, Ediciones del Siglo, Buenos Aires, 1970, pág. 45.

III - DESARROLLISMO Y REFORMA AGRARIA

En este punto señalaremos uno de los errores más comunes del pensamiento popular, nacionalista o de izquierda. Este error proviene de pensar que el imperialismo ha mantenido en el agro formas feudales y por consiguiente una de las banderas antiimperialistas debe ser la "reforma agraria". El pensamiento formal, como de costumbre confunde forma y contenido, por otra parte no modifica su pensamiento a la par con los cambios producidos en los imperialistas y que se refieren a esta cuestión. Finalmente, el análisis, cuando se refiere a la sociedad argentina, es doblemente falso, puesto que en la Argentina nunca hubo feudalismo, y además no consideran feudales las áreas donde podría disculparse el error, sino justamente aquellas donde están más desarrolladas las relaciones capitalistas. Hace ya 35 años que José Boglich, uno de los pensadores nacionales que con más profundidad estudió el tema, señalaba el grave error de los socialistas, comunistas y cooperativistas en el análisis del problema rural, y mostraba claramente el carácter imperialista de la economía agropecuaria así como de sus formas supuestamente "democráticas" como el cooperativismo. El cooperativismo, decía, no viene más que a racionalizar y ordenar la economía rural para facilitar los trámites de los intermediarios y de las compañías internacionales.

El razonamiento de los formalistas parte de la forma que adopte la apropiación de la renta por el terrateniente, para concluir con el carácter del sistema. Esto es anti-científico, puesto que las formas que adopta la apropiación del excedente se encuentran subordinadas al proceso general de circulación del capital, y a la ubicación de la economía argentina en el mercado mundial imperialista, factor determinante de esas formas. Los formalistas parten del latifundio, el sistema de arrendamientos, aparcerías y medierías, y la existencia del pago en especie o prestación de servicios en algunas zonas. No se dan cuenta que el pago en especie es, dentro del mercado local, sólo el primer momento de la circulación, ni que una vez salida de los límites fijados por el alambrado la mercancía se cambia inmediatamente por dinero. Por otro lado, ni siquiera se menciona al verdadero productor de la riqueza agropecuaria, el proletariado rural; el problema lo reducen a la explotación del campesino

por el terrateniente, y en ningún caso toman en cuenta la explotación del obrero por el campesino y el terrateniente.

La cuestión de los mercados también es definida erróneamente, de manera inversa al proceso real. Se parte del latifundio como causa de disminución de la población rural, de la proletarización del campesinado y su expulsión del medio, para rematar con la contracción del mercado interno. Este error proviene de confundir mercado interno con mercado de consumo. Para los capitalistas grandes y pequeños el mercado es mercado de consumo, pero para la ciencia el problema es totalmente diferente. La proletarización del campesinado y su expulsión de las áreas rurales, además de demostrar la falacia del feudalismo agrario, proporciona al mercado la más importante de las mercancías: la mercancía fuerza de trabajo. Y a su vez produce en gran escala a la par que "racionalización de la producción", a las fuerzas que constituyen el fundamento del "proletariado histórico".

En la centralización del capital y la liquidación de los pequeños productores consiste uno de los aspectos principales que caracterizan el desarrollo monopolista, y este proceso implica la ampliación del mercado y de ninguna manera su estrechamiento. El estrechamiento se produce solamente en el bolsillo de los pequeños capitalistas y no en el mercado.

Los formalistas manifiestan continuamente que la clase monopolista es enemiga de la reforma agraria. Todo hace suponer, en tanto nos guíemos por lo que ellos afirman, que el oponerse a la reforma agraria es una cuestión de principio para el imperialismo. No demuestran saber que para los imperialistas y desarrollistas no hay más principio que el mayor beneficio, y si las ganancias aumentan haciendo transformaciones en el actual régimen de explotación agropecuaria, adelante pues con ellos. El frigerismo es generalmente enemigo de adoptar medidas legales que modifiquen el actual statu quo del agro, pero los desarrollistas norteamericanos consideran a la "reforma agraria" un elemento importante de su política de integración continental. Para el frigerismo transformar ciertas estructuras agrícolas es perder el tiempo, para ellos es más importante el fomento de las inversiones industriales. Esto tiene estrecha relación con las dos estrategias desarrollistas a nivel continental. La reforma de los desarrollistas tiene una sola limitación, que la misma no signifique movilizar a las clases explotadas del campo; los intereses materiales de los terratenientes serán plenamente considerados pero éstos deben subordinarse a la estrategia del sector dominante de la clase monopolista. Por eso la "reforma agraria" propiciada por los imperialistas es el resultado de fríos cálculos contables, realizados en los despachos de gerentes y financistas nacionales y extranjeros.

Estos cambios persiguen, entre otras cosas, eliminar tensiones producidas por el actual régimen de la tierra, esta quizás sea la razón principal para los monopolios: sacrificar a un pequeño sector de su clase para mantener la hegemonía sobre el conjunto de la sociedad. Pero cualquiera sea la motivación inmediata, su consecuencia será una mayor concentración de capitales en manos de los empresarios agrícolas.

Sin embargo, una reforma agraria promovida por los imperialistas no es garantía de que la productividad aumente en la medida deseada por los grupos empresarios interesados económicamente en el cambio de las estructuras rurales, sean éstos propietarios modernos o industriales fabricantes de maquinaria o fertilizantes. Según in-

formaciones existentes a nivel oficial durante el gobierno radical, las desgravaciones por inversiones productivas no dieron mucho resultado. Las supuestas inversiones productivas se convirtieron por regla general en gastos de consumo suntuario como automóviles de lujo o paseo, mejoras en los parques y jardines de las explotaciones, tanques de riego utilizados como piletas de natación, etc. Nada asegura que con las transformaciones legales los créditos a otorgar se canalicen realmente en inversiones productivas. Una agricultura racional desde el punto de vista del sistema es imposible bajo el mismo.

Ya existen en América Latina variados proyectos y programas en ejecución de "reforma agraria": el M. N. R. y Barrientos en Bolivia; Betancourt y Leoni en Venezuela; varios proyectos diferentes en el Brasil, algunos promovidos por el mismo Castello Branco; Belaúnde en el Perú; y finalmente Frei y la democracia cristiana chilena. Todos ellos inspirados en la Alianza para el progreso y el Consejo Interamericano Económico y Social (organismo dependiente de la O. E. A.). En otras palabras, la nueva política del imperialismo para las naciones latinoamericanas pasa por transformaciones en las regiones agrarias que seguirán hasta aflojar la presión de las masas campesinas y hasta donde los beneficios de los monopolios comiencen a disminuir. El economista desarrollista italiano G. C. Valeri, en una conferencia dictada en la Universidad del Salvador afirmó tajantemente que hay que dejar de lado todo romanticismo en la programación del desarrollo, los empresarios quieren beneficios y seguridad, la justicia social será una consecuencia. Toda política que considera a la "justicia social" como el aspecto primero, en definitiva no logra ni justicia ni desarrollo. Y esto lo afirmó en una universidad católica en un cursillo relacionado con la encíclica *Populorum Progressio*.

No sólo el sector de la burguesía que produce bienes de consumo inmediato está interesado en realizar transformaciones en el campo para ampliar su mercado consumidor. Los monopolistas que producen vehículos y maquinarias o fertilizantes, son los principales promotores de medidas reformistas en el agro. El fin es la canalización del excedente rural a los bolsillos de la clase monopolista, en este caso en su mayoría de origen europeo o norteamericana. Un agro modernizado, con un régimen intensivo de explotación y que alcance altos niveles de tecnificación es el mayor mercado potencial del país para su producción. Los integrantes de los grupos CREA -empresarios modernos orientados hacia la inversión intensa del capital en el campo- realizan periódicamente reuniones con técnicos o empresarios de la industria para planificar su política de inversiones y aumentar los rendimientos. En la actualidad los CREA no son un grupo marginal entre los poseedores, sino que controlan en parte la Sociedad Rural, tuvieron un ministro y gozan de influencia y prestigio entre los empresarios del campo.

Como contrapartida, los cambios proyectados en las economías rurales, al disminuir la demanda de mano de obra por parte de las explotaciones agropecuarias, acelerarán el proceso de emigración de los trabajadores del campo a la ciudad, ampliando el mercado de trabajo necesario para la expansión de la industria, y manteniendo un elevado ejército de reserva que incida negativamente en el alza de salarios. Como esta política puede profundizar las tensiones sociales, puede ir acompañada por una acción complementaria de desarrollo de las comunidades y afinamiento rural. En ese caso el ejército de reserva se mantiene pasivo políticamente y no es fuente de conflictos.

Ejemplos no faltan para señalar la acción del imperialismo en favor de transformaciones agrarias que, en cierto modo, modifican el sistema tradicional de explotación. Hace un tiempo, Life publicó declaraciones de un ex-presidente provisional de la República Dominicana, donde abogaba por drásticas modificaciones en el régimen de la tierra en Latinoamérica, como única salida para el atraso del continente y como freno del comunismo.

En el número de agosto de 1964, en la Revista del Banco Interamericano de Desarrollo, apareció un artículo de Th. F. Carroll titulado "Reflexiones sobre la Distribución del Ingreso y la Inversión Agrícola". Carroll no vacila en afirmar que: "La reforma agraria comienza a ser aceptada como el instrumento principal para la transformación social y económica de la agricultura". Más adelante dice que "la concentración del ingreso en manos de un pequeño grupo acaudalado no conduce a un coeficiente alto de ahorro e inversión, sino más bien al consumo suntuario". "Cuan favorables sean en un país su capacidad de absorción de capitales y sus instituciones para realizar inversiones sociales es algo que, está determinado, en gran parte, por la estructura agraria existente y por el alcance de su programa de reforma agraria". "Resulta hoy evidente que la inversión agrícola, sin cambios drásticos en la tenencia de la tierra, produce resultados inferiores y tiende a agravar las tensiones sociales". Al finalizar el artículo Carroll afirma categóricamente que: "Donde la estructura de la tierra sea extremadamente injusta y rígida (como ocurre en la mayoría de los países) la reforma agraria es un prerrequisito para la inversión efectiva. No obstante, si los cambios en la tenencia de la tierra no se complementan con atinadas políticas de inversión, podrá desvanecerse el ímpetu de la reforma".

Esto no significa que al imperialismo no le aparezcan opositores en sus mismas filas. Pese a que en su artículo Carroll lo único que pretende es encontrar es el mejor camino para incrementar las inversiones y limitar los conflictos, la clase terrateniente de los países latinoamericanos y la Argentina en particular, no se va a mostrar dispuesta a colaborar en esta política sin antes obtener algún beneficio a cambio. Gran parte del poder político de esa clase proviene del monopolio en la propiedad rural, y la pérdida de ese monopolio, provocará un retroceso en su poder político. Desde el punto de vista económico también será perjudicada la oligarquía tradicional, los beneficios obtenidos por el sistema extensivo de explotación de la tierra, la gran especulación en esa materia, así como la renta de los arrendatarios, disminuirán considerablemente si se ponen en ejecución cualquiera de los planes de reforma proyectados por técnicos locales o por los asesores norteamericanos en el problema.

La tradicional política de los gobiernos argentinos de transferir ingresos de las otras ramas de la producción hacia la economía agropecuaria, política que beneficia a los terratenientes y a los grandes comerciantes exportadores, es defendida con uñas y dientes por sus beneficiarios. Expresión de ello son las continuadas manifestaciones de los directivos de las entidades rurales -Sociedad Rural, Confederaciones Rurales Argentinas y sus organismos regionales, cooperativas, etc. - en favor de los regímenes promocionales, los precios asegurados, la eliminación de impuestos, etc.

El proyecto de impuesto a la renta potencial de la tierra que reemplazaría a toda tasa fiscal existente en el campo, desde que fue presentado en 1964 por el ingeniero Kugler hasta la actualidad "revolucionaria" en que fue reactivado con escasas modificaciones por los Secretarios Raggio y García Mata, sufrió continuos ataques por parte

de las entidades patronales del campo. Los argentinos oscilan entre los que aseguran que el proyecto es comunista hasta los que lo aceptan con restricciones, "hay que estudiarlo más antes de aplicarlo", etc. El hombre encargado de preparar el anteproyecto para los dos gobiernos es el mismo, el Dr. Dino Jarach, especialista en política fiscal. Los ruralistas tradicionales se oponen, los cooperativistas lo aprueban pero tienen miedo que se aplique, los únicos firmes sostenedores del impuesto a la renta potencial son los poderosos capitalistas agrarios nucleados en los CREA. Estos van a ser los más beneficiados, la ruina de los que explotan con medios rudimentarios permitirá por parte de ellos centralizar propiedades aún mayores. El antiguo proyecto presentado por Kugler venía precedido por la siguiente afirmación, afirmación que con algunas variantes es el caballito de batalla del Ingeniero García Mata, actual Secretario de Agricultura y Ganadería:

"Estimular o premiar a quienes por su inteligente dedicación y esfuerzo consiguen altos rendimientos de sus predios. Presionar a aquellos que por negligencia, despreocupación o mero propósito especulativo mantienen a sus campos a un bajo nivel de productividad o totalmente incultos. Premiar a quienes obtengan rendimientos por encima del normal, ya que el adicional o "plus" se verá liberado de todo gravamen. Inducir a los que obtienen bajos rendimientos, mediante impuestos determinados en base a lo que la tierra debería producir normalmente, a mejorar su explotación agropecuaria o a vender sus predios, todo ello de acuerdo a su propia conveniencia y sin intervención directa del Estado".

Según propias afirmaciones del ubícuo Dr. Jarach, la principal objeción que podría hacerse al proyecto es la siguiente: "este sistema discrimina en contra de aquellos que poseen menos capital y una mayor cantidad de mano de obra familiar que debe ser empleada para el sustento".

A los terratenientes que explotan sus tierras en forma extensiva, el impuesto los obligará a invertir los excedentes para aumentar la productividad de sus campos. En caso de no hacerlo la alta tasa impositiva tarde o temprano los obligará a vender, disminuyendo de esa forma el precio de la tierra y la especulación. Si los excedentes se invierten, García Mata y los exportadores se pondrán muy contentos, porque la cifra de tres mil millones de dólares para exportar podría alcanzarse. El pequeño y mediano empresario rural que no ocupa mano de obra asalariada permanente, sea propietario o arrendatario, y en este último caso peor aún para él, en su mayoría ya está produciendo en forma intensiva. El impuesto lo obligará a invertir su escaso excedente para poder seguir eximiéndose del mismo, en caso contrario deberá abandonar el predio y engrosará las filas de los desocupados y expulsados de las áreas rurales.

El aumento de la productividad en el campo argentino irá acompañado por cambios en el actual régimen de la tierra. Se producirá un reajuste del tamaño de las explotaciones, lo que no significa menor concentración de la propiedad sino dividir la misma en unidades eficientes económicamente, pero manteniendo las distintas explotaciones bajo la misma propiedad. Los pequeños predios así como los latifundios que por su extensión no son rentables en un sistema basado en la explotación intensiva y moderna, serán reemplazados por explotaciones sustentadas por grandes inversiones de capital. En el futuro los terratenientes actuales, que ejercen el monopolio de la tierra, serán sustituidos por sociedades anónimas terratenientes -el proceso ya ha comenzado- como las que actualmente ejercen el monopolio de la producción industrial y las

actividades financieras.

Que los financistas argentinos se dieron cuenta de esto lo prueba una declaración de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, aparecida en los diarios del 13 de enero de 1965. En la misma se afirma la necesidad de comenzar a corto plazo el estudio y discusión del proyecto con vistas a hacerlo viable (para ellos) y poder así comenzar a aplicarlo en el campo.

Dino Jarach basó sus proyectos de reforma impositiva en las resoluciones de la Conferencia de Política Tributaria, organizada en Santiago de Chile por la O. E. A. durante 1962. Fueron co-organizadores de la Conferencia, el Banco Interamericano de Desarrollo y la C. E. P. A. L. En esa conferencia los principales sostenedores del impuesto a la renta potencial de la tierra fueron los economistas norteamericanos N. Kaldor y H. P. Wald, este último Director Asociado de la Oficina de Análisis Tributario del Tesoro de los Estados Unidos. Ambos sustentaron sus proposiciones en un trabajo de Adolf Berle, asesor de los gobiernos norteamericanos y ex-embajador en el Brasil durante el gobierno de Kennedy. Por si quedan algunas dudas es bueno recordar que el instituto de estudios dependiente de la ex-UDELPA presentó un informe donde se recalca la necesidad de un impuesto a la baja productividad de la tierra.

Tendencialmente, el resultado final de todos los proyectos reformistas que se mueven en el área de los organismos interamericanos o en los gabinetes de los gobiernos del continente es el surgimiento de una clase capitalista sustentada en altas tasas de inversión de los excedentes. Esta identidad fundamental se produce por encima de las diferencias que circunstancialmente existen respecto de las formas de gobierno y su representatividad. La capitalización de la economía agrícola, principal objetivo de los proyectos, no significa exactamente la desaparición de la llamada "oligarquía terrateniente" como suponen los desarrollistas y los formalistas de todo tipo, sino su conversión en una clase monopolista agraria con características modernizantes y no tradicionales como la actual.

Si bien la tendencia a convertir la explotación rural en una empresa industrial predomina independientemente de la existencia de proyectos, dado que el fin de éstos es acelerar una tendencia existente, en la región pampeana no ha eliminado todavía todos los vestigios del latifundio colonial, y esto da pie a las interpretaciones erróneas o intencionadas sobre el carácter de las áreas rurales. Los teóricos del feudalismo y el tradicionalismo rural se dan la mano con los burócratas de la CEPAL y la OEA que en esta cuestión afirman lo mismo. El mantenimiento del tradicionalismo rural fue la forma adecuada de ordenamiento de la economía agraria durante cierta etapa de nuestra formación como naciones dependientes. Ese período va llegando a su fin, y los imperialistas adecúan su política para responder a las nuevas necesidades del sistema. Pero aún en estas condiciones es un error considerar al agro como precapitalista, dado que las formas tradicionales o semif feudales son superestructuras que ocultan el basamento real: la estructura imperialista de las economías latinoamericanas, su profunda dependencia de las fluctuaciones del mercado mundial. Los ideólogos y tecnócratas del sistema que ocultaron celosamente durante años el problema, lo descubren exactamente en el momento en que deja de ser útil, y los formalistas apegados a un método que los lleva a confundir lo esencial con lo fenoménico, convierten su antigua oposición al imperialismo -aunque sustentada en interpretaciones erróneas- en una alianza objetiva con sus intereses actuales.

Pero el problema puede ser encarado de otra forma, aceptando el presupuesto básico del carácter capitalista de la estructura agropecuaria del país y afirmando que la contradicción del sistema es estancamiento o desarrollo, subdesarrollo rural o desarrollo independiente, etc. Este punto de vista, que llamamos aquí por su manía cuantificadora y la subordinación real a las tesis frigeristas "desarrollismo de izquierda", afirma la necesidad de transformaciones revolucionarias para salir del estancamiento.

La tendencia hacia un cambio en los medios de producción utilizados por las clases dominantes, cambio eminentemente técnico y que no altera necesariamente su poder sobre la sociedad, aunque produce desplazamientos y redistribución de los pobladores del campo, es a todas luces evidente: la importancia creciente del I. N. T.A. y los grupos C. R. E. A. y la conocida actitud de los ministros de agricultura de los gobiernos de Illia y Onganía, fenómeno que se acentúa desde hace cinco años, es un hecho irrefutable. Estos cambios responden objetivamente a las necesidades de los sectores más concentrados de la clase terrateniente identificados con la política del neoimperialismo. De allí que, pese a las dificultades políticas que encuentra su realización por la resistencia de algunos sectores de la misma clase a verse desplazados, los cambios se están imponiendo paulatinamente sin modificar las relaciones de poder en la cúspide. La clase terrateniente, quizás representada por nuevos grupos, tiene garantizado el lugar de privilegio que históricamente ha tenido. Su desplazamiento no puede provenir de las reformas de estructuras sino del cambio revolucionario, y esta es una cuestión que no van a resolver los expertos ni los teóricos, y sería una pretensión absurda exponer "la receta" desde este o cualquier otro libro. (1)

(1) El nombramiento del "reformista" W. Kugler como Secretario de Agricultura en el actual gobierno de Levingston confirma la tesis: el reformismo aplicado al problema rural es una política de la oligarquía financiera e industrial para subordinar y transformar a la clase terrateniente (set. 1970).

gunnar olsson

notas sobre el

pensamiento nacional

En las ciencias sociales existe un concepto básico, que es el de sociedad. En el punto de partida de la investigación, estaría determinada la naturaleza de "lo social". El objetivo de la ciencia social sería determinar esa realidad, pensar o conocer esa realidad.

Definido de esta manera el objeto de la ciencia social, quedaría por definir su método. Pero el método debe ser apropiado al objeto, es decir que la pregunta por la esencia de lo social es previa a la ciencia, en el sentido de que su respuesta ha de ser la base para la constitución de la ciencia.

Aquí queremos hacer, entonces, un análisis de las distintas concepciones de "lo social", contemplando esos distintos conceptos como el fundamento de la ciencia social. O dicho de otra manera, que la constitución de una ciencia social comienza por determinar el concepto o la realidad (en cuanto concepto verdadero, son sinónimos) de "lo social".

Una de las concepciones de lo social se resume en el término "sociedad".

La sociedad como concepto científico acerca de lo social, es desarrollado en la Edad Moderna Europea por los clásicos de la burguesía inglesa y francesa.

Determinar el contenido de ese concepto sería seguir historia de su desarrollo histórico, cosa que no pretendemos en este lugar. Pero sí podemos poner de relieve de una manera general, que en este desarrollo adopta dos formas principales: 1) la sociedad tal como es concebida por la filosofía jurídico-política (cuyos representantes principales serían Locke y Rousseau, entre otros), donde la sociedad es pensada como un contrato entre los distintos individuos que la componen; la conocida teoría del Contrato Social. 2) Por otro lado el concepto de sociedad desarrollado por la Economía Política (cuyos principales representantes serían Adam Smith y David Ricardo). Para ellos la sociedad sería algo así como un orden o una estructura que los individuos crearían sin tener conciencia de ello, al perseguir sus fines particulares. Como orden o estructura que se desarrolla a espaldas de los individuos, ese orden es denominado "orden natural". Ese orden tiene una legalidad o necesidad propia, de ca

rácter objetivo, dado que no es producto de la voluntad o de la conciencia de los individuos, Es decir, que es la naturaleza de ese orden lo que funda la posibilidad de una ciencia. No de una ciencia en general, sino de una ciencia en particular cuya característica más importante sería la objetividad. Es la independencia real del objeto respecto del sujeto lo que fundamenta la posibilidad epistemológica (es decir la posibilidad de un conocimiento verdadero) y también la exigencia metodológica (de objetividad en el científico).

Hay que ver que para el primer concepto de sociedad la "ciencia" tendría que ser de otra naturaleza, pues el objeto a investigar es producto del sujeto; de la conciencia y la voluntad de los individuos, con lo cual es imposible cualquier pretensión de objetividad como la mencionada anteriormente. Aquí, la tarea de la ciencia sería la de determinar, por un lado, la pauta o el criterio que justifica o fundamenta la constitución de la sociedad (es decir, determinar la Razón de su constitución), y, por otro, determinar los medios para que la realidad se determine efectivamente de acuerdo a esa pauta, criterio o Razón.

Ese pensamiento tiene aún vigencia por el hecho de que la creación de la sociedad es en ese sentido y desde ese punto de vista, un hecho continuado; en dos sentidos: como el contrato social se manifiesta y determina y concreta en las leyes, ese contrato se lo sigue concretando; por otro lado, como constantemente se incorporan nuevos miembros a la sociedad, recién se incorporan cuando pueden tener conocimiento de lo que es la sociedad, y ello se realiza a través de esa ciencia: sólo se es ciudadano cuando se tiene un desarrollo suficiente para participar.

Se puede decir que es entre estos dos conceptos polares que se desarrolló la o las ciencias sociales en la Edad Moderna y Contemporánea. Aquí solamente hemos tratado de caracterizar el principio de cada uno.

Llegados hasta aquí, se puede decir que hemos arribado a un problema que puede ser, en su desarrollo o respuesta, una nueva ciencia. El problema se resume en la pregunta: cuál de las dos concepciones es la verdadera?

Decimos que con lo expuesto tendríamos constituida algo así como "la ciencia", en la medida en que tenemos una contradicción a resolver, es decir una pregunta que sirve de base a una investigación o a un desarrollo posterior.

Determinada la contradicción, el desarrollo posterior es necesario, pues la contradicción es un momento de crisis del conocimiento en el sentido que ha producido una escisión entre el sujeto y el objeto, es decir, un desconocimiento (I).

Pero antes tratemos de ver cuáles son las soluciones posibles y si esas soluciones han sido desarrolladas.

Una sería lo que podemos llamar la solución metafísica: la solución está dada en uno de los dos conceptos; para esta forma de solución, dados dos conceptos contradictorios, necesariamente uno es falso y el otro es verdadero. La tarea, pues, es dirigirnos a la realidad a través de la investigación empírica para que ella nos diga cuál de las dos concepciones es la verdadera.

(I) Ver: N. Wilner, Ser Social y Tercer Mundo. Ed. Galerna. Caps. XIV y XVII.

La otra solución es la que podemos llamar la solución relativista: la contradicción es tarfa demostrando simplemente los límites del conocimiento humano; es decir que no podemos podemos conocer lo que la sociedad es "en sí"; por consiguiente, sólo podemos decir que la sociedad "se manifiesta" de dos modos distintos; con lo cual hay tantas ciencias de la sociedad como modos tenga ésta de manifestarse; en este caso habría dos modos distintos que darían lugar a dos ciencias sociales distintas: la consideración de la sociedad como "orden jurídico" donde lo importante es cómo esa sociedad "debe ser", y la consideración de esa sociedad como "ser" o como "cosa".

Otra solución es la que podemos llamar la dialéctica: la contradicción se resuelve no por exclusión de uno de sus extremos (que es una manera de no resolverla) sino que se desarrolla una nueva manera de resolverla, donde la solución está en la explicación de la contradicción, con lo cual el plantear la contradicción y resolverla se integra a la ciencia como método, y a ambos polos de la contradicción se los integra en un saber superior, donde aparecen como momentos abstractos, unilaterales de un saber que, en cuanto explica e integra ambos polos, se presenta como un saber más elevado o concreto. La sociedad se presenta así como la totalidad articulada de dos instancias distintas: el derecho y el Estado por un lado y las relaciones económicas por otro; dos aspectos distintos de una realidad, donde uno aparece como determinante. Hegel y Marx representan dos modalidades distintas de esta solución. Ambos consideran a la sociedad articulada en dos instancias distintas; el Estado y la Sociedad Civil. Hegel va a considerar que en tanto el Estado es la solución de las contradicciones de la Sociedad Civil. Es la Verdad de la Sociedad Civil y de la sociedad considerada como un todo. Marx, por su lado, va a demostrar que la Verdad del Estado se encuentra en la Estructura de la Sociedad Civil. Un nivel se presenta como determinante, a nivel de la realidad y, por consiguiente, como fundante de la explicación, a nivel de la ciencia. Se conserva que el concepto de sociedad señala el desarrollo de la ciencia.

Otra solución, en fin, es la que podemos denominar empirista abstracta, y que tiene dos versiones distintas: Una es la de considerar que la ciencia social está en lo que pueden tener de común ambas teorías contradictorias; la verdad está en lo general, entonces hay la posibilidad de desarrollar una ciencia que en cuanto contiene una parte nada más de cada una es una ciencia más general y abstracta, que comprenda a ambas. Es en este sentido que desarrolla su ciencia un Parsons. La otra vertiente es considerar que como en la teoría se "ha llegado a soluciones contradictorias", se considera a toda esa teoría como divagación filosófica y se propone fundar una ciencia radicalmente nueva, que sea ciencia de hechos y no teoría, y se toma el método de las ciencias naturales, definiendo a la ciencia por el método llamado "experimental" y disponiéndose a tratar a la sociedad como un conjunto de hechos o cosas. Durkheim sería el representante de esta solución. A través de esta vertiente, asistimos a la creación de una ciencia: la sociología, que va a proponer su propio desarrollo a través de las dos modalidades que forman esta solución, con la teoría de los "distintos niveles" de desarrollo de la investigación: teoría general, alcance medio y casos de terminados. Es la solución más delirante porque, y aunque no queremos detenernos en ello, en el caso de "ir a los hechos", ya que la investigación empírica se ha vuelto ciega; no se sabe qué investigar ni por dónde empezar, es decir, que la elección de los "temas de investigación" es arbitraria; en el otro extremo, si bien hay una tentativa de desarrollar un concepto de sociedad que guíe la investigación, el concepto es tan abstracto y formal que no sirve para nada.

Pero no es aquí nuestro objetivo la crítica de la sociología en particular, como forma particular de ciencia.

Lo que queremos señalar aquí es la relación que existe, históricamente dada, en los países donde se desarrollan las ciencias consideradas, entre el objetivo y forma que toman esas ciencias y la forma en que se desarrolla la política, es decir la constitución del Estado como órgano de poder y la forma en que ese poder es ejercido.

Tomemos la Filosofía política. En la Edad Moderna se desarrolla tanto en Francia como en Inglaterra, desarrollando dos conceptos de Estado distintos, sucesivamente: La teoría del Estado Absoluto y la teoría del Estado Representativo o Liberal. Ese desarrollo se sigue, en ese orden, primero en Inglaterra y después en Francia. En el primer caso tenemos a Hobbes y Locke, en el segundo a Bodin y Rousseau. Ello no señala sino el desarrollo del poder de las burguesías dentro de cada uno de esos países; la Monarquía absoluta no es sino el primer momento de ese desarrollo cuando se da un equilibrio de poderes con la nobleza, y el Estado aparece por encima de las dos clases; el Estado representativo es el momento de la hegemonía de la burguesía, el momento en que constituye un estado para sí.

El retraso de Francia respecto de Inglaterra en el desarrollo de la teoría no refleja sino el retraso del desarrollo del poder de su burguesía, o del capitalismo, lo que es lo mismo.

La economía política se va a desarrollar casi con exclusividad en Inglaterra, desde Smith, Riqueza de las Naciones (1776) y Ricardo (1821). Logrado el poder político, la burguesía inglesa se lanza a la conquista del mundo, considerado como un gran mercado, el cual se le ofrece sin competidores, dado el liderazgo único de Inglaterra en cuanto a desarrollo económico. Sus consignas políticas surgen directamente del texto de A. Smith; comercio libre, desarrollo de la división internacional del trabajo. La Economía es la forma que toma la política de la burguesía inglesa de esa época, que ya ha construido su Estado; el problema es uno solo: expansión y desarrollo "económico". En la medida que los otros pueblos o estados no acepten las razones de la economía política y no acepten ser mercados libres de los productos ingleses, Inglaterra tendrá siempre a mano la razón de su fuerza.

Para ese entonces, la burguesía francesa está abocada en la lucha por el poder dentro de su propio país. Allí tendrá un formidable impulso el desarrollo de la teoría del Estado, y la actividad política tendrá otro objetivo y otra forma: la lucha por el poder político, la creación del Estado que se adapte a sus necesidades.

Logra sus objetivos a través de un proceso que desde el comienzo va a señalar dos extremos de una contradicción, que recién se va a resolver a fines del siglo XIX; dos extremos a los que podemos caracterizar, en su resumen, como teorías, en la Fuerza de la Razón y en la Razón de la Fuerza, donde Razón es tomada como unidad y necesidad.

Una es la concepción del Estado fundado en la Razón Natural, entendida como cualidad genérica del hombre, constitutiva de su unidad como especie. El Estado, como unidad real, se basa en la unidad o igualdad racional del hombre. La fuerza del estado reside en su racionalidad. Es la teoría del Estado representativo, del Estado co-

mo forma de manifestación y realización de la voluntad general, la teoría de Rousseau. Lo dramático es que llevada a la práctica, la teoría (los políticos más eminentes de la Revolución Francesa que representan esta teoría son Robespierre y Saint Just) es el régimen del Comité de Salud Pública, el régimen del terror. La otra concepción surge de la experiencia: como la Razón natural de los individuos no puede crear un orden y el orden es necesario, ese orden debe ser implantado por la fuerza. La Razón se torna ahora en Orden y su fundamento es la Fuerza. Es la época de Napoleón. Napoleón otorga a la burguesía francesa el Código Civil y el dominio de Europa.

Es el momento en que dos políticas, dos Estados, se enfrentan; dos potencias con dos concepciones de una Razón y un orden Universal. Francia, con retraso en su desarrollo económico, sigue el principio del "predominio de la política". Inglaterra, que va adelante, que sabe que su poder se basa en ese adelanto, sigue el principio de "la economía". Baste esto para demostrar la interrelación entre la forma de la lucha política y la forma de la ciencia social. No es nuestro cometido aquí hacer un análisis histórico exhaustivo de este tema.

Aquí queremos señalar lo siguiente: que, por un lado, para nosotros ciencia y política son dos manifestaciones de una misma cosa, que en el caso analizado, históricamente determinado, como es el caso del desarrollo de la sociedad y el estado francés e inglés, se implican mutuamente; para esas burguesías ello se manifiesta o se resume en un determinado concepto de política. Política es la aplicación de la Ciencia, de la Teoría. En su manifestación más avanzada esa teoría es la Economía Política. La política define así la función del Estado como liberación de las leyes económicas de sus trabas políticas irracionales y bajo esta categorización caen tanto los resabios del feudalismo como de los pueblos "atrasados" que con su política se oponen al desarrollo de "la economía", donde la economía es el sistema capitalista, que en ese momento, dadas las relaciones de poder y de desarrollo económico, significa el enriquecimiento de Inglaterra.

Resumiendo: en su desarrollo histórico, la burguesía inglesa desarrolla un tipo de sociedad que corresponde a sus intereses. Esa sociedad encuentra su expresión teórica en la ciencia de la Economía Política, que la considera como "la sociedad", es decir, la sociedad verdadera y universal, la sociedad racional. A su vez, esa ciencia es un instrumento político de su desarrollo, por su propio contenido.

De esta manera hemos esbozado la relación que existe entre los conceptos de sociedad, ciencia social y política dentro del sistema liberal burgués imperialista.

El objetivo que nos proponemos en este trabajo es ver qué diferencias existen entre este sistema y el marxismo, para luego plantear el mismo problema desde la perspectiva de los pueblos del Tercer Mundo.

En principio, Marx se presenta como el crítico de la Ideología Burguesa; en sus más relevantes aspectos: Filosofía, Política, Economía.

A través de esta crítica teórica, reconstruye la Historia en su verdad.

Lo que queremos es determinar el sentido y alcances de esa crítica.

Comencemos con la crítica de la Economía Política, dada su importancia para el mismo Marx, por ser la ciencia de la Estructura, instancia determinante de las superestructuras, y que por consiguiente, la crítica de la teoría política se realiza a través de la crítica de la economía política.

Esa crítica, como puesta en evidencia de las limitaciones de la Economía Política, se desarrolla en dos sentidos: como la elaboración de un conocimiento más perfecto de su objeto, el sistema capitalista, cosa que se manifiesta en la explicación racional de su funcionamiento, por la solución de ciertos problemas que la economía política no había podido resolver, lo que se resume en el concepto de plusvalía, cosa que a su vez se manifiesta y va acompañado del desarrollo de un método superior, método que está resumido en la Introducción a la crítica de la Economía Política.

Por otro lado, el sentido de esa crítica sería demostrar que las formas descritas por la Economía Política estarían revelando una estructura de la sociedad que no se evidencia de por sí en la Economía Política, sino que la Economía Política sería el "objeto" de otra teoría que la explicaría a su vez. Me refiero a la concepción de lo social como ser genérico enajenado, como ser genérico negado en sí. Sería un "estado" del ser social en el cual lo característico sería la enajenación y donde la propia práctica social del hombre se le aparecen como cosas, como cosas con propiedades sobrenaturales o con propiedades humanas, como fetiches, y donde los hombres aparecen como cosas.

No importa aquí desarrollar cuál es el nivel fundante de significados para Marx, simplemente queremos señalar los dos posibles. Lo que es importante que Marx se presenta anunciando el fin de la sociedad existente, en cuanto esa sociedad, tanto considerada como ser genérico, o como capitalismo, producen su propia negación, en cuanto producen la negación del ser del hombre en general, como de una clase en particular, el proletariado. En cuanto esta clase niegue a la sociedad que lo niega, se auto-suprime como clase al mismo tiempo que crea una nueva sociedad: la sociedad comunista.

No es nuestra intención aquí hacer un resumen de la obra de Marx. Lo que queremos es ver cómo se constituye en el marxismo el concepto de Política.

Es necesario recordar que para Marx la lucha del proletariado deviene política en la medida que el proletariado toma conciencia de clase; tal como lo plantea Marx al final de la miseria de la Filosofía, en la medida que de "clase para el capital" deviene "clase para sí".

Es decir que el proletariado, como sujeto histórico, es concebido por la ciencia antes de que sea concebido por sí mismo. La concepción teórica precede a la concepción real.

Pero lo que es importante retener aquí es que la actividad deviene política en la medida en que esa actividad es aplicación de la ciencia.

Ciencia con un contenido superior, otro sujeto histórico, pero la política es la realización de la Ciencia, de la Idea elaborada por la ciencia. Cuál es el contenido de esa ciencia, su "objeto"? Una sociedad que también se presenta como unidad presupues

ta, como universal, aunque admite un desarrollo histórico de distintas etapas.

Lo que queremos señalar aquí son dos aspectos de la teoría que parecen vinculados: por un lado el concepto de ser social, donde "lo social" es pensado como unidad originaria, donde por el desarrollo histórico posterior se produce una escisión; la escisión es posterior. La política se presenta como negación de esa escisión, como negación de la negación. La política, entonces, no es elemento constitutivo, originario del ser social; es simplemente una actividad que caracteriza un momento de su desarrollo histórico, pensado ese desarrollo en su totalidad, en su unidad. Y como es la ciencia que ve esa totalidad, esa unidad, es la ciencia la que preexiste a esa política y la guía. El político es un científico. Es decir que a cierta relación entre "sociedad" y "política" corresponde cierta relación entre "ciencia" y "política".

Es verdad que el marxismo tiene un desarrollo posterior: Lenin, Stalin, Mao, por un lado; por otro el desarrollo del marxismo académico en la Europa de post-guerra.

Pensamos que el verdadero desarrollo en el sentido que nosotros apuntamos se da a través del marxismo político, y que el marxismo europeo se mantiene dentro de los esquemas señalados. Aquí con desarrollo queremos decir negación de su propio fundamento, en especial a lo que hace a la revolución cultural en China.

La emergencia de una nueva realidad histórica como son los pueblos del Tercer Mundo, en su desarrollo histórico, lleva en sí una nueva concepción de esta problemática: en cuanto al concepto de "lo social", la política es fundante y constitutiva de toda sociedad posible, pensando lo social como unidad. Es decir que es la lucha política lo que constituye la unidad, y que por consiguiente que lo originario es el enfrentamiento. Toda unidad originaria y presupuesta es de carácter ideológico.

La política es la afirmación de una realidad: el ser nacional, que hacia el pasado se manifiesta en una serie de gestas de autoafirmación, historia que a su vez es la base real de la forja de la conciencia y voluntad de un sujeto que encarna en sí el ser nacional: el pueblo. La política es la autoconcepción y realización de este pueblo, la lucha por la defensa y desarrollo de sí mismo como comunidad política, es decir, soberana. La política no es la liberación de las fuerzas productivas, sino la liberación de la capacidad creadora del pueblo, la defensa por su autodeterminación.

Es la existencia de esa lucha la que caracteriza y determina en su sentido absoluto todo hecho social; ese es el elemento más característico de lo social. Si hay allí una sociedad, ella está representada por la unidad de ese pueblo en sus luchas frente a los imperialismos. Es en ese sentido que está empleado el término sociedad en la Proclama de Artigas a sus compatriotas al iniciar su campaña en 1811: "... que exterminéis a esos genios díscolos opresores de nuestro suelo y refractarios de los derechos de vuestra respetable sociedad...".

Es esta concepción del ser social que marca el fundamento de toda teoría nacional.

Toda teoría tiene así un significado absoluto, un significado último que es el significado político, entendiendo política en el sentido concreto que aquí se esboza. Es decir que la teoría alcanza su significado concreto en cuanto se mide su significado político, o sea en cuanto se mide como medio de realización de los intereses históricos

del pueblo. Así el concepto del socialismo, tomado sea como concepto económico, es decir como forma de organización de la economía o como concepto de teoría política: el concepto tomado por sí es una abstracción. La historia demuestra que puede tanto ser empleado como instrumento de autorealización de un pueblo o como instrumento de dominación de un pueblo sobre otro. Es en ese sentido que el General Perón habla de la decadencia de las ideologías. Socialismo y Democracia son teorías que por igual han sido medios de dominación, instrumentos de los imperialismos. La política entonces no puede ser concebida como la realización de ninguna de esas ideas, sino que debe ser la actividad que libere al pueblo para que pueda conocer esas ideas, discutir las y realizarlas en la medida que su ciencia, conciencia y experiencia le demuestran que son medios idóneos para su propia realización. Por eso la política es una actividad eminentemente práctica en el sentido de social: es a través de la política que se desarrolla lo social en su sentido eminente. Es por eso que la política tiene como problema central el de la autoorganización y el poder, porque organización significa la formación y determinación social de las decisiones y es en esta toma social de decisiones donde se constituye lo social. Es a través de la práctica política donde se constituye la voluntad y la conciencia social, es decir, la sociedad en un sentido político, es decir, verdadero. Es la actividad absoluta, en cuanto se constituye en sí y por sí.

La política la podemos resumir en una frase: el poder al pueblo.

Es por ello que determinar a la política como "la realización del socialismo" o "el desarrollo del partido de la clase obrera" son determinaciones abstractas bajo las cuales puede cobijarse una política imperialista, si no se plantea de una manera inmediata el problema del poder político nacional y popular. Pues bien puede considerarse, como se ha hecho, de que el socialismo depende del desarrollo de las fuerzas productivas, con lo cual lo que debe favorecerse es el desarrollo del capitalismo, y lo mismo respecto del desarrollo del proletariado, etc.

Una de las características propias de los países del Tercer Mundo es su no desarrollo económico, su no desarrollo de las fuerzas productivas, y es esta estructura social lo que va a poner de manifiesto objetivamente, es decir social y políticamente, la primacía de la política.

Hoy el mundo se divide en dos partes, en dos "sociedades" diametralmente opuestas: una está caracterizada por un conjunto de países con alto grado de desarrollo económico, donde la política usa un lenguaje económico y donde aparentemente el objetivo es el desarrollo económico, pero como el desarrollo económico depende del desarrollo económico alcanzado y que a su vez ese desarrollo económico en general depende de la explotación que han hecho objeto a los pueblos que debido a esa explotación no han podido desarrollarse, la política de esa zona en general significa la lucha por la conservación y desarrollo de ese poder que es condición y al mismo tiempo resultado de su desarrollo económico.

Desde este punto de vista, los pueblos no desarrollados económicamente, los pueblos del Tercer Mundo, no tienen ninguna esperanza. Históricamente, el atraso relativo en vez de disminuir, aumenta cada vez más. De esta manera, toda teoría que quiera condicionar la política al desarrollo de la economía o de las fuerzas productivas, como en política el poder propio es relativo al poder del enemigo, está diciendo de antemano

no que los pueblos del Tercer Mundo no podrán salir nunca de su dependencia política y económica. Nosotros entendemos la política como la posibilidad de negar esta "necesidad" histórica, económica o como se la quiera llamar. Es la lucha por el desarrollo de la conciencia de esta dependencia y por el desarrollo de la voluntad de transformación; es el desarrollo de la conciencia por la lucha contra esa dependencia, conciencia, voluntad y lucha que en cuanto sociales tienen una existencia objetiva y por lo tanto su propia necesidad; necesidad, por supuesto, que la "ciencia" no puede medir. Es la lucha por la liberación, que se hace necesaria a través de su propio desarrollo.

Es en la lucha política en la que encuentra su verdadero fundamento y su contenido de verdad el pensamiento dialéctico. Los pueblos del Tercer Mundo, en sus luchas por su liberación están concibiendo una nueva dialéctica, la dialéctica como liberación. Concretando: La Política, en la forma determinada que asume en el Peronismo y en general en el Tercer Mundo, lleva en sí una concepción propia y original de la naturaleza de lo social, de la relación del ser y la conciencia, de la función de la ciencia dentro de la conciencia social y de una serie de problemas ligados a éstos.

Pensamos que a través de ello se arriba al plano de "lo concreto".

Qué se quiere afirmar con ello? Una concepción es abstracta en la medida en que es unilateral, es decir que hay aspectos esenciales de la realidad considerada, que esa teoría ignora o no tiene en cuenta. En la teoría social, ese carácter abstracto se revela en la práctica, es decir en la política. A nivel teórico, ello se manifiesta cuando en la justificación de la acción se deben introducir elementos extraños a la teoría originaria, considerados como "necesidades de hecho" o "necesidades circunstanciales" o, cuando no hay una justificación, la actividad real tiene un significado objetivo distinto que el teórico. El concepto marxista de "ideología" se aproxima bastante.

Globalmente hablando, el caso más relevante es el del desarrollo del Estado Soviético y, posteriormente, de la China Popular, así como de Cuba Socialista.

En su devenir real el marxismo deviene instrumento del desarrollo de políticas nacionales, es decir, del desarrollo de ciertos pueblos o Estados soberanos. A qué se debe este nacionalismo de los marxismos reales? Se trata de una perversión subjetiva de los gobernantes, sean éstos "la burocracia soviética" o "la pandilla de Mao" o de "la megalomanía de Fidel"?

Nosotros pensamos que son procesos históricos necesarios, y que esa necesidad es la manifestación de la necesidad que se quiere reflejar en el concepto de "política".

Qué nos está mostrando la historia del Siglo XX? Que el sujeto histórico absoluto en este momento de la Historia son los pueblos, en particular los pueblos del Tercer Mundo, en lucha por su propia realización, y no el Proletariado internacional como había querido Marx.

Este cambio de perspectiva es fundamental, pues implica una crítica radical no sólo de la teoría liberal clásica, sino también del marxismo. Respecto del marxismo, esa crítica se manifiesta de doble manera: por un lado, si nos ubicamos desde fuera del marxismo, desde el punto de vista de la política nacional, podemos ver una determi

nada continuidad y unidad por encima de la diferencia puesta por el mismo Marx entre el marxismo y el pensamiento clásico burgués europeo.

Por otro lado, esa crítica, desde dentro del marxismo, se presenta como escisión que, si bien es un proceso complejo que se cumple en diversas etapas, la última y más relevante está dada por la polémica China-URSS (1) y, lo que es otra manifestación de la misma cosa, la polémica dentro de la misma China.

Este desarrollo histórico, visto en su necesidad, se manifiesta en el problema de la relación entre socialismo y soberanía nacional.

Para Marx, en la medida que el sujeto histórico que habría de realizar el socialismo era el proletariado como sujeto histórico universal (ver Ideología Alemana y Manifiesto Comunista), universalidad que se traducía en lo político concreto en un internacionalismo que era la negación total de lo nacional y que se reflejaba en el plano de lo organizativo en que la organización interna, política, de ese proletariado era la internacional. La reivindicación de "lo nacional" quedaba, desde este punto de vista, en el campo del enemigo, de la ideología burguesa, de la antirrevolución. Es decir, que desde esta perspectiva, soberanía nacional y socialismo son conceptos antagónicos, mutuamente excluyentes.

Parfraseando a Marx, diríamos que la realización del socialismo pensada de esta manera es el devenir de la Humanidad como Universalidad para-sí, es decir de una Humanidad realizada como tal, en su verdadera unidad y conciente de ello. Sería la realización del viejo concepto de "sociedad", como unidad y universalidad.

Esa etapa histórica sería alcanzada por la humanidad a través del desarrollo universal del capitalismo, el cual, en la medida que deviene universal (es decir que realiza la unidad de la Humanidad, pero como unidad en-sí, o, tomando el lenguaje de l propio Marx, como unidad dentro de la enajenación) madura y se desarrolla una contradicción interna por la cual se escinde en sí y gesta al Proletariado, que habrá de transformar esa unidad en unidad para sí, negando la enajenación y realizando así la verdadera Humanidad. Es en este contexto en que el proletariado aparece como realizador de la Filosofía y de la Razón, en la exacta medida en que la Filosofía y la Razón son el punto de vista de lo Universal. Podemos decir que el punto de vista de la Filosofía deviene real y por lo tanto verdadero en la medida en que la sociedad deviene unidad para-sí, es decir en la medida en que se suprime la contradicción entre el interés general y el interés particular, propio de una etapa del desarrollo histórico de la humanidad caracterizada por las sociedades de clases.

Dentro de este contexto de ideas, la afirmación del ser nacional aparece como irracionalidad, como afirmación de lo particular que niega lo universal, sinónimo de lo racional.

Desde este punto de vista, el pensamiento de Marx queda ubicado, respecto de la problemática del Ser Nacional, en la misma línea que se ubican un Sarmiento y un Hus-

(1) Este desarrollo es analizado en detalle en otro trabajo nuestro.

serl, como "funcionarios de la Humanidad" frente a "la barbarie irracional".

Es, por otro lado, dentro de este contexto de ideas donde se pone de manifiesto el idealismo de Marx. Podemos decir que ese idealismo se pone de manifiesto hoy día en toda su claridad, por el desarrollo de la historia: la verdad es siempre resultado.

La teoría de Marx es un formidable intento de pensar la Historia, de concebir la Historia; Lo que implica transformar la Historia en un quehacer conciente y racional del hombre. Para decirlo con palabras de Engels: "Los poderes objetivos y extraños que hasta ahora venían imperando en la historia se colocan bajo el control del hombre mismo. Sólo desde entonces, éste comienza a trazarse su historia con plena conciencia de lo que hace (...). Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad".

El problema es quién es el que piensa, quién es el sujeto que ha de realizar ese acto? El mismo Engels nos responde: "La realización de ese acto que redimirá al mundo, es la misión del proletariado moderno. Y el socialismo científico, expresión teórica del movimiento proletario, es el llamado a investigar las condiciones históricas y, con ello, la naturaleza de ese acto, infundiendo de este modo a la clase llamada a hacer esta revolución, a la clase hoy oprimida, la conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción".

Sujeto Universal, cuya conciencia, en forma de Ciencia, precede a su existencia.

Existe primero como Idea, como pura esencia; y en tanto no devenga a la existencia no faltarán profetas que hablen en su nombre; desde esta perspectiva, hacer política es bien simple: basta haber leído el Manifiesto Comunista o Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico para, ubicados ya en la Ciencia, infundirle al proletariado la conciencia de lo que debe hacer. Es decir, que cualquier hijo de vecino, mediante esas lecturas, puede cortar camino, ahorrándose toda la experiencia histórica, los trabajos y las penas del sujeto real y, desde el plano de lo absoluto, desde el plano de la ciencia, señalarle al sujeto el camino a recorrer; dueño de la Verdad, es el juez absoluto del devenir real del sujeto revolucionario.

A este extraño personaje lo encontramos siempre en las asambleas de nuestra facultad; desarrolla la implacable lógica de quien posee el secreto de la Historia y es un iniciado en "la Astucia de la Razón". Frente a él tiembla toda la estructura del Movimiento Nacional. En dos frases nos demuestra el carácter reaccionario del Peronismo: Perón no hizo la Reforma Agraria; entonces no es socialista, etc. El razonamiento es tan simple y su evidencia tan aplastante que, con pesadumbre, nos impone de inmediato la pregunta: cómo el pueblo argentino puede ser tan obnubilado y estúpido que no se da cuenta de una verdad tan elemental? Ante un misterio de tal magnitud, el pensamiento se detiene, abrumado; aunque queda en el aire otra pregunta: qué se puede esperar de un pueblo como éste?

Dejemos que nuestro personaje resuelva ese problema a su manera. De cualquier forma, nosotros pensamos que la estupidez no es un mal endémico en nuestro país, y lo decimos tanto por el pueblo como por nuestro personaje del que hablábamos más arriba; creemos que esa manera de pensar se llama idealismo y que, junto con otras cosas, ha sido importado de las metrópolis imperialistas.

De una manera general, podemos caracterizar al idealismo filosófico como aquella concepción del mundo para la cual la existencia se deduce de la esencia, de la idea; es decir para el cual la esencia precede a la existencia. El devenir de la realidad, el devenir de la Historia no es sino la realización de la Idea. Lo real en sí es la realización en lo particular respecto de la Idea que es lo universal. El conocimiento entonces debe reproducir este desarrollo: es deducción, pasaje de lo universal a lo particular. Lo particular existe realmente en la medida que realiza lo universal. Lo que detecta, lo que busca y lo único que puede encontrar este conocimiento en lo real, en lo particular, es lo universal. La clase trabajadora argentina deviene proletariado en la medida en que realiza en sí y para sí el concepto de proletariado en su validez universal.

La Ciencia y la Filosofía son la capacidad que tiene "el hombre" de llegar a conocer por sí, estas esencias universales, incluso antes de que hayan devenido reales. Si no existen en la realidad; quiere decir que existen antes en la conciencia como ideas, como contenidos de esa conciencia. Es desde este punto de vista que podemos decir que el idealismo es aquella concepción que concibe a la conciencia como conciencia de contenidos preexistentes; preexistentes a la experiencia. Y la Razón es concebida como la capacidad universal de conocer ideas universales.

Frente a toda esta megalomanía de la Razón Universal, se esboza un pensamiento nacional, cuyo contenido podríamos tratar de caracterizar por:

1) la afirmación de la realidad, de la existencia, actual, del sujeto histórico: el pueblo argentino en nuestro caso, y de todos los pueblos que luchan por su liberación.

Ese sujeto manifiesta su existencia a través de la historia de todos los hechos a través de los cuales se ha forjado a sí mismo y a su propia conciencia, la conciencia nacional, que se manifiesta en una cultura y un lenguaje que le son propios; en una concepción del mundo y en una política que, por haber surgido de la experiencia y estar por lo mismo referida inmediatamente a ella, toma, en su expresión teórica, la forma de doctrina.

2) la política, como forma teórico práctica de vida de ese sujeto, es decir como forma de existencia y desarrollo, tiene como objetivo consciente la organización que permita su libre desarrollo, organización que se ha constituido históricamente, donde se distinguen un líder, los encuadramientos y las bases, donde el líder es tal porque es el que ha sabido interpretar las necesidades del pueblo y dirigir la lucha por su realización. Actividad donde lo fundamental es el diálogo, como forma de constitución y desarrollo de ese sujeto histórico. Diálogo que es posible porque se posee un lenguaje común, que se resume en una doctrina.

3) Dentro de este contexto, la ciencia y la teoría en general se realizan como un momento del desarrollo de la conciencia nacional, o sea de la conciencia de este sujeto histórico absoluto que es el pueblo argentino, y se realiza dentro de este marco, no solamente por la decisión subjetiva, sino por sus propios contenidos, es decir, por el reconocimiento objetivo de la existencia de ese sujeto histórico, de sus necesidades y de sus problemas. La idea es así posterior a la realidad y refleja en su contenido las determinaciones de esa realidad. Es un medio para el autodesarrollo del sujeto, desarrollo que se efectúa en un mundo no menos real, que señala como marco

de su acción, en cada caso, las posibilidades objetivas del desarrollo. Pero esa posibilidad será determinada por la propia actividad política, es decir por la acción organizada y consciente del pueblo y no por una ciencia o un científico que tenga la ideal capacidad de adelantarse a la experiencia del pueblo. La ciencia devendrá real, objetiva, en la medida que tenga la capacidad de integrarse a la vida del sujeto histórico, a la política del pueblo. ;Y no al revés, de que el pueblo devendrá entidad política en la medida que sea capaz de "devenir científico"; pues el presupuesto absoluto no es la Ciencia ni la Idea, sino la actividad política, es decir, el desarrollo histórico del pueblo en su lucha de liberación, de autorealización.

4) Es dentro de este marco donde el concepto de socialismo toma sentido concreto es decir, político. El socialismo devendrá real en la medida en que sea aceptado e incorporado a las reivindicaciones del pueblo, en la medida en que sea considerado un medio apropiado de autorealización. Lo concreto de este socialismo es que nunca puede entrar en contradicción con el principio de soberanía política. En ello reside la esencia del concepto de socialismo nacional. El socialismo nacional supone y realiza el principio de soberanía nacional. Desde este punto de vista el socialismo en general ha devenido un término abstracto, es decir, que no marca una línea política. Lo universal deviene real a través de lo particular. Con esto se quiere cerrar la puerta a toda discusión que tenga por fin determinar "el verdadero socialismo" a nivel de los textos, a nivel de la teoría, es decir, en el plano de lo universal. El verdadero socialismo ha de ser aquel que el pueblo realice, entonces la discusión ha de realizarse no en el plano de la Razón sino en el seno del movimiento, porque ello será al mismo tiempo el comienzo de su determinación teórica y de su realización, o sea, de su devenir real.

5) Esa necesidad de ubicarse en el plano de lo concreto de la política, proviene además de que la historia del siglo actual nos ha enseñado que es posible el desarrollo de un imperialismo que tiene como bandera al socialismo.

De allí que Perón hable de la decadencia de las ideologías, y que el principio de soberanía popular nos permita reinterpretar la historia, no sólo la historia del siglo XX, sino toda la Historia y concebirla como la historia de la lucha de los pueblos contra los imperialismos.

La emergencia a la vida política mundial de los pueblos del Tercer Mundo replantea el sentido de la Historia. A su vez, de aquí emerge una concepción del ser social donde lo esencial está puesto por lo político; es decir donde la lectura debe estar dirigida hacia la determinación de la escisión y no de la unidad en primer término; o sea, por donde pasa la línea de enfrentamiento, de lucha; determinación por la cual toda afirmación toma forma concreta en la medida en que se manifiesta también como negación. Dentro de este contexto donde los términos "socialismo", "antiimperialismo", "Estado", "política", "ciencia", etc., etc., toman un sentido concreto. Y donde toda afirmación se basa en última instancia en la afirmación del ser nacional, afirmación en la cual se basa la negación fundamental: la negación de todo imperialismo.

Así, pues, todo concepto alcanza su sentido concreto en cuanto se lo concibe y determina como mediación en un doble sentido: como relación entre el ser nacional y la situación internacional del mundo; caracterizada por un lado como el desarrollo del poder de los imperialismos y por otro como relación del sujeto consigo mismo, es decir, como autodeterminación.

guillermo gutiérrez

CULTURA POPULAR Y CULTURA ILUSTRADA

La importancia de la cultura del pueblo como una manifestación política es un hecho relativamente poco considerado, principalmente porque se tiene de la cultura una con cepción reducida a la lógica del pensamiento imperialista o porque se esteriliza su riqueza en lo meramente descriptivo.

Me explicaré: desde antiguo, la definición de "cultura" se refiere a patrimonios de elaboración intelectual, o a la posesión de conocimientos sobre los mismos. Como tal, los portadores de la cultura son quienes tienen acceso a tales bienes, es decir, los grupos privilegiados de una sociedad. Se niega la capacidad creadora del pueblo, y se considera a sus manifestaciones culturales como reflejo (generalmente resabio) de las capas dominantes.

Fue mérito de la antropología cultural el ampliar el concepto de "cultura", incluyen do dentro del mismo no sólo las categorías intelectuales sino también los productos materiales y cotidianos del trabajo humano así como el concepto de relatividad cul tal; pero como la antropología cultural o social, como disciplina científica, es una consecuencia directa de las necesidades coloniales, todos sus análisis y estudios se hicieron desde un exclusivo marco referencial, el de la cultura europea o norteamericana.

La pregonada relatividad de la cultura se transforma así en relatividad dentro de los moldes de la cultura del colonizador, que aparece como polo alternativo y desarrollado frente a otro polo compuesto por el resto de las culturas, denominadas "primi tivas", "ágrafas", etc.

Las consecuencias ideológicas y posteriormente políticas de dicha dicotomía son eviden tes: al proponerse como alternativa a un polo "primitivo", la cultura occidental se autovalora como modelo de desarrollo; al marcar la diferencia con los pueblos "ágrafos", se supone la inevitabilidad de las formas de registro adoptadas por la cul tura occidental y por lo tanto la condición necesaria de sus diversos componentes.

La cultura occidental aparece así ante el pueblo ocupado como forma superior y devalorativa de la cultura local. La antropología asume esta lógica colonizadora, 1º, de

finiendo la humanidad por una serie de universales culturales y 29, como esos universales corresponden a las categorías occidentales, conceptualizando la humanidad según su propia definición occidental de lo humano.

El antropólogo, formado en el aparato de la cultura occidental, se transforma en el operador de categorías que puede discernir, en virtud de la autoridad que le otorga dominar la lógica del procedimiento científico, en qué sector de lo humano se está: puesto que las categorías de lo humano son formuladas por un determinado sector de la humanidad, la antropología proporciona a este sector los argumentos científicos que justifiquen una gradación ascendente hasta él, el pináculo de la humanidad.

La proclamada relatividad de la cultura compite así con la noción de progreso: el antropólogo plantea entonces que no tiene sentido discutir la realidad del progreso, ya que de todos modos el progreso no es otra cosa que el contenido de la historia. (1) Dado que no hay otro contenido histórico para Occidente que la historia de la expansión occidental, el progreso no es, entonces, otra cosa que la expansión de la cultura occidental por todo el mundo.

Históricamente, dicho proceso se inicia hacia el siglo XV y reviste una gran complejidad, ya que abarca la formación de nuevas matrices étnicas, renovación de categorías intelectuales y de los agrupamientos sociales, así como cambios profundos en la economía de los pueblos ocupados. En conjunto resultará en la constitución de un sistema de dominio a nivel mundial, culturalmente justificado como un "ciclo salvacionista" (2) donde la cultura del ocupante, la occidental, aparecía como universal y necesaria, y la del pueblo ocupado como inferior y superable.

La cultura occidental aparece en las colonias portada, en principio, por el funcionario de la metrópoli, quien la impone según las necesidades de la política de dominio a la que sirve; pero posteriormente, la formación de una élite nativa traslada la función de la penetración colonial a sectores que, aunque nacidos en la misma tierra ocupada, comparten lazos más fuertes con el colonizador que con su propio pueblo. Cuando las colonias se independizan jurídicamente y, en muchos casos, se transforman en neo-colonias, dicha élite seguirá sosteniendo un aparato cultural directamente al servicio de los intereses imperialistas.

Como los pueblos conquistados, lejos de ser simples objetos naturales, poseían y poseen formas culturales propias, la imposición de la del dominador se transformó en un complejo proceso de interacción entre ambas culturas, en el cual las mismas, antes que reflejo o consecuencia de la oposición dominación-liberación, operan como instrumentos al servicio de uno de los dos polos: por un lado el pueblo luchando por su liberación, y por otro el imperialismo, con sus sectores aliados, buscando perpetuar sus formas de dominio.

En el caso concreto de la Argentina, dicho proceso se presenta como la interacción continuada de dos grandes líneas políticas: un sector nacional, en perpetua búsqueda del camino de afirmación soberana, y asumido históricamente en los grandes movimientos de masas, y un sector caracterizado por su compromiso con la ideología extranjerizante, atado a los centros metropolitanos que desde 1810 se han sucedido en el dominio semi-colonial de nuestro país: Gran Bretaña y EE. UU.

El sector nacional ha tenido, históricamente, la característica de un movimiento de masas, diversificado en la acción y unificado en la conducción, que en sus sucesivos momentos fue profundizando su método y su doctrina. El otro sector optó hasta hace poco por el sostenimiento del poder mediante los mecanismos de la partidocracia, y una vez fracasados éstos, por la administración militar-tecnocrática.

Generalmente este sector es caracterizado como "liberal", por oposición al nacional y por la tradición de sus patriarcas; pero en la actualidad el liberalismo es tan sólo un socio menor del mismo, que en conjunto asume la ideología desarrollista en sus diversas variantes. La dicotomía nacional-liberal es falsa, porque tiende a disfrazar a sectores ligados directamente al imperialismo como nacionales, por el simple hecho de no compartir el liberalismo. La verdadera oposición se da entre un conjunto nacional -el pueblo- asumido en el Movimiento Nacional de masas, y un sector directamente ligado al interés imperialista, cualquiera sea la ideología que proclame.

La oposición así enunciada abarca toda la realidad de la Nación. El sector ligado al imperialismo tuvo de ello temprana conciencia, y se caracterizó a sí mismo como la "civilización" y al otro lo definió como la "barbarie", trasplantando a su condición de grupo dominante el contenido salvacionista con que Occidente justificó su expansión.

El movimiento nacional, por el contrario, tuvo una actitud ambigua: en los hechos, con sus luchas, definió la escisión como real. Pero lejos de asumir concientemente la barbarie como una forma cultural propia y liberadora, trató de superarla escalando hacia la civilización, con lo cual redujo su originalidad a la lógica imperial del sector "civilizado".

Dicha autodevaloración opera no como un mero fenómeno deculturativo, sino principalmente como un hecho político que ataca los cimientos del movimiento nacional de masas, al reducir su originalidad a un modelo aparentemente superior. Socava así los mismos fundamentos revolucionarios atando la cultura del pueblo -que es su identidad- a una secuencia de desarrollo cuyo escalón más alto es la cultura del dominador como paradigma de civilización, como bien deseable y no como instrumento de opresión. La "civilización" aparece así como fruto posible de la progresión reformadora, en lugar de proyecto del enemigo que debe ser eliminado como alternativa de nuestro "atraso", como alternativa al sub-desarrollo en lugar de la verdadera alternativa a la situación de dependencia, que es la construcción de una sociedad nacional y soberana, según las verdaderas necesidades del pueblo-nación expresadas a través de su proyecto liberador.

Se trata, entonces, de delimitar con claridad la realidad de dos culturas contrapuestas, irreductibles, cuya existencia objetiva proviene de una oposición política también irreductible, entre las metrópolis imperialistas como polo de los opresores y los pueblos del Tercer Mundo que luchan por lograr o afianzar su liberación.

En el primer caso corresponde hablar de una cuña de penetración que por su característica, sus portadores y el aparato que monta, podemos definir como "cultura ilustrada"; en el opuesto, podemos hablar de una "cultura popular". Las diversas consideraciones que muchos autores han hecho sobre el tema nos permitirán acceder a la comprensión de ambas formaciones.

El tema de la cultura del pueblo ha sido objeto de múltiples trabajos, en muchos de los cuales se destaca el carácter elitista de la cultura ilustrada. En general, dichas consideraciones tienden a señalar el carácter negativo de ese hecho, pero sólo en cuanto a la distribución desigual de los bienes de la cultura: se parte de la existencia de una cultura superior, conformada por los mecanismos de la educación, el nivel de vida, etc., que no comparten por igual todos los ciudadanos. Luego, se parte de la existencia de un patrón superior de cultura, el de las clases dominantes, que son las que lo usufructúan, limitando el problema a una lógica de la distribución, sin advertir que la cultura de las clases dominantes, lejos de ser un simple producto de la apropiación indebida, es precisamente un arma política utilizada para el mantenimiento de dicha situación.

Así planteadas, las tesis sobre cultura popular consisten en recopilaciones sobre la exterioridad pintoresca de la misma, en resabios tradicionalistas superados por la cultura burguesa, en su limitación a una "sub-cultura" de la cultura de los selectos, etc.

Analizaremos, a manera de ejemplo, tres caracterizaciones que, de alguna manera, cubren el espectro de las tesis de tipo reduccionista sobre la cultura popular: el análisis proveniente del folklore, el planteo de Trotzki sobre la cultura proletaria, y el resultado de las investigaciones de Oscar Lewis sobre la cultura de la pobreza.

El folklore es una disciplina autónoma, surgida en la época de la reacción romántica en diversos países europeos, cuyo objeto global es el estudio del saber popular, según su definición tradicional. Dada la difusividad resultante en su objeto, el folklore enfatizó la característica rural de los portadores de este "saber popular", y aplicó a sus propias concepciones las tesis de la existencia, en nuestras sociedades, de dos polos separados por un "continuo" de gradación creciente: modernidad y tradicionalidad como límites alternativos. En folklore se tradujo en el continuo folk-urbano, donde uno de los polos resume las características de tradicionalidad, aislamiento, producción para el consumo, exterioridad al conjunto económico nacional, resistencia al cambio, etc., en tanto que en el otro se dan las características de la vida ciudadana, tales como heterogeneidad, cambio acelerado, movilidad social, etc.

Los contenidos que estudia el folklore son "un conjunto de expresiones culturales, de vigencia tradicional, en una sociedad o grupo de carácter popular".

Es suficientemente clara la definición de Haddon: "En todas las naciones civilizadas hay siempre una parte menos culta, que ha quedado atrás en el camino de la civilización, y que todavía conserva en mayor o menor grado una cierta fe en las antiguas tradiciones, y practica las viejas costumbres (aunque de manera algo atenuada); esta parte de la población es el pueblo, el "folk". (Citado por Imbelloni, José en "Concepto y Praxis del Folklore", pp. 28).

El objetivo del folklore ha sido y es recoger y clasificar los materiales culturales producidos por este sector de la sociedad. Son ligeras variantes en cuanto a definición y conceptos, es lo que ha hecho en nuestro país. Dejando de lado la concepción formalista con que nuestros folkloristas han aceptado el modelo europeo, el hecho que

más nos interesa criticar es la definición del pueblo y su cultura que realizan, situándolos en un escalón inferior con respecto al del polo "civilizado" que, coincidentemente, se maneja con la cultura de la metrópoli imperialista, que trata de expandir al resto del país.

Pero las tesis del folklore no sólo presentan este aspecto negativo: uno de sus temas comunes es la necesidad de salvaguardar estos patrimonios "folk" como auténticos y fundadores de la nacionalidad. Aparente contradicción, que no es tal. La cultura del imperialismo no excluye, sino que se complementa, con las expresiones tradicionalistas y osificadas de la cultura del pueblo, en tanto despojadas de todo contenido político. La revalorización que el folklore hace de esa cultura no es otra cosa que la añoranza del pasado colonial y pastoril, de un ancestro estereotipado y poético pero despojado de todo contenido contemporáneo. Véanse los cancioneros recogidos por Carrizo: esta obra monumental ha obviado cuidadosamente la rica veta de las coplas políticas, las coplas atadas al destino montonero de más de medio siglo de nuestro pueblo. Pero sin que el compilador lo advierta, entre coplas de 'amor', 'adivanzas', etc., se filtran las frases políticas, el recuerdo o el elogio para un Chacho o un Varela, el repudio al unitario. Carrizo ha limitado sus 'coplas políticas' a la expresión de algunos ilustrados, entendiendo por política sólo la de comité y doctores; así reduce a dos o tres páginas de floreos liberales lo que es un rico y vastísimo documento de poesía política. (3)

Otro ejemplo, clásico, es Martín Fierro, revalorizado históricamente por su calidad poética pero despojado del contenido político, de su realidad contemporánea.

La revalorización de la tradición al margen del contexto que originó sus hechos culturales, lejos de afirmar la nacionalidad, la minan, porque la presentan como un resabio pintoresco frente a la pujanza moderna de la sociedad metropolitana. Estos dos errores en la conceptualización en el folklore invalidan el trabajo de conocimiento de la cultura del pueblo que realiza, y vician el marco referencial con que investiga.

Otro interesante e ilustrador ejemplo del reduccionismo que se hace de la cultura del pueblo es el trabajo de León Trotsky, "La cultura proletaria" (4). Comienza Trotsky enunciando que toda clase dominante crea su propia cultura, lo cual exige un largo tiempo de gestación histórica. Muestra cómo la burguesía, en el seno mismo del feudalismo, va creando sus propias formas culturales en correspondencia con su emergencia política y social, hasta que, consolidada en el poder, puede fortalecer el orden burgués como "natural" y "eterno".

La burguesía, pues, ha desarrollado su cultura en un período de varios siglos, "atrayendo a la intelectualidad y creando sostenes culturales mucho antes de asumir el poder de la nación a la cabeza del tercer estado". Pero dicha evidencia histórica no permite establecer una analogía con las posibilidades del proletariado para formar su propia cultura; la razón fundamental es que el proletariado asume el poder sólo en forma transitoria hacia una sociedad superior, donde la cultura no será patrimonio de una clase, sino del conjunto colectivo, en una sociedad sin clases.

Por qué, entonces, no hablar de una cultura proletaria en el momento de transición? Porque el dinamismo de esta época se concentra en la política y la guerra: "no es la dictadura del proletariado una organización cultural que crea una sociedad, sino un

orden de combate para conseguirla". (pp. 150).

La diferencia entre el ascenso al poder de la burguesía y el del proletariado consiste en (que) "La burguesía escala el poder con pleno dominio de la cultura de su tiempo; el proletariado, en cambio, sólo posee el convencimiento urgente y absoluto de la necesidad de apoderarse de dicha cultura. El problema del proletariado triunfante consiste en asimilar una civilización que antes no le servía: teatros, prensa, industrias, editoriales, etc., y con la ayuda de ellos, abrirse camino hacia una nueva cultura y una nueva vida". (pp. 152).

Por lo demás, tampoco el marxismo es ejemplo de cultura proletaria; nace con Marx y Engels, que "proceden de las filas de la democracia pequeño-burguesa y fueron, como es natural, educados en su cultura, no en la del proletariado"... según una necesidad histórica concreta y "sobre las bases científicas y políticas de la cultura burguesa". (pp. 156).

Y respecto a las ciencias, establece el autor una gradación en cuanto a su carácter universal: las disciplinas como la física, la química, etc., cuyo objetivo es el dominio de la naturaleza, son más humanas en amplitud que las ciencias dirigidas al dominio de la sociedad, que están más "sometidas a la codicia burguesa". Estas últimas desaparecerán rápidamente, en tanto que las primeras servirán para la construcción de la sociedad socialista antes de que el proletariado se plantee rehacerlas.

En rigor, el valor de la aseveración de Trotzky sobre el alcance universal de las ciencias cuyo objetivo es el dominio de la naturaleza es bastante relativo. La universalidad de estas disciplinas sólo corresponde a su basamento, que es la explotación a nivel global de los pueblos de los países dependientes, que son los que proveen los portentosos recursos que utiliza la investigación científica y la tecnología de las metrópolis imperialistas. El dominio de la naturaleza que a partir de estas ciencias se logra, lejos de ser universal, corresponde pura y exclusivamente a los intereses del imperialismo, y aún en el plano meta-científico, la discusión aparentemente aséptica sobre la lógica de la investigación y sobre el problema de la objetividad se desarrolla en base a una determinada cosmovisión que es la de los intereses de la sociedad metropolitana.

Pero no es esto lo que nos interesa en la concepción del autor, ya que no es más que una consecuencia de su criterio reduccionista.

Lo fundamental a criticar radica en el carácter universal y necesario que atribuye a la cultura burguesa; olvida lo que él mismo afirma: que la cultura burguesa se forma en el seno mismo de la sociedad feudal (que poseía a su vez una cultura que se presentaba como universal y necesaria, en nombre de la cual se quemaba a los herejes) y no porque esa época no presentara el dinamismo político y de guerra que presenta la lucha del proletariado, sino por esa misma razón. La cultura que crea la burguesía en el seno de la sociedad feudal es un arma política contra el feudalismo, y es un arma política que la clase triunfante sigue utilizando una vez instalada en el poder. Si la burguesía triunfa es porque no se reduce a las categorías de su oponente feudal, es porque no reconoce una cultura feudal que luego va a utilizar sino que la niega y la destruye.

Esto, que Trotzky reconoce como válido en la burguesía, no puede ocurrir con el proletariado. Por qué? Aparentemente, la respuesta es clara: porque la cultura y la verdad burguesas son La Cultura y La Verdad. Lo que debe hacer el proletariado es utilizarlas en provecho propio. El problema parece radicar en quién usufructúa de la cultura, y no en que la cultura burguesa es un producto histórico, condicionado por las necesidades políticas de la burguesía: en esto, no habrá ningún burgués que se le oponga, porque si el capitalismo pudo expandirse como sistema universal lo hizo justificándose, precisamente, en el hecho de ser la civilización, la ciencia, la verdad, triunfando sobre la barbarie, el oscurantismo y la ignorancia.

Pero la raíz de la concepción reduccionista de Trotzky no está en no reconocer la escisión entre una cultura burguesa y una cultura proletaria, sino en no advertir cual es la verdadera escisión: las metrópolis imperialistas y los pueblos dependientes. En el contexto en que Trotzky formula su tesis, ésta es verdadera; dicho contexto es la extensión a una universalidad abstracta de la contradicción burguesía-proletariado de los países metropolitanos, donde -sí- ocurre que el proletariado participa de la cultura burguesa: porque está del otro lado de la escisión, porque también participa de la explotación a que se somete a los pueblos dependientes.

Pero en el contexto concreto de los pueblos que luchan por su liberación dicha tesis reduce el proyecto del pueblo a los escalones que le traza la burguesía, a sus pautas, a la sociedad de consumo, al ideal competitivo: baste comparar dos revoluciones, la soviética y la china, ver cómo esta última rompe -con la revolución cultural- con toda la cultura burguesa (categorías intelectuales y técnicas) y avanza en la construcción de una nueva sociedad, en tanto que los soviéticos siguen atados a alcanzar el standard de consumo de los yanquis, a lograr una versión mejorada de la civilización opulenta.

Un tercer ejemplo que veremos es más reciente y corresponde a un antropólogo que critica, precisamente, las tesis folklóricas: Oscar Lewis. Sus trabajos lo llevan a enunciar la existencia, en las diversas metrópolis, de una forma cultural escindida que él llama "cultura de la pobreza" (5). No es la misma sinónimo de pueblos primitivos o de clase proletaria, sino que "sólo tendría aplicación a la gente que está en el fondo mismo de la escala socioeconómica, los trabajadores más pobres, los cultivadores de plantaciones y esa gran masa heterogénea de pequeños artesanos y comerciantes a los que por lo general se alude como el lumpenproletariado" (pp. XV).

Es un sistema de vida, notablemente estable y persistente, que ha pasado de generación en generación a lo largo de líneas familiares. "La cultura de la pobreza tiene modalidades propias y consecuencias distintivas de orden social y psicológico para sus miembros. Es un factor dinámico que afecta la participación en la cultura nacional más amplia y se convierte en una subcultura por sí misma" (pp. XIV).

Lewis menciona, pues, un hecho real; su propia información sobre diferentes grupos humanos le permite establecer la existencia, a escala mundial (al menos en los países capitalistas), de amplios sectores marginales a lo que él llama la cultura nacional.

Pero su interpretación es, a nuestro juicio, errónea en tres puntos principales:

-En los países dependientes, la cultura nacional es un objetivo superior de la lucha por la liberación, y no puede hablarse de su existencia más que como potencialidad de la conciencia nacional. En los países metropolitanos la escisión a nivel de coloni zación interna, al menos en los países donde existe diferenciación racial. Tampoco allí cabe hablar de una cultura nacional, sino de una cultura de la dominación, la cul tura de los blancos en EE. UU., por ejemplo, y la cultura de la liberación, la de los negros. La pretensión de que la cultura de la dominación es la nacional corresponde, precisamente, a quienes ejercen la dominación.

-Lejos de ser una subcultura dentro de una cultura mayor, la cultura de la pobreza, como fenómeno real, es el núcleo más irreductible de la cultura del pueblo, el más incontaminado por la sociedad de consumo y la cultura de los selectos. Lejos de ser la parte menor de una cultura mayor, es el centro de irradiación de la resistencia al opresor; allí están las tradiciones y la experiencia de siglos de sometimiento por la fuerza, y el gran motor del resentimiento: "Los rasgos económicos más caracte-rís ticos de la cultura de la pobreza incluyen la lucha constante por la vida, períodos de desocupación y sub-ocupación, bajos salarios, una diversidad de ocupaciones no calificadas, trabajo infantil, ausencia de ahorros, una escasez crónica de dinero en efectivo, ausencia de reservas alimenticias en casa, el sistema de hacer compras frecuentes de pequeñas cantidades de productos alimenticios muchas veces al día a medida que se necesitan, el empeñar prendas personales, el pedir prestado a pres tamistas locales a tasas usurarias de interés, servicios crediticios espontáneos e in formales de vecinos (tandas) organizados por vecinos, y el uso de ropas y muebles de segunda mano. (pp. XVI).

La cultura de la pobreza, lejos de ser una especie de escalón inferior o sección mar ginal, es el contenido más profundo de la organización popular. Allí se gesta el len guaje, la violencia despiadada que va organizando al pueblo hacia formas superiores de lucha.

TESIS QUE ENMARCAN LA CULTURA DEL PUEBLO EN CONTENIDOS POLITICOS

En contraposición a estas postulaciones reduccionistas hay otras que rescatan la cul tura popular en su dimensión política. Dos trabajos sirven como ejemplo claro de di cha concepción: "Los condenados de la Tierra", de Fanon, y un notable discurso de Stokeley Carmichel, "Poder Negro".

El primero de ellos es ampliamente conocido, por lo que resultaría ocioso comentar lo. Simplemente nos detendremos en la concepción de la violencia que explicita Fanon.

Hay allí un pensamiento sin concesiones a la lógica colonial, que parte de un planteo propio de la conciencia política. Lo usual es suponer como formas superiores de la conciencia política su sujeción a ciertos modelos de luchas populares europeas: el sindicato y el partido marxista. Tal concepción, trasladada a los países coloniales o neo-coloniales supone un mecanismo de necesidad indiscutible: el acceso a la conci encia política está reservado al proletariado urbano, al proletariado sindicalizado o agrupado en el partido marxista armado según el modelo del partido europeo.

Dicho esquema trasladado a nuestro país resulta en la vieja afirmación de que el pe

ronismo, cuya columna vertebral se nutre de las masas rurales que ingresan al proletariado urbano, no es fruto de una toma de conciencia política del pueblo sino la consecuencia de la habilidad demagógica de Perón. Los sectores concientes son, entonces, los militantes nucleados en el partido marxista o socialista, como forma superior de la organización política.

Si comenzamos a aplicar esta concepción a los distintos países del Tercer Mundo la consecuencia lógica es una sola: que el último cuarto de siglo debe ser borrado de la historia, porque no encaja en absoluto en dicho esquema. China Popular, Argelia, Argentina 1945/55, los países africanos, Egipto, el Viet-Nam, Cuba, quedan como un salto en el vacío en el que la revolución no se produjo, no puede haber ocurrido. Las masas que nutrieron esas revoluciones provienen de la periferia ideológica, no han sido educadas en otra cosa que la vida campesina y tradicional, sin contacto ni conocimiento de los grandes revolucionarios europeos.

En Fanon, la explicación aparece clara, y por el camino de la realidad en que dicha explicación nace. La conciencia política del pueblo colonizado es la violencia sufrida por el colonizado, y es esa violencia que engendra la violencia como respuesta política: no se trata ya de la toma de conciencia y luego la práctica, sino la violencia como práctica cotidiana y como política con una clara estrategia de poder: echar al colonizador, apropiarse del pan y la tierra.

Cómo organiza el conjunto del pueblo la eficacia de esta política? Al principio, directamente no ocurre. El pueblo está osificado, sus tradiciones se han detenido en el pasado, su arte, sus canciones son lamentos, fantasmas de la acción.

Pero la lucha hace que el colonizado se asuma otra vez en su dimensión y discuta al colonizador su capacidad de auto-denominarse como La Humanidad. El es también un hombre, pero distinto. Su cultura es distinta, y porque debe vencer, es mejor. El colonizador, su cultura, están ya podridos, han dejado de arrogarse la universalidad.

Carmichel retoma esa tesis que es ante todo una política: "Los que pueden definir son los amos. La sociedad occidental blanca ha sido capaz de definir y por eso ha sido el amo. Y quiero seguir mencionando muchos de estos ejemplos, porque pienso que los jóvenes blancos de mi generación no entienden su propio racismo subconciente, porque aceptan que lo que se ha escrito en occidente, las obras que han destruído y formado la historia, que han mentido acerca de la historia, de manera que parten del supuesto fundamental de su superioridad del que ni siquiera se dan cuenta". "Si se le pregunta a un blanco quién descubrió América dirá que fue Colón. Y si se le pregunta quién descubrió China dirá que fue Marco Polo".

En definitiva, los pueblos del que ahora denominamos Tercer Mundo no hicieron nada hasta que llegó algún blanco, algún occidental. Pero la cultura, la historia, ya existían al margen de Occidente. Occidente se limitó a llegar y decir 'Os he civilizado'. "Llegaron a Africa, se robaron los africanos, se los llevaron a Estados Unidos, y encima nos trajeron para civilizarnos, porque éramos caníbales que nos comíamos unos a otros, y querían darnos una vida mejor que fue, por supuesto, la esclavitud".

"Ahora bien, lo que le pasa al Occidente es que cree que tiene el derecho de 'darle' a todo el mundo su independencia. Eso es totalmente absurdo. No se le puede 'dar' a

nadie su independencia. Todos los hombres nacen libres. Otros los esclavizan".

Es este racismo implícito en la sociedad occidental que ha formado los ghettos negros y en definitiva, ha cohesionado a los oprimidos, los ha unido: "El corazón del comercio y el corazón de la producción se encuentra en las ciudades. Nosotros estamos en las ciudades. Podemos convertirnos, y de hecho lo estamos haciendo, en una fuerza desorganizadora de la corriente de servicios, de bienes y de capital. Mientras nosotros nos organizamos desde adentro y apuntamos a los ojos del pulpo, confiamos en que nuestros hermanos lo desorganicen en el exterior para cortar los tentáculos de Estados Unidos".

La lucha de los negros en EE. UU. no puede detenerse, indica Carmichael, en la liberación: no puede sustituirse la opresión de la sociedad blanca por otra realizada por negros; es preciso constituir una sociedad socialista. Ahora bien, la lucha por la liberación y el socialismo implica escindirse, afirmar la diferencia y no superarla en la integración, afirmar la originalidad y no la progresión integrativa a la sociedad blanca: "El movimiento del Poder Negro... se apartó del movimiento pro integración... (por qué) cuando (Occidente) habla de integración, habla de aceptar a los negros. No es ridículo? Tengo que hablar de si quiero o no aceptar a los blancos...".

Los negros, en generaciones y generaciones de sometimiento, miseria y opresión, han acuñado el odio que es el verdadero motor de la violencia de liberación capaz de oponerse a la violencia de opresión, una violencia opresiva que surge con el mismo imperialismo: vana ilusión de quienes, con mentalidad liberal, ven, en los comienzos del capitalismo, una etapa progresista: "los colonos europeos blancos no supieron pro pagar sus elevadas teorías de la democracia hasta los pieles rojas, a los cuales exterminaron sistemáticamente... en su gloriosa constitución garantizaron la libertad, la búsqueda de la felicidad y demás basura, pues estos eran derechos sólo para los blancos; al negro se le reconocían únicamente unas tres quintas partes de humano. Si se lee la Constitución de los EE. UU. se verá que esta cláusula se encuentra allí todavía, la que dice que el negro es tres quintas partes de hombre".

La pregonada solidaridad de clase, la causa común de los proletarios sobre cualquier barrera racista, religiosa, etc., contra el común enemigo, la burguesía, también resulta una falacia: "El movimiento obrero de EE. UU. esencialmente luchó sólo por di nero. Y esa ha sido la lucha de los trabajadores blancos de Occidente. La lucha por una cosa, por más dinero... los capitalistas norteamericanos nunca redujeron sus ganancias en el interior para compartirlas con los trabajadores. En vez de esto, se expandieron internacionalmente y les arrojaron los huesos de sus ganancias a la cla se obrera norteamericana, que los lamió agradecida. La clase obrera norteamericana disfruta del producto de los esfuerzos de los trabajadores del Tercer Mundo. El proletariado se ha convertido en el Tercer Mundo, y la burguesía es la sociedad occidental blanca".

Los negros son pues parte de una humanidad que se alza contra la opresión de siglos; una humanidad que se alza contra otro conjunto de hombres, donde no existe una definición única de humanidad sino dos partes contrapuestas, relacionadas hasta ahora, salvo en aquellos pueblos que ya se han liberado, por el vínculo verdugo/víctima. Esa humanidad que se alza contra la opresión es el Tercer Mundo, que se levanta contra el Occidente blanco, no llamado así por definición según el color de la piel, sino por

ser el polo de la opresión y la violencia. Se trata de no volver a inclinar la cabeza ante él, porque el Tercer Mundo tiene su propio eje desde el cual organizar la respuesta a esa violencia: "... la lucha debe librarse desde el Tercer Mundo. Habrá nuevos oradores. Será el Ché, será Mao, será Fanon. Pueden quedarse con Rousseau, con Marx, incluso con el gran libertario que fue John Stuart Mills".

La tesis de Carmichael, originada en el contexto particular y concreto de la lucha de liberación de los negros norteamericanos, se abre hacia el conjunto de los pueblos que luchan por su liberación, no para insertarse en una universalidad abstracta, sino para refutarla en nombre de la política de los pueblos oprimidos. La unidad de los negros con otros pueblos no es la unidad en abstracto con la humanidad, sino con aquella humanidad que sufre y lucha por la misma causa.

A la vez, Carmichael destaca los valores propios de esta humanidad, no pretende que "alcance" a la "civilizada", sino que se afirme ante ella y le ofrezca dos posibilidades: o acepta que no es el amo del mundo, o soporta las consecuencias de la violencia que desató a través de los siglos.

CULTURA DEL PUEBLO Y CULTURA DEL DOMINADOR

Vemos así, en estos ejemplos, dos tesis contrapuestas sobre la cultura: en los primeros, se acepta una definición universal de la misma y se conceptúa a la del pueblo como una sub-cultura, que trata o debe alcanzar, de alguna forma, a las expresiones superiores. En los dos últimos el hecho cultural está íntimamente ligado a las políticas de opresión o liberación, a intereses contrapuestos: hay, pues, culturas contrapuestas, de igual rango, sujetas a políticas diferentes.

Las definiremos como cultura popular y cultura ilustrada.

Ambas están compuestas por un conjunto de categorías tecnológicas e intelectuales y corresponden a dos núcleos portadores: el pueblo, que alcanza límites definitorios en tanto pueblo-nación (existencia de un proyecto de liberación de toda opresión externa), y sectores nativos que actúan como agentes del opresor del pueblo, el imperialismo.

La cultura popular es el mecanismo que el pueblo emplea para unificarse y realizar su proyecto histórico. Le sirve como identificador, y le permite armar estrategias adecuadas para el triunfo. Es inseparable de su misma definición como pueblo, que se autoafirma luchando contra la dominación, es decir, luchando por el poder, es decir, que la cultura popular es ante todo un hecho político, es pura política.

A la inversa, la cultura ilustrada es el arma del imperialismo contra el pueblo que desea someter. Se introduce como cuña en el pueblo ocupado, a través de una élite nativa, pero consustanciada con los intereses metropolitanos.

La cultura ilustrada es utilizada por el imperialismo para:

- deculturar al pueblo sometido, haciéndole admitir la irrealidad de su propia cultura, su condición periférica con respecto a los centros del progreso.

- desarticularlo, romperlo en islas comunicadas, anular su proyecto unitario, trans culturarlo según las pautas de su propia cultura imperial.
- en la última etapa, forma pautas culturales propias de la sociedad de consumo, desviando los objetivos conjuntos del pueblo hacia los objetivos egoístas y alienantes de la sociedad opulenta, hacia la mistificación del tiempo libre.

La relación entre la cultura popular y la ilustrada es de constante interacción. La cuña cultural que el imperialismo introduce en el seno del pueblo mediante los más diversos instrumentos -medios de difusión de masas, educación, expectativas de consumo a través de la diversificación constante de la producción opulenta- se verifica en la creación renovada de mitos que alienan al pueblo de su lucha por la liberación. Pero así como es persistente la agresión, también es enorme la capacidad de absorción que el pueblo hace de estos elementos, y de transformación en una forma cultural propia y diferenciada de su matriz originaria. Es decir que la cuña imperialista es sometida en el pueblo a un proceso de demistificación, transformada en un signo más del vocabulario e incorporada finalmente al léxico común de la lucha. Lo que aparece como distorsionador termina siendo patrimonio de las masas, arrebatado finalmente a su primigenia lógica imperial.

Este complejo proceso es el que recorre toda nuestra historia; tempranamente ejemplificado en la fórmula 'civilización o barbarie', ambas culturas han ido ganando en cohesión y agresividad conforme la lucha entre el pueblo y los agentes del imperialismo radicalizaban su enfrentamiento.

Pero dicho proceso no es simétrico para ambos polos: la característica de la cultura ilustrada es, precisamente, su cosmopolitismo, por lo que es obvio que no correspone hablar de una 'cultura ilustrada argentina', sino de una cultura ilustrada que se va insertando como cuña de la penetración imperialista. Cabe, sí, hablar del proceso organizativo de la cultura del pueblo, que es paralelo y ligado al del Movimiento Nacional, y de las interrelaciones con la agresión de la cultura de los selectos.

FORMACION HISTORICA DE LA CULTURA POPULAR ARGENTINA

La sociedad argentina actual es el producto de la fusión de distintos grupos humanos, mestizados en distintas formas a lo largo y ancho del territorio nacional; consecuencia de ello es la delimitación de una serie de áreas culturales, de pasado bastante diferenciado, pero unidas como sociedad nacional por el idioma, la religión y motivos políticos, tales como los que jurfdicamente dieron origen a la República y, principalmente, la formación de un Movimiento Nacional de Masas que es el que otorgó la conciencia de la nacionalidad.

La formación de estas áreas proviene de la aculturación de grupos nativos a partir de la llegada de los españoles, cuyo grado de influencia cultural varió según la capacidad de resistencia de las culturas indígenas. El área del Noroeste fue la que conservó con mayor vigor los rasgos autóctonos, en tanto que las zonas donde habitaban tan sólo grupos cazadores vieron desaparecer sus patrimonios y sus mismos portadores.

En todos los casos, el encuentro entre conquistadores y nativos produjo la formación

de nuevas matrices étnicas y culturales, esquemáticamente divisibles en tres grandes sectores:

- en tanto subsistió la administración colonial, persistió entre los funcionarios españoles la característica cultural de la península, sin mestizaje físico ni cultural;
- algunos grupos indígenas conservaron, en tanto la conquista no se había desarrollado plenamente, su originalidad;
- en medio de ambos se formó un estrato mestizo o ladino, como consecuencia -principalmente- de la unión de españoles con mujeres nativas.

Es este estrato el que terminará dando la fisonomía actual de las áreas del país, siendo las diferencias consecuencia de la incidencia de las variadas culturas nativas con respecto al patrón general de aculturación, y el posterior influjo de las corrientes inmigratorias, en la segunda mitad del siglo pasado y la primera del presente.

Pero a su vez, esta nueva población -lejos de ser homogénea- reproduce la escisión existente en la época de la conquista, no ya por vía de afiliación étnica sino por pertenencia social, intereses económicos y definiciones políticas. Uno de los polos de esta oposición es el pueblo-nación, en tanto que el otro es el grupo ligado a los intereses imperialistas, que asumen la pose de selectos y que no son otra cosa que una forma diferente de ladinización, una versión fronteriza del hombre argentino, desarraigada de su propio pueblo y a la vez rebajada por su propia actitud auto-devalorativa, que sitúa al hombre metropolitano en un escalón superior.

Como productos híbridos, estos 'selectos' sólo forjan expresiones culturales al uso metropolitano, calcos cosmopolitas sin acento propio. En su afán de igualarse al hombre metropolitano se han convertido en su sombra cultural, una sombra que sin embargo el imperialismo sabe usar: es el puente de ingreso de su cuña cultural, la posibilidad de desarticular las formaciones autóctonas que puedan devenir en políticas liberadoras.

El pasado argentino ha sido escenario de esta acción: la educación, el arte, la universidad, la estructuración de los grupos políticos, la concepción jurídica, etc., desde 1810 hasta la fecha, salvo los períodos en que el pueblo alcanzó el poder, son ejemplo de la efectividad de esta política del imperialismo.

Por el contrario, la cultura del pueblo es el fruto de la creatividad constante. Confluyen a ella diversas vertientes:

- el subsuelo autóctono
- la cultura de la conquista
- la cultura popular aportada por el aluvión inmigratorio
- los productos de la cultura imperialista, transformados y desmistificados.

El proceso de enriquecimiento creativo a que el pueblo somete todos estos elementos devienen en su forma cultural propia, a la vez producto de su identidad política (pueblo-nación luchando contra el imperialismo) y sustento de esa lucha (aporte a la continuidad de la identidad popular).

La expresión que adopta es tan compleja como su misma conformación.

Lejos de facilitar una definición, permite a lo sumo diferenciar un núcleo fundamental que, como vimos en la crítica a Lewis, es aquella parte de la población que por su situación límite de pobreza, miseria, etc., sufre más descarnadamente la violencia del sistema. Allí está el núcleo de la cultura popular, porque allí está el punto de ruptura definitiva con el sistema; allí surgen los "descamisados", los que invaden la ciudad con su rebelión y que, en definitiva, originan las formas más altas de la conciencia política de nuestro pueblo: a la violencia del sistema, responden con la violencia del pueblo.

El imperialismo se estructura sobre la violencia, por lo que la conciencia política superior del pueblo argentino sólo puede organizarse en función de la respuesta a tal hecho. Este es el núcleo cultural, porque es el núcleo de la acción política contra el opresor. A partir de este núcleo, una difusividad creciente va caracterizando las expresiones de la cultura del pueblo. Hacia los bordes, las clases medias oficián de frontera, la frontera entre un país que es la sociedad de consumo como ideal misticador propuesto por el imperialismo, y otro una situación comprimida cuya realidad transforma, cada vez más, a la sociedad opulenta en una meta inalcanzable.

CULTURA DEL IMPERIALISMO, CULTURA POPULAR Y CULTURA NACIONAL

Al negar la existencia de una cultura como definición universal, y fundamentar dicha negación en la escisión entre una cultura popular, de liberación, y otra ilustrada, imperialista, negamos también la posibilidad actual de una cultura nacional, en el caso concreto de nuestro país, por constituir dicha cultura nacional un término superior, que engloba una serie de subculturas. En este momento afirmar una cultura nacional implicaría afirmar una síntesis formal que supera la oposición real, concreta, entre la expresión del pueblo-nación y la del imperialismo.

Pero lo dicho no excluye la posibilidad de la constitución de una cultura nacional; de hecho, el pueblo-nación, a través de la cultura de liberación, está ya echando sus cimientos. La Nación misma es en este momento una unidad formal, jurídica, que trata de legitimar la postración de la Patria en manos de los agentes del imperialismo. Su existencia real reside en el pueblo, que es el que se empeña en construir la Nación verdadera, como afirmación soberana, poder del pueblo y socialización de los medios de producción.

La creación de una cultura nacional es parte indivisible de este proceso de liberación. Está ligada, por sobre todas las cosas, al surgimiento de un nuevo hombre, para el cual la cultura no sea producto de las individualidades brillantes, donde la filosofía y el pensamiento en general, y hasta las categorías tecnológicas, no sean patrimonio de elaboración de unos pocos sino "base de acciones vitales", como decía Gramsci, donde la teoría no planee sobre los productores de la historia como redentorismo de la espontaneidad sino que sea la obra de las masas populares.

LA CUESTION DEL CONOCIMIENTO DE LA CULTURA

Este antagonismo irreductible disuelve no sólo la cultura, sino también, como conse

cuencia, una "práctica profesional específica", la de los antropólogos sociales o culturales. Desaparición nada lamentable, ya que en general se han limitado a un cierto exotismo de buena venta en ciertos círculos ociosos o a un "compromiso" folletinesco expresado en revistas pagadas por el sionismo, la Ford o la CIA. Para que la cosa no sea muy dura, este compromiso ha versado sobre temas bastante extemporáneos, como el antisemitismo, o en rebeldías contra las "foundations" que en tiempos mejores fueron sustento de estos antropólogos. De todos modos, al defender una específica práctica profesional, estas personas no hacen otra cosa que mostrar el drama del intelectual desarraigado, que pretende resolver en la verbosidad explosiva su propia frustración individual, como si ésta tuviera solución al margen de la práctica cotidiana en el seno del pueblo.

El problema cultural es falso en tanto no sea resuelto como político, y, tal como vimos, según un antagonismo irreductible. Por lo tanto, el conocimiento de la cultura y una práctica profesional específica para ello no tienen otro sentido que el de ser actos políticos, sólo que al servicio de quienes utilizan la cultura como instrumento de dominio.

El pueblo que lucha por su liberación no necesita conocer su propia cultura, de la cual es productor, ni conocedores de la misma que actúen como mera exterioridad. Le interesan quienes contribuyan a armar su estrategia de poder, porque su problema es político; y más allá de la liberación, el supuesto aporte del antropólogo social como "racionalizador" del desarrollo comunitario, vuelve, otra vez, a reducir la capacidad creadora del pueblo a los moldes del procedimiento tecnocrático. Las comunas chinas, como ejemplo histórico, parecen buena prueba de la eficacia de la política como elemento motor suficiente en la socialización de la producción.

Es esta discusión general de la "cultura", y esta cuestión específica de la profesionalidad, lo que, a nuestro juicio, deben plantearse quienes, por suerte o por desgracia, han pasado o están por pasar a engrosar el gremio de antropólogos. Pero jamás la resolverán si previamente no se plantean su inserción en el pueblo que, valga la repetición, debe ser política y no "antropológica."

(1) Gordon Childe.

(2) Darcy Ribeiro.

(3) El primer estudio sobre este hecho corresponde a Luis Piczinger, quien aún no publicó su trabajo.

(4) L. Trotzki, "Literatura y Revolución".

enrique pecoraro

**LA SOCIOLOGIA NACIONAL,
LAS SOCIOLOGIAS Y LA SOCIOLOGIA**

INTRODUCCION

Se intentará en este artículo el análisis de la problemática que se plantea en torno a la S/NACIONAL, tanto desde su propia perspectiva como así también empezar a delinear sus reales fundamentos y su relación con "otras sociologías" a las cuales la S/NACIONAL descalifica y las cuales la descalifican. Debe quedar en claro que estas líneas no son el fruto de reflexiones aisladas del autor, sino que, reconoce como bases esenciales de este trabajo a un número no escaso, pero tampoco muy abundante, de compañeros que han aportado y aportan de diversas formas al proceso actual de consolidación del pensamiento nacional en sociología. Es decir, lo que se sostiene no es más que la experiencia recogida en cursos, charlas, trabajos conjuntos con otros compañeros, trabajos de otros compañeros y fundamentalmente alentado por enfrentamientos militantes tanto con el seudocientificismo como su colateral: el reformismo. Este proceso de consolidación del pensamiento nacional en sociología, es nuevo y por lo tanto no se encuentra ni totalmente estructurado pero tampoco política y científicamente inválido, sólo que todavía hace falta recorrer un largo trayecto.

La historia de esa consolidación no es muy cercana, si consideramos los aportes esenciales del pensamiento nacional por parte del revisionismo histórico y luego el ensayo político-militante. De tal forma que no podemos dejar de lado la obra basal de argentinos como SCALABRINI ORTIZ, H. ARREGUI, JAURETCHE, PUIGROSS, etc., que no sólo se atrevieron a sublevarse contra la montaña de "ciencia y falsificación" que nos impusieron los "padres de la Patria", sino que acompañaron sus obras con una militancia ardua en momentos arduos dentro del Movimiento Nacional. Así también rescatamos como hito importante para la S/NACIONAL a las Jornadas Sociológicas del año 1968, donde se vuelcan ideas, proyectos, trabajos sobre tareas y las raíces de la S/NACIONAL, no sólo por parte de sociólogos nacionales sino también por agrupaciones estudiantiles peronistas y nacionales y, además, se derrota en el campo del pensamiento y de la política al tandem científicismo-reformismo. De ahí en adelante, el trabajo de profundización lo llevan adelante las Cátedras Nacionales a través de aciertos y errores, pero siempre con una clara línea de NACIONALIZACIÓN MENTAL Y DESGORILIZACION POLITICA del estudiante, que poco a poco va comprendiendo las contradicciones fundamentales de nuestra Patria y las necesida-

des y realidades del pensamiento nacional. No menos importante fue la tarea de las Agrupaciones Estudiantiles peronistas y Nacionales. En su profundización práctica y militante de los contenidos nacionales a través de sus luchas fuera y dentro de la Universidad. Si bien el proceso no fue ni es homogéneo, si hubo diferencias de ritmo y elaboración, nunca se dejó el campo y las banderas del pensamiento y movimiento nacional: El Peronismo. Todo este proceso -en desarrollo actual- de consolidación de la S/NACIONAL es lo que se intenta resumir en este trabajo, por ello se hace necesario el reconocimiento explícito al compañero O'Farrell con sus fundamentales elaboraciones teóricas, la labor de nacionalización mental cumplida por el compañero CARDENAS, los trabajos del compañero CARRI, las reflexiones del compañero P. FRANCO y la no menos fundamental tarea de los compañeros adjuntos y ayudantes: F. RODRIGUEZ, E. VILLANUEVA, A. ARGUMEDO, F. ALVAREZ, J. CARPIO, G. OLSON, N. MOMENÑO, etc. y de todos aquellos que de alguna manera han sido los generadores y sostenedores del intento de recrear una sociología al servicio de la Liberación Social y Nacional.

Justifica este trabajo sobre la S/NACIONAL la existencia de diversas versiones críticas o condenatorias, ambas políticas, tanto en forma directa o haciendo referencia a la labor de las Cátedras Nacionales. Además que se hace necesario apretada síntesis de lo que funda a la S/NACIONAL. Primeramente cabe aclarar no todas las cátedras de la Facultad son NACIONALES, ya que a veces ocurre que ciertas cátedras necesiten el pelaje de nacional para efectuar su aparición y aprobación dentro del marco general de nacionalización mental que recorre a la Facultad y a la Sociología en particular. Aquí se pretende especificar los términos entre los cuales se mueve la S/NACIONAL y además intentar una réplica a ciertas críticas que tratan de deformar no a la S/NACIONAL sino al pensamiento nacional que le sirve de base. Pienso que la S/NACIONAL no se trata de una contraideología, tal como se la ha querido definir (MALAMUD, Cuadernos Uno por Uno), y cuya única característica es la de ser anti-cientificista o antigermanista. Así aparece la S/NACIONAL de la mano de una S.CRITICA (E. VERON) y de una S/REBELDE (O. VARSAVSKY), todos contra la Sociología cientificista del Señor Germani. Creo que este planteo no sólo no lo acepta la S/NACIONAL sino tampoco sus eventuales acompañantes. Tomar al anticientificismo como característica o eje fundamental para hacer el corte entre las sociologías, es un intento de mantener a las mismas dentro del "campo científico" y por consecuencia lógica aparece como una contraindicación, cuya significación no es otra que la de un pensamiento distinto. Si bien la S/NACIONAL es un pensamiento diferente lo es por que sus bases son diferentes y que no son precisamente y exclusivamente sociológicas, como luego veremos. No creo que sea correcto plantear el problema dentro del campo de la ciencia sociológica porque ello implicaría: 1) la existencia de una Ciencia Social, como ciencia pura y autónoma, independiente de los proyectos políticos históricos que luchan por definir la realidad y aparecer esta lucha como una lucha entre escuelas. Por ejemplo, Sociología Crítica Vs. S/NACIONAL, cuando es una lucha mucho más totalizadora y 2) reconocer que la problemática de la S/NACIONAL se instala dentro del campo exclusivamente sociológico o de una comunidad de "sociólogos nacionales", dejando de lado sus verdaderas bases: la práctica social del pueblo, enmarcada por su proyecto histórico de liberación, el cual incluye a la misma tarea sociológica. Esto quiere decir que la S/NACIONAL es tal en la medida en que sus problemas, temas, metodología, etc., sean impuestos por las necesidades de la liberación y no desde su propio campo específico. Entonces vemos que la "real fisura se da a nivel de los supuestos, de los propósitos e intereses, lealtades y conmo-

ciones inconcientes y de la POSIBILIDAD DE INSERTAR REALMENTE A LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL PROYECTO POLITICO GENERAL DE AUTOAFIRMACION DEL PUEBLO o por el contrario dejar a las ciencias sociales en su statu quo y proyecto político de dominación" (1).

FUNDAMENTOS DE LA SOCIOLOGIA NACIONAL

Político: Como toda ciencia y más si es social, que pretenda estar al servicio de su pueblo y contribuir a su liberación, la S/NACIONAL se encuentra inscrita en el proyecto político de liberación de nuestra patria: El Peronismo. Tal proyecto no sólo la engloba sino que la convierte en uno de sus momentos teórico-críticos (sin ser el único). Es decir, no es "una constante abstracta y aislada, ella es más bien los grupos, organizaciones y proyectos que al producirla la insertan en el proceso de la Sociedad con el cual y por el cual se van desarrollando" (2).

Así la S/NACIONAL se trata de una ciencia social puesta al servicio de los problemas sustantivos y centrales de los hombres, sus relaciones y del cambio de un sistema social por otro, específicamente el de nuestro país. Lo hace desde una perspectiva liberadora en la medida en que el proyecto político a la cual se halla vinculada intenta cambiar el sistema actual por uno más justo, libre y soberano. Es prioritario entonces señalar que el Peronismo como proyecto político histórico de liberación que engloba a la S/NACIONAL es una práctica totalizadora y negadora de nuestra realidad dependiente de los monopolios internacionales y que no sólo es una opción histórica sino un proceso revolucionario en constante autotransformación por recuperar el poder. Es una práctica totalizadora porque implica y busca la liberación de todos los argentinos y de sus relaciones sociales injustas y agobiantes y además porque requiere para el logro de sus objetivos lo mejor y el mayor esfuerzo de que se disponga. Así como el proyecto político histórico de dominación oligárquico-imperialista es un poder total y se manifiesta en todos los niveles (económico, político, social, cultural), va definiendo la realidad de nuestro país (mayor grado de penetración y sometimiento), el Peronismo como Movimiento Nacional de Liberación también es un poder total, el del pueblo en vías de organización, que no acepta tal definición de nuestra realidad y trata de destruirla no acatando pasivamente los llamados al sometimiento y a la dependencia gustosa de ser una "colonia próspera". Es decir no se acepta:

- la entrega de la Patria a los Monopolios internacionales;
- la deformación de nuestro proyecto de autoafirmación hacia el Socialismo Nacional;
- la violencia implícita pero no por ello menos dura, que implica el hambre, miseria, desolación y represión para miles de hombres argentinos;
- la violencia selectiva contra el pueblo y su líder;
- la existencia de gobiernos vendepatria de una minoría que cambia su pueblo y su bandera por unos cuantos dólares y una causa perdida.

(1) J. O'Farrel. Ficha programa de Problemas de Sistemática.

(2) J. O'Farrel. Proceso de Elaboración de la Sociología Sistemática.

Así el Peronismo lucha contra una realidad actual que sólo le es dada como represión y violencia, negándola como realidad sometida a intereses foráneos, es decir niega al neocolonialismo actual por la construcción de un SOCIALISMO NACIONAL futuro. Cabe colocar y jerarquizar enfáticamente el papel negador e impugnador de nuestra realidad y la de todo el TERCER MUNDO, que caracteriza a la práctica revolucionaria del Peronismo en su lucha actual por recuperar el poder. Además, en tanto la S/NACIONAL se inscribe dentro del Peronismo como uno de sus momentos teórico-práctico, también adquiere tal característica impugnadora de la realidad, es decir, de una ciencia social impugnadora de las normas, valores, metas y proyectos del actual sistema social imperante. Por ello no habla de subdesarrollo sino de dependencia, no habla de círculo vicioso de la pobreza sino de superexplotación, no de populismo burgués sino de movimientos nacionales. Tal inclusión en el Peronismo la despoja de la concepción burguesa de la ciencia en tanto producto de investigadores aislados "geniales" y prácticas experimentales independientes entre sí, para asumir una concepción liberadora de la ciencia que implica:

- considerar a la práctica política de los pueblos la fundante de todo conocimiento científico, radicando tal práctica en el proceso revolucionario de transformación de la sociedad llevado a cabo por las luchas del pueblo en su conjunto.
- La ciencia no es un fin en sí misma, es una técnica o instrumento para ser usado al servicio de la liberación o de la opresión.
- La ciencia es del pueblo "no sólo porque es comunicable a todos, sino que reconoce a éste como su protagonista esencial, ya que es él quien practica y anteriormente verifica o contradice (3).
- Su criterio de verdad es la práctica social o sea el ser social y no la práctica intelectual de sociólogos naciones individuales.

Científicos: Los fundamentos científicos de la S/NACIONAL guardan estrecha relación con sus fundamentos políticos, tal como se desprende de las líneas anteriores, existiendo una correspondencia significativa entre ambos.

Sus principales rasgos son:

1) Enfoque Totalizador: La S/NACIONAL no divorcia la teoría de la práctica al considerar a la primera como uno de los momentos de un proceso unitario y no como factores separados uno de otro con movimientos autónomos-abstractos e independientes del contexto social. Esta actitud ante la ciencia social implica considerarla como producto de la actividad social de los hombres (4), su momento reflexivo y donde son relevantes:

- las relaciones sociales entre los hombres (práctica social)
- la lucha que se establece por la Dominación y Perpetuación de la realidad o su Liberación.

Tal enfoque englobador supone lo social no como conformado por diferentes sectores o factores independientes entre sí, sino como una estructura unitaria donde se inscriben dos momentos fundamentales: la transformación y construcción de la nueva sociedad (5). Así la S/NACIONAL reivindica y asume la práctica transformadora del Peronismo en su camino al poder y no desconoce ninguno de sus momentos, sus luchas, sino que por el contrario, los toma como su eje en el cual se asienta, es en última instancia, una práctica científica liberadora que acompaña una revolución política liberadora de fondo.

(3) R. Carri. El formalismo en las C. Sociales. Rev. Antropol. 3er. Mundo.

(4) R. Carri. ob. cit.

(5) O'Farrel. ob. cit.

2) La Perspectiva Nacional: Como toda ciencia al servicio del hombre la S/NACIONAL debe interpretar en forma clara y coherente los problemas esenciales de su pueblo, sus necesidades, ya que "es imposible restringirnos a conocer y resolver nuestros problemas exclusivamente desde las perspectivas de otras situaciones - la de los países desarrollados - en el momento en que se nos ofrece encarar nuestra realidad desde la óptica de nuestra realidad; reconocer nuestra dependencia global" (5). De esta perspectiva deducimos que si tomamos nuestra propia situación de país dependiente, situación totalizadora que no sólo abarca a todo el país sino a varios continentes, las necesidades de una explicación coherente de tal realidad y el enfrentamiento con los problemas para facilitar su superación, no sólo constituyen un deber científico sino esencialmente patriótico, político y militante.

3) Sus Temas: Evidentemente sus temas y problemas se derivan del movimiento y desarrollo del proyecto político de liberación. Es decir, no se constriñen a "el cuerpo de la ciencia sociológica", ni a los dictados de tal o cual "fundación científica" o por los dictados de la onda sociológica imperante en los centros de decisión política, económica y cultural. Sus problemas son básicos, esenciales, son necesidades a cubrir por una lucha liberadora y adquieren un carácter moral impuesto por la realidad del país y del TERCER MUNDO. O sea que "implica utilizar los instrumentos de una manera persuasiva y de modo analítico a fin de que los MOVIMIENTOS POPULARES DE A. LATINA TRIUNFEN CON UN MAXIMO DE SEGURIDAD PSICOLOGICA Y UN MINIMO DE ERRORES POSIBLES" (6). Son temas básicos que debe encarar la S/NACIONAL:

- La dependencia, sus formas, contenidos y grados de penetración
- Proyectos políticos del neocolonialismo y su geopolítica
- Tácticas aplicadas por la Contra Revolución
- Desentrañar los flancos débiles del enemigo (estructura explotadora
(estructura represiva
(composición del poder
- Tareas de nacionalización mental, o sea crítica sin cuartel a todo imperialismo cultural y recobrar así nuestro pasado antiimperialista.
- Desenmascaramiento de los sistemas de valores, formación de estereotipos culturales, de teorías pseudocientíficas impuestas por el poder oligárquico-imperialista.
- Revaloración de los momentos históricos revolucionarios efectuados por nuestro pueblo, modelos de acción utilizados, errores cometidos, etc., que sirvan para la lucha actual.
- Remarcar sin miramientos los efectos retardatorios de la coexistencia pacífica.
- Encarar seriamente la problemática de la violencia imperialista y la violencia justiciera.
- Etc., etc., etc.

4) Crítica Histórica: La incorporación de la variable histórica en el análisis sociológico es de vital importancia para la S/NACIONAL, en la medida que le permite reconocer primero la especificidad del desarrollo argentino dentro del panorama mundial y segundo la irreversibilidad del mismo proceso que señala el avance de las mayorías populares en su dominio del país, avance que se reconoce en la línea histó-

(5) O'Farrel. ob. cit.

(6) González Casanova. Ficha. La nueva Sociología.

rica SAN MARTIN, MONTONERAS, ROSAS, YRIGOYEN Y PERON, expresiones de la lucha del pueblo por su liberación. Además el criterio histórico implica negar toda caracterización del país, de su pasado, de nuestro pensamiento en términos de otro proyecto histórico reconocido en la línea CASEROS-DECADA INFAME-REVOLUCION LIBERTADORA, etc., etc... que sólo es la versión de la clase social dominante, minoritaria y decadente. Así con el criterio histórico incorporado a la S/NACIONAL impugnamos al pasado que la oligarquía nos quiere adjudicar sino también el presente, enfrentando una política cultural desmistificadora y nacional contra otra política cultural mistificadora y liberal. Por ello la S/NACIONAL no deja de lado los aportes del revisionismo histórico sino que intenta profundizar su contenido popular.

5) ESPECIFICIDAD CONCEPTUAL: Habíamos determinado que la S/NACIONAL al constituirse como un momento teórico de la práctica revolucionaria del peronismo participaba de sus mismas características impugnadoras y negadoras de la realidad actual. Tales características se visualizan en las categorías básicas que utiliza en sus análisis. Primeramente son categorías históricas ya que se refieren a una situación concreta dada, la crítica de un determinado proyecto político vigente: el imperialista que define esa realidad como la MAYOR RACIONALIDAD POSIBLE PARA A. LATINA, falsificando de ese modo la realidad, ya que es lo más racional para sus intereses y presenta entonces como RACIONAL LO QUE ES ESENCIALMENTE IRRACIONAL: la superexplotación del TERCER MUNDO. Tales categorías históricas no sólo describen los hechos sino que los explican en su producción. Así categorías como dependencia, colonialismo interno, conglomerados, etc., son explicaciones de procesos concretos actuales y por lo tanto son posteriores o simultáneas a ese proceso y no conceptos vacíos en espera de contenido creados por el científico.

En segundo lugar son categorías explicativas o sistemáticas, es decir, buscan el modo de producción de los fenómenos, de la realidad y esto es básico, ya que nos remite a los porqués, del cómo, de quiénes, para qué y por qué. De esta forma vamos eliminando conceptos o categorías descriptivas cuya finalidad es la de ocultar la producción de los fenómenos, de lo real como ser:

- sociedad tradicional vs. sociedad industrial
- efecto de demostración
- insuficiencia de capitales
- modernización o secularización
- recalentamiento de la economía
- techo de las importaciones
- deterioro de los términos del intercambio
- integración latinoamericana, etc., etc., etc.

Entonces, al ser explicativas, las categorías no confirman la orientación pragmática del sistema, es decir, no ver las causas, sino que lo impugna al explicar su evolución, sus límites y su IRRACIONALIDAD. Constituyéndose, además, en la manera más eficiente de no reconocerlo como el UNICO ORDEN POSIBLE.

Por último son categorías colectivas en la medida que al intentar explicar la realidad de nuestro país, dependiente dentro del TERCER MUNDO y desde la perspectiva de la liberación, son utilizables -no todas ni en su total extensión- por otros hombres que padecen la opresión imperialista, ya que a la contemporaneidad de situacio

nes le corresponden contemporaneidad de conceptualizaciones. Ejemplo de ello son los aportes de F. Fanón para la A. Latina.

6) SUS FUENTES: La S/NACIONAL no sólo utiliza para sus explicaciones lo publicado, conocido en el ámbito sociológico, sino que apela a todo instrumento que le sea útil para moverse y contribuir a la lucha de la cual forma parte. Así, por ejemplo, no duda en tomar el pensamiento de los líderes tercermundistas para llegar a la profundidad del proceso nacional y latinoamericano, y así confluyen en su estructuración explicativa el pensamiento de MAO-TSE-TUNG, PERON, FANON, FIDEL CASTRO, CHE GUEVARA, HO-CHI-MIN-VON GIAP- L. PIAO, etc., es decir, todos aquellos que han reflexionado sobre su lucha contra el imperialismo. Quizás sea esta una de las fuentes más rica de la cual se nutre la S/NACIONAL. Cabe agregar rápidamente que tampoco se desestima ninguna categoría, ni instrumento que le pueda facilitar la comprensión y solución de problemas, lo que sí rechaza son las posturas científicas que solapadas en una metodología revolucionaria intentan la penetración imperialista.

7) TELEOLOGIA: La sociología no tiene un fin permanente en sí misma, como se ría ser la CIENCIA SOCIAL PURA que espera el desarrollo de lo real para su descripción, sino que participa de los fines del Movimiento Nacional de Liberación, o sea la destrucción del sistema capitalista y la construcción del Socialismo Nacional. Presentarla sin una meta parecería ser una ciencia pura, es en realidad ocultar su meta y fin específico de dominación. Y en cambio asumir su fin o meta como el fin o meta del Movimiento Nacional es especificar concretamente a qué intereses y hombres sirve y no intentar falsificar la realidad y presentarse por encima de los hombres, los cuales pasan a ser datos de categorías universales por llenar, -válidas en todo momento y lugar.

LA SOCIOLOGIA, LAS SOCIOLOGIAS Y EL SISTEMA SOCIAL

Así como la S/NACIONAL se enmarcaba dentro del Peronismo como proyecto político de liberación que impugnaba la situación actual, LA SOCIOLOGIA (La madre de todas: La Yanqui) y LAS SOCIOLOGIAS (Sus hijas esparcidas por todo el mundo en fundaciones, becas, créditos y "cabezas independientes"), también se enmarcan dentro de un proyecto político histórico PERO DE DOMINACION: EL IMPERIALISMO. Entonces la expansión imperialista yanqui a nivel mundial se constituye en el soporte material de LA SOCIOLOGIA (la madre) y LAS SOCIOLOGIAS (sus hijas). Tal sociología se nos presenta vestida de universalidad y objetividad, cualidades etéreas que sólo le pertenecen a ellas, pero en realidad sabemos que eso es sólo lo aparente, lo real es que manifiestan la dominación y expansión del imperialismo norteamericano a nivel mundial ante el sentimiento de la URSS, su imperialismo acompañante, en la fiesta de la COEXISTENCIA PACIFICA. La objetividad no es más que el acuerdo entre ciertos hombres ante la presión científica, política y económica de tal sistema mundial de dominación, entonces se convierte en una objetividad, un acuerdo entre pares. Así esta universalidad de LA SOCIOLOGIA se derrama, -como los préstamos, inversiones, penetración cultural, etc.-, por el mundo en versiones locales y se constituyen LAS SOCIOLOGIAS que habitaban el mundo occidental: JAGUARIBE (BRASIL), GERMANI (ARGENTINA), DARHENDORF (ALEMANIA), SOLARI (URUGUAY; este último célebre por su colaboración "antisediciosa") y no son más que la contracara de

la dependencia global que el sistema totalizador impone. Es cuando se forma -como consecuencia inmediata- "la comunidad científica occidental" como "un grupo social homogéneo y casi monolítico con estrictos rituales de ingreso y ascenso y una lealtad completa -como en el Ejército o la Iglesia- pero basada en una fuerza más poderosa que la militar o la religiosa, LA VERDAD, LA RAZON... Grupo individual que acepta incondicionalmente el liderazgo del hemisferio NORTE (7). Este párrafo de O. VARSAVSKY es bien claro para ver lo aparente de esa pretendida universalidad consecuentemente reclamada. Señalamos además que esa aceptación incondicional no puede ser de otra forma ya que implicaría apoyarse en valoraciones muy diferentes a las del proyecto de dominación. Entonces vemos cómo esa supuesta aceptación universal de LA SOCIOLOGIA y su correspondencia "universal y objetiva" con LAS SOCIOLOGIAS no es más que la expresión generalizada de un sistema total, específico: el imperialismo norteamericano, que es el que en definitiva quien impone las ideas, conceptos, teorías, metas, temas, etc., de acuerdo a sus necesidades de dominación. Los medios utilizados son varios: presión y corrupción financiera, estructuración de fundaciones e institutos científicos, planes de investigaciones continentales, congresos, etc. Citemos para ejemplificar algunos casos de ese "consenso general" de las SOCIOLOGIAS con LA SOCIOLOGIA, referidos a la tarea de mistificación de la realidad latinoamericana:

- Existencia de conductas tradicionales en el mundo subdesarrollado que impiden el desarrollo.
- Existencia de oligarquías feudales antdiluvianas y antiprogresistas.
- Poco desarrollo mental en ciertas áreas de A. Latina.
- Carácter no racional del populismo en el mundo subdesarrollado.
- Existencia de sociedades duales: feudalismo-capitalismo.
- La necesidad de capitales extranjeros para el desarrollo. Importancia de la Educación.
- La integración a los centros más desarrollados como única salida del estancamiento crónico de A. Latina.
- Imposibilidad de cambiar la realidad latinoamericana -estancamiento y pobreza crónicas- en no menos de 50 años y mucho menos la viabilidad del socialismo como modelo de desarrollo.
- La no superación de los problemas alimenticios de A. Latina por su crecimiento población (esto en el continente más rico del mundo).

Vemos que esta pseudouniversalidad de LA SOCIOLOGIA Y LAS SOCIOLOGIAS deviene de su PARTICIPACION ACTIVA, POLITICA Y MILITANTE en el proyecto político de dominación imperialista y eso todo bajo el fetiche supremo de la NEUTRALIDAD VALORATIVA, LA OBJETIVIDAD, que se convierte en el máximo valor científico para la "élite científica" que establece no sólo los límites de las investigaciones sino que suministra y controla los recursos, medios creados y necesarios para la sociología actual. Sin estos recursos la sociología pasa a ser un discurso "sin rigor", en una "ideología precientífica" carente de toda objetividad y universalidad. Y así se admite en todo el mundo occidental que sin instituciones sólidas por detrás, medios técnicos, ayudantes, laboratorios, viajes, etc., la tarea sociológica pierde su cariz científico, es casi imposible. No estoy en contra de recursos y medios para la investigación, sí lo estoy cuando esos recursos implican un sometimiento científico y po-

(7) O. Varsavsky. Ciencia, Política y Cientificismo. C. E.

lítico ajeno a la causa popular de A. Latina. Ya que actualmente sólo si pedimos ayuda, si nos inscribimos como aspirantes a la "élite de sociólogos", entonces con el tiempo y buena letra recibiremos los medios para la tarea científica y así el sistema imperialista, precisamente mediante los medios científicos, presiona y fuerza a la ciencia y sus hombres a ponerse a tiro con sus necesidades. Pero no todo es castigo y oprobio, los héroes son premiados, la recompensa es "un buen pasar" y el prestigio o consenso internacional emanado de la élite científica que sanciona o adjudica y cada tanto pontifica a un científico en su galería de astros. Esta es la forma en que se estructura la tan mentada universalidad y objetividad de la SOCIOLOGIA y que no es más que la SINGULARIDAD, ESPECIFICIDAD de un sistema de dominación mundial. Bajo la careta del "consenso internacional" recibimos listo para consumir el nacionalismo desembozado de la dominación.

Pasemos revista, brevemente, a las características de LA SOCIOLOGIA (la madre) que en menor o mayor grado se expresan en LAS SOCIOLOGIAS VERNACULAS:

- Eliminar toda implicancia teleológica, es decir toda hipótesis, valoración sobre las metas, evolución de la realidad o sistema social. El medio para ello la autocensura de todo elemento crítico sobre lo social.
- Adoptar el más crudo positivismo metodológico. Sólo lo que Es, tiene la validez de lo científico, lo dado es la base de la ciencia, a ello debemos atenernos. Posición que no implica otra actitud científica que la de conformarse con la comprobación y verificación de vínculos causales regulares, se pasa "casi sin darnos cuenta" a la descripción y no a la explicación de lo real. Lo que es dado, el sistema social, se nos impone al estudio, precede al conocimiento, los hechos esperan al investigador, para saber las leyes del sistema no debemos pensarlo, sólo verificarlo, así lo dado se convierte en lo más racional -el sistema capitalista- por medio del uso irracional de la ciencia.
- Buscar lo homogéneo, lo regular, el equilibrio, se debe excluir lo diferente, lo contradictorio mediante dos formas: no considerándolo o integrándolo todo en un contexto positivo. Entonces los juicios, hipótesis o teorías se convierten en críticas dentro y para el sistema social, es decir lo que ES.
- Sujetarse al gobierno de los hechos, la tarea sólo consiste en buscar obrar sobre el curso de los hechos (control), donde el sistema social, la sociedad, pasa a ser una conciencia por inducción y no una reflexión sobre ella a partir de una práctica social, es por lo tanto, una conformidad.
- Considerar a la realidad, el sistema social, no como una totalidad sino dividida en campos específicos y sectores delimitados, esto por la exigencia de la medición, cuantificación, dejando de lado la característica básica de la sociedad, ser una totalidad diferente de sus partes.
- La científicidad metodológica se convierte en un fin en sí mismo. Los problemas se van limitando y especificando, dos son los actualmente dominantes:
 - 1) Esbozos de teorías totalizadoras (Persons).
 - 2) Estudios metodológicos y epistemológicos (Merton), tendencia hoy prevalente.

Ambas tienen en común escindir una vez más una única realidad.

Pero LA SOCIOLOGIA y LAS SOCIOLOGIAS pueden y son cuestionadas en sus normas, métodos, SUPUESTOS IMPLICITOS, valoraciones cuando se intenta una ciencia social que:

- NO SE ADAPTE A LAS NECESIDADES DEL SISTEMA ACTUAL

- NO ACEPTE UN MERCADO CIENTIFICO DOMEÑADO POR LA DOMINACION
- NO ACEPTE RENUNCIAR A TRATAR EL SIGNIFICADO SOCIAL DE CIENCIA
- NO ACEPTE LA EXCLUSION DEL PROBLEMA POLITICO POR IDEOLOGICO Y NO CIENTIFICO
- NO ACEPTE LOS DICTADOS DE LA DOMINACION MEDIANTE NORMAS Y VALORES EXTRAÑOS A SUS NECESIDADES.

Debemos preguntarnos entonces si entre tales SOCIOLOGIAS y la S/NACIONAL no existe algo en común. Y comprobamos que sí, ambas se vinculan a un determinado proyecto político histórico y a través de éste con la realidad para DOMINARLA DE ACUERDO A SUS NECESIDADES Y OBJETIVOS. Pero mientras que en LA SOCIOLOGIA seudouniversal y pseudoobjetiva su relación con el sistema social dado es positiva, en el sentido que no sólo lo acepta como lo más racional, sino que trata de perpetuarlo apelando para ello a fetiches como la objetividad, el nivel científico, etc. Entonces si lo dado es considerado lo más racional, la perpetuación del sistema social pasa a ser la meta, el objetivo, que en realidad no es una meta sino una situación: PERMANECER. En cambio, la S/NACIONAL se relaciona a lo existente negativamente, impugna el actual sistema social, contribuye y lucha por su destrucción PARA LA POSTERIOR CONSTRUCCION de normas, relaciones y valores diferentes. Esta relación con lo existente, con el sistema social, se realiza mediante dos proyectos políticos diferentes, uno de DOMINACION y el otro de LIBERACION.

Ante nosotros LA SOCIOLOGIA aparece como la universalidad acatada y probada, además de su prestigio internacional y realmente no es más que la superestructura de una singularidad: el sistema imperialista norteamericano, proyecto histórico que define y perpetúa, intenta al menos, la realidad de A. Latina y todo el TERCER MUNDO. La S/NACIONAL aparece como lo mero singular, lo específico, lo restringido, como mero desecho subdesarrollado de las grandes escuelas sociológicas mundiales llenas de "rigurosidad, sistematización y universalidad", cuando en realidad está expresando también la generalidad, la universalidad, diferente y opuesta, de la singularidad de los movimientos nacionales de liberación tercermundistas y que no es más que uno de los momentos teóricos de la práctica revolucionaria de los pueblos coloniales que impugnan la realidad del neocolonialismo actual y lucha por otra: EL SOCIALISMO NACIONAL. Pero esta pugna no es entre caballeros sino entre enemigos y la S/NACIONAL y sus sostenedores deberán afrontar una violencia represiva del sistema social actual, si bien se hará a través de los medios más idóneos no dejará de sobrevenir, ya que su autonomía está fundada en una lucha por un sistema social diferente. La reprobación y condena del mundo occidental, de la "comunidad científica" no se hará esperar y lo hará -en nuestra Facultad ya comienzan a notarse en ciertas cátedras- en nombre de la tremenda sublevación a los dictados de las normas y reglas científicas asentadas internacionalmente, aparecerá en nombre de un conocimiento más sistemático y verificado, se vestirá de un conocimiento sin categorías precientíficas e "ideológicas" como dependencia, imperialismo, superexplicación, colonialismo interno, cipayos, tomará a la lógica formal y se nos dirá que no se puede categorizar a un país independiente y soberano como lo es hoy la Argentina, como país dependiente, ya que no puede existir el A y NO-A. También los ataques sobrevenirán de las SOCIOLOGIAS y representantes VERNACULOS, se dirá que la S/NACIONAL postula una clase homogénea para todo el país, que el aditamento nacional es aberrante y para comprobarlo se apelará a las ciencias físico-matemáticas, o que la S/NACIONAL es una búsqueda de puestos burocráticos (versión actual en la Facul

tad) y no una tarea científica, etc.

Pero tal situación, compañeros, es el precio de una actitud científica autónoma y moral ante la actual situación de nuestro país y A. Latina. Autónoma de toda dependencia cultural y moral por implicar una lucha contra esa realidad. Es el precio de aceptar a la ciencia como un momento de la práctica revolucionaria del pueblo, único criterio que permite conocer y profundizar el conocimiento de lo real, ya que la práctica revolucionaria de los hombres precede y va creando su teoría. Sólo en la medida en que la S/NACIONAL tenga como eje al Peronismo y acompañe cada uno de sus momentos, reivindique a sus hombres y a su Líder, apoye sus luchas cada vez más organizadas y violentas, irá superando la contradicción interna que la produce y acécha, ser político docente o ser docente, cortar o no su vínculo con el Movimiento Nacional, mantener una real postura nacional o sólo una fachada cada vez más alejada del movimiento que le dio sus bases y objetivos. Que tal situación no sobrevenga es tarea de los intelectuales comprometidos con LA REVOLUCION PERONISTA.